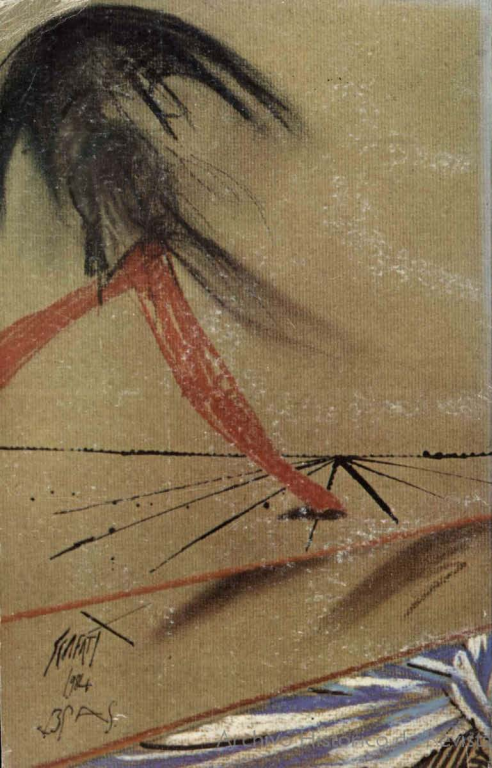




MINOTAURO 7

MINOTAURO 7

Samuel R. Delany

Carlos Gardini

Antonio Elio Brailovsky

Charles Platt

Alphonse Daudet

Sergio Gaut vel Hartman

Pablo Capanna

Stanislaw Lem



LOS CLASICOS



INDICE

2	Minotauro 7
5	Etcétera
9	SAMUEL R. DELANY <i>El foso estelar</i>
55	CHARLES PLATT <i>Samuel R. Delany</i>
63	ANTONIO ELIO BRAILOVSKY <i>El día que incendiaron el aire</i>
71	PABLO CAPANNA <i>Fantasmas en la máquina</i>
85	ALPHONSE DAUDET <i>Wood'stown</i>
91	SERGIO GAUT VEL HARTMAN <i>Carteles</i>
95	STANISLAV LEM <i>Azar y orden</i>
113	CARLOS GARDINI <i>El sinuoso camino de la libertad</i>
116	PABLO CAPANNA <i>Libros: Más allá de Darwin</i>
122	CARLOS GARDINI <i>Libros: Visiones y visionarios</i>
127	Cartas

Director: MARCIAL SOUTO

Diseño gráfico: SERGIO PÉREZ FERNÁNDEZ

Corrección: ELVIRA IBARGÜEN

Ilustración de la tapa: LUIS SCAFATI

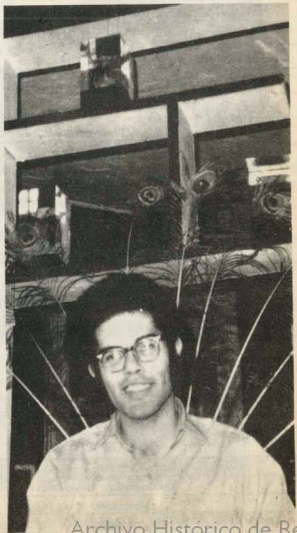


Ediciones Minotauro

Primeros libros de Revistas Argentinas | www.anaa.com.ar



FOTO MARCO SOUTO



Samuel Ray Delany nació en Harlem, Nueva York, en 1942. Publicó su primera novela, *The Jewels of Apor*, a los veinte años, y a los veintinueve la trilogía *La caída de las torres*. En 1967 obtuvo el premio Nebula por la novela *Babel-17*, un complejo relato de aventuras donde el tema central es el lenguaje y las realidades que genera el lenguaje. Su novela siguiente, *La intersección de Einstein*, es una obra todavía más admirable: en un exótico futuro regido por leyes físicas nuevas, una raza extraña adopta la forma de los cuerpos humanos y revive sus tradiciones y (sin saberlo) sus mitos. Delany es autor de otras tres novelas importantes: *Nova* (1968), *Dhalgren* (1975; un verdadero *bestseller* que ha vendido varios cientos de miles de ejemplares) y *Triton*. También ha publicado un libro de cuentos (*Driftglass*, 1971), una colección de ensayos sobre la obra de sus colegas (*The Jewel-Hinged Jaw*, 1977), y un voluminoso estudio (más de trescientas páginas) sobre el cuen-



Lem



Brailovsky



Scafati

to "Angouleme" de Thomas M. Disch (*The American Shore*, 1978). "El foso estelar", una de sus obras más características, nos muestra un futuro donde existen por primera vez los medios tecnológicos para recorrer todo el universo, lo que solamente pueden hacer unos pocos debido a una curiosa barrera emocional.

Charles Platt, en una inteligente entrevista, nos muestra el otro lado de Samuel R. Delany.

Antonio Elio Brailovsky (Buenos Aires, 1946), licenciado en Economía Política, ha publicado una novela (*Identidad*, 1980) y un libro de ensayo (*Historia de las crisis argentinas*, 1982), y tiene en prensa una novela (*Tiempo de opresión*) y un volumen de cuentos (*Libro de las desmesuras*); ha concluido otra novela, *Voz de muchedumbre*, y prepara, en colaboración, una *Historia ecológica de la Argentina*. "El día que incendiaron el aire" es el relato de un hecho fantástico y en cierto modo verdadero.

Alphonse Daudet nació en Ni-

mes en 1840 y murió en París en 1897. Es conocido ante todo por sus bocetos sobre la vida provenzal (*Cartas de mi molino*), publicados por primera vez en *Le Figaro*, donde era colaborador, y por los libros de Tartarin (*Tartarin de Tarascón*, *Tartarin en los Alpes*, *La defensa de Tarascón*, *Puerto Tarascón*). Fue uno de los protagonistas de la escuela naturalista, y escribió varias novelas sobre la realidad política y social de la época (*Fromond jeune et Risler aîné*, *Le Nabab*) y una obra de teatro, *L'Arlésienne*, para la que compuso música Bizet. Sus cuentos fueron reunidos en dos volúmenes: *Les contes du lundi* (1873) y *Contes et récits* (1873). "Woodstown", tal vez su único cuento fantástico, nos muestra la fascinación y el poder de un irresistible mundo vegetal.

Sergio Gaut vel Hartman (v. "Islas" en *Minotauro* 5), director de la revista *Parsec* y reciente ganador del premio Más Allá por su fanzine *Sinergia*, vuelve a estas páginas

con "Carteles", un relato muy breve pero decididamente cargado de alusiones.

Carlos Gardini acaba de publicar su cuarto libro (*Juegos malabares*, *Minotauro*) en un lapso de trece meses. "El sinuoso camino de la libertad" es una reflexión sobre la utilidad y la inutilidad de las fronteras.

Pablo Capanna, en "Fantasmas en la máquina", nos resume la historia de las computadoras, desde los esfuerzos decimonónicos del británico Charles Babbage hasta los todopoderosos "chips" de Silicon Valley, que anuncian el nacimiento de la inteligencia artificial.

Stanislav Lem (v. "La máscara" en *Minotauro* 5), propietario de una de las mentes más lúcidas y creativas de la literatura de hoy, es sin embargo un personaje un tanto misterioso para los lectores de nuestro idioma. "Azar y orden", un artículo autobiográfico escrito por Lem en alemán y traducido al inglés por su amigo y agente litera-

rio Franz Rottensteiner, fue publicado por primera vez en la prestigiosa revista *The New Yorker*. En el Lem refiere episodios de su infancia y de su juventud durante la

Segunda Guerra Mundial, y describe las diversas etapas de su carrera de escritor.

En la sección "Libros" **Pablo Capanna** compara dos ensayos que

examinan las teorías de Darwin a la luz del presente y del futuro, y **Carlos Gardini** desmenuza las polémicas *Visiones peligrosas* de Harlan Ellison.



PREMIOS Y NUEVAS PUBLICACIONES

El Más Allá

El 15 de junio, en el auditorio de la Fundación Promúsica, el Círculo Argentino de Ciencia-Ficción y Fantasía entregó los premios Más Allá correspondientes al período 1982/1983. Elegidos por votación de los socios del Círculo, éstos son los ganadores:

Mejor libro: *Kalpa imperial* (Libro I: *La Casa del Poder*), de Angélica Gorodischer (Minotauro).

Mejor cuento publicado: "El lugar", de Mario Levrero (*El péndulo 6*).

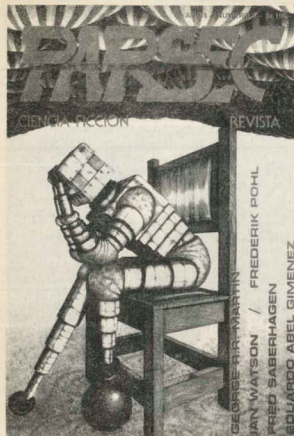
Mejor revista no profesional: *Sinergia*, de Sergio Gaut vel Hartman.

Mejor película de aficionados (empate): "Mi objetivo sublime", de Juan A. Bucich y "Cosas que no existen", de Claudio Bollini.

Mejor cuento inédito de autor novel (empate): "El colectivo", de Marta Esviza Garay y "Círculo atemporal", de Claudio Omar No-guerol.



Gorodischer



Parsec 3

Menciones a cuento inédito de autor novel: "Peligro en la galaxia", de Alberto D. Curto; "Cuento 1", "Cuento 4" y "Cuento 5", de A. Sejas; "La absorción", de José L. Carrasco Balmaceda.

El Sinergia

Según la votación de los lectores de esta publicación no profesional, los mejores textos de fantasía y

ciencia ficción publicados en los últimos tres años son los siguientes: 1º) "El lugar", de Mario Lavreño (*El péndulo* 6); 2º) "Blitzkrieg", de Carlos Gardini (*Sinergia* 1); 3º) "La mosca loca", de Elvio E. Gandolfo (*Sinergia* 1); 4º) "Quiramir", de Eduardo Abel Giménez (*El péndulo* 10); 5º) "El negro", de Fernando Morales (*Sinergia* 1); 6º) "El manuscrito de Juan Abal", de Elvio E. Gandolfo (*El péndulo* 6); 7º) "Otra vez", de Magdalena Moujan Otáño (*Fénix* 2).

El Nebula

Concedido por el sindicato norteamericano de escritores de cf (SFWA), este prestigioso premio a las mejores obras publicadas durante el último año correspondió en esta ocasión a los siguientes títulos:

Mejor novela: *Starline Rising*, de David Brin.

Mejor novela corta: "Hard-fought", de Greg Bear.

Mejor cuento largo: "Blood Music", de Greg Bear.

Mejor cuento corto: "The Peacemaker", de Gardner R. Dozois.

El Dick

El Philip K. Dick Memorial Award, reservado a la mejor novela del género publicada en rústica, correspondió este año a *The Anubis Gates*, de Tim Powers.

El Locus

Los lectores de esta importante publicación informativa consideraron que las obras más importantes de 1983 son las siguientes:

Mejor novela de ciencia ficción: *Starline Rising*, de David Brin.

Mejor novela fantástica: *The Mists of Avalon*, de Marion Zimmer Bradley.

Mejor novela inicial: *Tea With the Black Dragon*, de R. A. MacAvoy.

Mejor libro de ensayo: *Dream*

Makers, volumen II, de Charles Platt.

Mejor novela corta: "Her Habillene Husband", de Michael Bishop.

Mejor cuento largo: "The Monkey Treatment", de George R. R. Martin.

Mejor cuento corto: "Beyond the Dead Reef", de James Tiptree, Jr.

Mejor libro de cuentos: *Unicorn Variations*, de Roger Zelazny.

Mejor antología: *The Best SF of the Year # 12*, preparada por Terry Carr.

El Karel

Este premio anual "a la excelencia en la traducción" fue instituido en 1982 en homenaje al escritor checo Karel Capek (1890-1938), autor de *R.U.R.* y *La guerra de las salamandras*, y es otorgado por World SF, una organización internacional de profesionales del gé-

nero. En la reunión correspondiente a este año, realizada en Brighton, Inglaterra, en el mes de abril, Brian W. Aldiss, presidente de World SF, anunció los Karel 1984: George Balanos (Grecia), Vasily Zacherchenko (URSS), Maxim Jakubowski (Francia) y Marcial Souto (Argentina).

Una nueva revista

El 1º de junio apareció en los kioscos el primer número de *Parsec*, una nueva revista mensual de ciencia ficción y fantasía a cargo de Daniel Rubén Mourelle (director ejecutivo) y Sergio Gaut vel Hartman (director editorial). En los tres números publicados hasta el momento aparecen nombres tan importantes como Angélica Gorodischer, Gene Wolfe, Thomas Disch, Roger Zelazny, Fritz Leiber, Robert Shekley, Zenna Henderson, Har-

lan Ellison, Alfred Bester, George R. R. Martin, Ian Watson, Eduardo Abel Giménez, Frederik Pohl. Es la primera vez que coexisten en la Argentina dos revistas profesionales del género: suponemos que es un buen signo, y saludamos con afecto a nuestros colegas. La dirección de *Parsec* es: Ediciones Filofalsia, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires.

Una nueva colección

Ediciones Fénix, el sello que publica ahora la revista española *Nueva Dimensión*, acaba de presentar el primer título de la colección "Los libros de *Nueva Dimensión*": se trata de una novela del español Rafael Martín Trechera, *Lágrimas de luz*. Entre los títulos anunciados se cuentan obras de Frank Herbert, Domingo Santos, John Brunner, Gerardo Muñoz, Manuel de Pedrolo y Jack Vance.



SAMUEL R. DELANY

EL FOSO ESTELAR

*Nadie perdona
a los pocos que
pueden conocer
el universo.*

Ilustración de Oscar Chichoni

Dos paneles de vidrio con tierra entre ambos y pequeños túneles de una celda a otra: cuando yo era niño tenía un formicario.

Pero una vez algunos de nuestros hijos construyeron un ecológico con paneles de plástico de un metro y medio y barrotes de aluminio acanalado para sostener las esquinas y el techo. Lo pusieron afuera en la arena.

Contra una pared había un charco de lodo, y se podía ver lo que pasaba bajo el agua. A veces gusanos segmentados que se arrastraban por la tierra rojiza chocaban contra el costado, de modo que eran visibles unas pulgadas de sus túneles. Cuando hacía calor la cara interior del plástico se empañaba con nie-

bla y gotas de agua. Las pequeñas hojas redondas de las enredaderas tornasoladas pasaban del azul al rosa, del azul al rosa, mientras las nubes surcaban el cielo y el pH del suelo fotosensible variaba ligeramente.

Los niños salían corriendo antes del alba y con el vientre desnudo apoyado en la arena fresca y las barbillas en el dorso de la mano escrutaban la penumbra hasta que la roja rueda molar de Sigma se alzaba sobre el mar color sangre. La arena se volvía marrón, y las flores de las plantas de cristal parecían rubies a la luz pálida del sol gigante. Playa arriba la jungla comenzaba a susurrar mientras un aniversario se ponía a gorgear en alguna parte. Los niños reían y se codeaban y se apiñaban más.

Entonces Sigma Prima, el segundo miembro del sistema binario, centelleaba como terminta en el agua, y nubes carmesíes pasaban del color coral al color durazno al color espuma. Los niños, amontonados, parecían ahora una pila de lingotes de cobre con estrias de sol en el pelo. Aun en el pequeño Antoni, el mayor de los míos, cuyo pelo era negro y rizado como petróleo burbujeante (igual que el de la madre), el vello de su espalda de dos años era un resplandor blanco a través del cobre si uno miraba con atención.

Más niños se acucillaban y agachaban, o se arrodillaban con la nariz a una pulgada de las paredes, para observar, como jóvenes magos, cómo las cosas nacían, crecían, maduraban y hacían nacer otras cosas. Fascinados por su propia obra, contemplaban los milagros de su museo viviente.

Una semilla pequeña y roja yacía camuflada en el cieno junto al lago/charco. Un atardecer, cuando la blanca Sigma Prima puso violeta el cielo, se abrió en una larva parda de la misma longitud y el mismo color de la primera articulación del pulgar de Antoni. Brincó y viboreó en el barro un par de días, luego se arrastró hasta la primera rama de la planta de cristal más cercana para colgar, exhausta y cabeza abajo, de la punta. La carne marrón se endureció, se engrosó, se puso lustrosa y negra. Una mañana los niños vieron cómo se partía la crisálida de ónix, y en el segundo amanecer había un lagarto volador de ojos de esmeralda zumbando contra los paneles de plástico.

—¡Oh, mira, papá! —me dijeron—. ¡Trata de salir!

La criatura, borrosa por la velocidad,

se lanzó contra la esquina varios días, hasta que al fin se resignó a reptar entre las anchas hojas de las palmeras enanas.

Cuando llegó el fresco y se inició el debate anual sobre si los niños debían ponerse túnicas o no (de todos modos, nunca se las dejaban puestas más de veinte minutos), las joyas de la planta de cristal se enturbiaron, las facetas se arrugaron y cayeron como guijarros.

También había perezosos de cuatro ventosas, grandes como el puño de un niño de seis años. Casi siempre apretaban el cuerpo aterciopelado contra las paredes y miraban lánguidamente la arena con sus racimos de ojos retráctiles. Luego dos de ellos se hincharon unas tres semanas. Al principio pensamos que se trataba de una infección. Pero un atardecer descubrimos dos camadas de blancas esferas de terciopelo semiocultas por las hojas bajas de las palmeras. Ahora los padres estaban ocupados y no intentaban salir.

Había una piedra, mitad dentro y mitad fuera del charco, cubierta con lo que yo siempre llamaba musgo mostaza cuando lo veía en su ámbito natural. Una vez le salieron pelos blancos. Y una tarde los niños vinieron en busca de todos los adultos que pudieron arrastrar. "¡Mira, papá, mira, mamá, mira!" Los pelos se habían desprendido y caminaban por la orilla del agua, dando volteretas en el suelo blando.

Yo tenía que salir a trabajar en pocos minutos para llevar unos repuestos a Tau Ceti. Pero cuando llegué cinco días más tarde, los pelos habían echado raíces, se habían engrosado, y ya estaban brotando las pequeñas hojas redondas de las enredaderas tornasoladas. Entre los nuevos brotes, tendido sobre el

lomo, las patas agarrotadas sobre el vientre rugoso, los ojos turbios como las joyas neblinosas de la planta de cristal (las alas se le habían caído días atrás, como celofán) estaba el lagarto volador. Antes de morir, sin embargo, había logrado depositar, casi camufladas en el cieno junto al charco, un puñado de semillas rojas.

Recuerdo mi regreso después de otro trabajo. Había tenido que dedicarme al mantenimiento de los trasbordadores de una dotación que estaba instalando una estación anular en la órbita de un planeta que giraba en torno de Aldebarán. Me fui mucho tiempo esa vez. Cuando salí del complejo de aterrizaje y me dirigí hacia las altas malezas de la orilla, aún no veía a nadie.

Lo cual era una suerte porque la noche anterior había empujado el codo con los tripulantes para celebrar la terminación de la estación. Esa mañana había bebido un par de tragos más en el bar de la terminal para disipar los efectos de la resaca. Nunca funciona.

El susurro del follaje era un jadeo entrecortado. El sol tendía en la arena dedos de puro resplandor y trataba de arrancarme los ojos. Me alegraba que el complejo estuviera desierto porque los niños habrían hecho preguntas que yo no quería responder; los adultos no preguntarían nada, lo cual era aun más difícil de responder.

Luego, cerca del ecológico, un niño chilló. Y volvió a chillar. Entonces Antoni se lanzó hacia mí, medio corriendo, medio gateando, y me aferró la pierna. —¡Oh, papá! ¿Por qué, oh, por qué, papá?

Me quité las botas y arrojé la camisa en el porche del complejo, pero aún llevaba puesto el mono. Antoni tenía los

puños llenos de la pierna de mi pantalón y no quería soltarla. —Oye, niño, ¿qué te ocurre?

Cuando al fin lo subí en mi hombro él me apoyó la cara húmeda contra la clavícula. —¡Oh, papá! ¡Papá! ¡Está loco, looco! —La voz se le ahogó en sollozos.

—¿Quién está loco, niño? Cuéntale a papá.

Antoni me aferró la oreja y lloraba mientras yo caminaba hacia el recinto de plástico.

En una pared habían puesto una portezuela con un cerrojo de combinación que tenía la función de impedir que ocurrieran estas cosas. Supongo que Antoni aprendió la combinación observando a los niños mayores, o quizá la había deducido por su cuenta.

Uno de los perezosos jóvenes se había escapado y se había alejado unos pasos por la arena.

—¡Ves, papá! Está loco, me mordió. ¡Me mordió, papá! —Los sollozos se ahogaron en un lloriqueo mientras me mostraba una mancha azulada e hinchada en la muñeca, rodeada por una pequeña medialuna de pinchazos. Luego señaló trémulamente la criatura.

El perezoso temblaba, y una espuma sanguinolenta le brotaba entre los labios. Entretanto escarbaba fútilmente en la arena con sus torpes ventosas, los ojos retraídos. Luego trastabilló, pateó, trató de enderezarse, jadeando como una válvula. —No aguenta el calor —exploté, agachándome para levantarlo.

Me tiró un zarpazo, y yo retrocedí. —Insolación, niño. Sí, está loco.

De pronto abrió la ancha boca, soltó el aire, y no inhaló más. —Ya está bien —dije.

Otros dos cachorros de perezoso estaban en la puerta, las ventosas frontales sobre el umbral, observando con ojos brillantes y negros. Los hice retroceder con un trozo de conchilla marina y cerré la puerta. Antoni seguía mirando la pelota de piel blanca en la arena. —¿No está loco ahora?

—Está muerto —le dije.

—¿Muerto porque salió, papá?

Asenti.

—¿Y loco? —Apretó el puño y se pasó algo ya blando y mojado por el labio superior.

Decidí cambiar de tema, pues ya se acercaba demasiado a algo sobre lo que no quería pensar. —¿Quién ha cuidado de ti? —pregunté—. Estás hecho un desastre, niño. Vamos a arreglar ese brazo. No deberían dejar solo a alguien de tu edad. —Echamos a andar hacia el complejo. Esas mordeduras se infectan fácilmente, y ésta se estaba hinchando.

—¿Por qué se volvió loco? ¿Por qué murió al salir, papá?

—No resiste la luz —dije cuando llegábamos a la jungla—. Son animales que viven casi todo el tiempo en la sombra. El plástico impide el paso de los rayos ultravioleta, tal como las hojas que los protegen cuando están sueltos en la jungla. Sigma Prima tiene un alto porcentaje de rayos ultravioleta. Por eso lucen tan saludable, niño. Creo que tu mamá me contó que ellos tienen el sistema nervioso en la superficie, y todo eso. Bajo el ultravioleta, las enzimas se descomponen tan rápidamente que... ¿Entiendes algo de lo que digo?

—Ajá. —Antoni meneó la cabeza. Luego añadió: —¿No sería bonito, papá —se admiró la mordedura mientras ca-

minábamos—, que algunos, sólo unos pocos, pudieran salir?

Eso me detuvo. Antoni tenía manchas de sol en el pelo negro azulado. El follaje le reflejaba un verde tenue en la mejilla parda. Sonreía, pequeño y maravilloso. Algo que en mi había sido furia muchas veces se derritió momentáneamente en una ternura feroz, girando alrededor de él como el polvo en la luz que me acariciaba los hombros, hirviendo para proteger a mi hijo. —No sé, niño.

—¿Por qué no?

—Sería bastante malo para los que tuvieran que quedarse adentro —le dije—. Al cabo de un tiempo, quiero decir.

—¿Por qué?

Eché a andar de nuevo. —Vamos, tienes que curarte el brazo y limpiarla.

Le limpié la cosa húmeda de la cara, y le raspé la suciedad seca del cuello, donde había estado por lo menos dos días. Luego le inyecté un antibiótico.

—Tienes un olor raro, papá.

—No te preocupes por mi olor. Salgamos de nuevo. —Bebí una taza de café negro con demasiada prisa, y el café y la resaca alcohólica armaron una trifulca en mi estómago. Traté de ignorarla y echar una ojeada al lugar. Pero aún no encontraba a nadie. Eso me enfureció. Claro que es independiente: es mi hijo. Pero sólo tiene dos años.

De vuelta en la playa, enterramos al perezoso muerto en la arena; luego señalé los tallos nuevos y relucientes de las diminutas plantas de cristal. En el fondo del estanque, en la masa gelatinosa de los huevos de anidave, ya se veían las trémulas formas de renacuajo. Un hongo de bordes naranja ya había creci-

do ocho pulgadas. Dos semanas atrás eran sólo unas esporas negras sobre una pila de hojas muertas.

—Crece —gorjeó Antoni con la nariz y los puños contra el plástico—. Todo crece y crece.

—Así es.

Me sonrió. —¿Yo crezco!

—Claro que sí.

—¿Tú creces? —Luego meneó la cabeza, dos veces; una para decir que no, y la segunda vez porque le gustaba sacudir el pelo. Y tenía mucho. —Tú no creces. No aumentas de tamaño. ¿Por qué no creces?

—Yo también crezco —dije indignado—. Pero muy despacio.

Antoni se volvió, se apoyó en el plástico y movió un dedo del pie tras otro en la arena (algo que yo no puedo hacer) sin dejar de observarme.

—Tienes que crecer todo el tiempo —dije—. No necesariamente aumentar de tamaño. Pero en tu cabeza tienes que crecer, niño. Para nosotros los humanos eso es importante. Y ese crecimiento nunca se detiene. O no debería. Puedes crecer, niño, o puedes morir. Ésa es la alternativa, y sigue toda la vida.

Antoni miró por encima del hombro. —Crecen todo el tiempo, aunque no puedan salir.

—Eso es —dije. Y de nuevo me sentí incómodo. Empecé a quitarme el mono, por hacer algo—. Aun si... —El cierre se atascó—. Demonios... Aun si no puedes salir. —Logré soltar el cierre.

Los demás volvieron al anochecer. Habían ido de excursión al pie de la montaña. Di unos gritos para meterles en la cabeza que no debían dejar solo a Antoni. No sirvió de mucho. Ya se sabe como son las discusiones familiares.

No quiso venir. No íbamos a obligarlo.

Y qué. Tiene que aprender a hacer las cosas que no quiere.

¿Como ciertas personas que conozco!

Escucha...

Es un grupo sano. No quieres que él crezca sanamente.

Me contentaré con que crezca y punto. No había comida, ni medicamentos.

Pero el servidor estaba atiborrado de comida. Él sabe usarlo.

Mira, cuando llegué a casa el niño tenía el brazo hinchado hasta el codo.

Y así sucesivamente, con Antoni sentado en el medio con cara de confundido. Cuando su confusión llegó al colmo, terminé la discusión anunciando pragmáticamente: —Papá olía raro cuando llegó.

Todos callaron. Luego alguien dijo: —Oh, Vyme, no habrás vuelto de nuevo en ese estado. Es decir, delante de los niños...

Dije un par de cosas que lamenté más tarde y eché a andar por la playa. Caminé seis o siete kilómetros.

¿Las veces que volvía del trabajo? ¿El ecológico? Supongo que a eso iba.

Conseguir ese trabajo me había costado una semana endiablada. Se trataba de reparar una nave de combate destrizada cerca de Aurigae. Sólo que cuando llegué allí descubrí que ya me habían despedido. Esa guerra había terminado: ahora las terminan muy pronto. De modo que me las rebusqué y menti y logré alistarme en una cuadrilla de reparaciones que estaba trabajando en una estación viajera de reemplazo, a menudo humillándome para conseguir el trabajo porque todos los mecánicos del fias-

co de la nave de combate también lo estaban buscando. Me despidieron el primer día porque llegué al trabajo con olor raro. Tardé otra semana en arreglármelos para volver a Sigma. Ni siquiera me alcanzaba para comprar el pasaje, pero llegué a un trato con el piloto para conducir la mitad del tiempo.

Hacia una hora que habíamos salido y yo estaba en los controles cuando ocurrió algo de lo que jamás había oído hablar. Por un pelo no chocamos con otra nave. Pienso en todo el espacio vacío que hay; las probabilidades son infinitesimales. Y para colmo, cada nave debe emitir constantemente una señal de identificación.

Pero esa enorme y bulbosa mole intergaláctica pasó tan cerca que pude verla a través de la ventanilla frontal. Nuestro sistema de inercia enloqueció. Empezamos a girar en el remolino de estasis del carguero. Encendí el intercomunicador de video y grité: —Grandísimo imbécil... imbécil. —Estaba tan rabioso y asustado que no pude decir nada más.

El dorado que piloteaba la nave me miró por la pantalla con fastidio, ligeramente sorprendido. Recuerdo que su cara era un poco más negreído que la mía.

Nuestra pequeña Serpentina no podía dañarlo. Pero si hubiéramos estado cien metros más cerca podríamos habernos ionizado. El otro piloto se levantó echando chispas de su litera y empezó a maldecirme.

—Demonios —grité—, era uno de esos... y solte un rosario de insultos— dorado...

—¿Tan cerca del centro galáctico? No digas tonterías. ¡Deberían estar en las cercanías del Foso Estelar!

—Era un carguero —insistí—. Apareció justo frente a nosotros. —Me detuve porque la palanca de control me temblaba en la mano. ¿Conoces el logotipo de Serpentina? Lo tienen en la esquina de la pantalla de visión y tallado en plástico en la cabeza de las perillas de control. Bien, se me grabó de tal modo en el pulgar que podía leerse durante una hora. Así de fuerte apretaba yo la palanca de control.

Cuando él me reemplazó, fui directamente al bar para calmarme. Y me metí en una riña. Cuando llegué a la playa estaba sin dinero, con la nariz ensangrentada, mareado y furioso.

Era apenas después del primer poniente, y los niños jugueteaban alrededor del ecológico. Entonces una niña que ni siquiera reconocí corrió hacia mí y me tiró del brazo. —¡Papá, oh, papá! ¡Ven a mirar! Los aniverdes están a punto de...

La empujé, y ella, sorprendida, quedó sentada en la arena.

Yo sólo quería ir al agua y echarme algo frío en la cara, porque en cualquier momento me empezaría a arder.

Otro grupo de niños me aferró gritando. —¡Papá, papá, los aniverdes, papá! —Trataron de arrastrarme.

Al principio los seguí dos pasos. Luego hice girar los brazos. No emiti ni un sonido. Pero agaché la cabeza y embestí la pared de plástico. Los niños gritaron. El aluminio crujió; el plástico se resquebrajó y cayó. Aún tenía las botas puestas, y pateé una y otra vez la tierra roja y la arena. Las palmeras se derrumbaron y aplasté las hojas con los pies. Las plantas de cristal se quebraron como varas de vidrio bajo un trozo de plástico. Un conjunto de lámparas revoloteó alrededor

de mi cabeza. Parte del color rojo venía de Sigma, otra parte de lo que ardía detrás de mí cara.

Recuerdo que aún temblaba y observaba el agua que corría del lago destrozado a la arena y luego era absorbida de tal modo que la lengua de arena húmeda se expandía un poco, elevándose apenas en los bordes. Luego alcé los ojos y vi a los niños huyendo por la playa. Lloraban, gritaban, tenían miedo y se apiñaban alrededor de la mamá de Antoni. Ella caminaba con firmeza hacia mí... con firmeza porque ella era mujer y ellos eran niños. Pero le vi el mismo temor en la cara. Llevaba a Antoni sobre el hombro. Otros adultos venían detrás de ella.

La mamá de Antoni era bióloga, y creo que había sido ella la que había tenido la idea de hacer un ecológico para los niños. Cuando apartó los ojos del destrozado, supe que también había roto algo en ella.

Una expresión rara se le fijó en los rasgos de la cara (tan bella, por lo que recuerdo), y había compasión junto a la furia, y desprecio junto al miedo. —Santo cielo, Yyme —dijo con severidad—. ¿Nunca vas a crecer?

Abri la boca, pero lo que quería decir era demasiado grande y se me atoró en la garganta.

—¿Crecer? —repetió Antoni, y tendió la mano hacia un lagarto que le zumbaba en la cabeza—. Todo dejará de crecer ahora. —Miró el destrozado que yo había causado. —Todo roto. Todo escapó.

—El no quiso romperlo —dijo ella para disculparme. Luego acuchilló mi gratitud con una mirada—. Lo armaremos de nuevo.

Dejó a Antoni en la arena y levantó una de las paredes.

Una vez que empezaron, me dejaron ayudar. Muchas plantas estaban rotas. Y sólo los aniverdes que habían completado la metamorfosis pudieron salvarse. Los lagartos voladores eran demasiado curiosos para alejarse, así que los cazamos (o, mejor dicho, los cazaron) con redes, y los pusimos de nuevo adentro. Creo que no ayudé demasiado. Y no quería decir que lo lamentaba.

Recobraron casi todo excepto los Perezosos.

No pudimos encontrarlos, aunque los buscamos mucho tiempo.

El sol había caído, de modo que ellos debían de estar bien. No pueden atravesar la arena a gran velocidad, así que no podían haber llegado a la jungla. Pero no había huellas, no había nada. Incluso escarbamos en la arena para ver si se habían sepultado. Sólo doce años más tarde descubrí adónde habían ido.

Por el momento acepté la resignada explicación de Antoni: —Deben haber salido de nuevo.

Poco después abandoné el grupo de procreación. Un día me fui a trabajar para no volver. Pero, como le había dicho a Antoni, creces o mueres. Yo no morí.

Una vez pensé en volver. Pero hubo otra guerra y de pronto no hubo adonde volver. Algunos del grupo sobrevivieron. Antoni y su mamá no. Ni siquiera quedaba agua en el planeta.

Cuando al fin volví al Foso Estelar, había años que no bebía. Pero trabajar en el confin de la galaxia me había afectado. Había afectado la parte que crece. Lo que yo le había mencionado a Antoni en la playa.

Si me afectó a mí, no es de extrañar que afectara a Ratlit y al resto.

(Y recuerdo a una criatura de ojos negros apretada contra la pared de plástico, escrutando las arenas infranqueables.)

Tal vez fue por saber que no podía ir más lejos.

Tal vez fue por el dorado.

¿Dorado? Ni siquiera me había unido al grupo cuando oí la palabra por primera vez. Yo tenía dieciséis años y estudiaba en el Vocacional de Luna. Nací en una ciudad llamada Nueva York en un planeta llamado Tierra. Luna es el único satélite. Sin duda has oído nombrar el sistema; de allí vinimos todos. Hay otras cosas sobre el lugar que todos conocen. Pero dudo que hayas estado allí a menos que seas antropólogo. Está muy apartado de las principales rutas comerciales y es muy primitivo. Yo era maestro mecánico, tenía una beca, y me desvivía por el estudio. Toda la mañana, en un teórico-práctico (un nombre ridículo para una clase ridícula, pensaba entonces) habíamos estado armando un motor de carguero intergaláctico en miniatura. A través de ese montón de láminas helicoides y de sensores para órganos de superinerencia, yo maldecía a mi profesor en silencio. Pensaba, como casi todos en la clase, "Qué importa si pueden llevar estos armatostes de una galaxia a otra. Nadie podrá viajar en ellos. No mientras estemos psíquica y fisiológicamente anclados a esta región del universo."

De vuelta en el dormitorio, tendido en la cama, limpiándome el lubricante de grafito que tenía en las uñas con la punta de la regla de calcular y hojeando un ejemplar plegado de *El joven me-*

cánico, vi el artículo y las figuras.

Gracias a un curioso accidente, se había descubierto a dos personas que no habían enloquecido a veinte mil años-luz del borde de la galaxia, que no habían muerto a veinticinco mil.

Ambos eran rarezas psicológicas con un increíble desequilibrio hormonal en el sistema. Una era una muchacha oriental; el otro era un hombre de más edad, rubio y de huesos grandes, de un planeta frío del sistema de Cygnus Beta: dorado. Ambos parecían muy hurafios.

Luego hubo más artículos, más figuras, en las revistas de economía, los tratados de sociología, los boletines legales, a medida que diversas especialidades reconocían el impacto que producían los dorados y el repentino nacimiento del comercio intergaláctico. El jefe de una comisión lo resumió en estas palabras: "Aunque hace tres siglos que practicamos el viaje interestelar, el viaje intergaláctico ha sido una imposibilidad, no a causa de limitaciones mecánicas sino a causa de limitaciones que hasta ahora ni siquiera hemos podido definir. Un shock psíquico provoca la locura en cualquier humano —o, llegado el caso, cualquier especie inteligente, máquina perceptiva o computadora— que se aleje más de veinte mil años-luz del confin de la galaxia; luego la muerte fisiológica total, así como un colapso funcional en las computadoras que podrían reemplazar a las dotaciones humanas. Se han presentado explicaciones complejas, ninguna de ellas totalmente satisfactoria, pero la base del problema parece ser la siguiente: así como la naturaleza del espacio y el tiempo depende de la concentración de materia en una zona dada del continuo,

la naturaleza de la realidad también opera por la misma ley, o por leyes similares. La masa media de todas las estrellas de nuestra galaxia controla la 'realidad' de nuestro microsector del universo. Pero cuando una nave cruza el borde galáctico, la 'realidad' sufre un colapso y provoca la locura y eventualmente la muerte de una tripulación, aunque ciertas leyes mecánicas —si bien no todas—, parecen permanecer relativamente constantes, por razones que no entendemos. Salvo por unos pocos y bárbaros experimentos con drogas psicodélicas en la aurora del viaje espacial, ni siquiera hemos desarrollado un vocabulario que pueda abordar la 'realidad' aparte de su expresión física y mensurable. Aun así, cuando tuvimos que enfrentar el negro límite del espacio intergaláctico, se descubrieron nuevos y brillantes recursos. Unos pocos, cuyo sentido de la realidad ha sido despedazado por un trauma infantil o prenatal, cuya orientación fisiológica vuelve dolorosa o imposible su vida en nuestra sociedad interestelar, no todos, pero una parte de estos dorados (y en este punto hubo estática, o el caballo roto) puede hacer el cruce y regresar."

La palabra dorado, sin el sustantivo, prendió.

Pocos era el eufemismo del siglo. Hay menos de un dorado por cada treinta y cuatro mil seres humanos. Un par de personas pensaron en vaciar todas las clínicas mentales arrojando a los pacientes al confin de la galaxia. No funcionaba así. Esa particular psicosis y organización endocrina era notablemente especializada. Aun así, entonces había excitación, intriga, ansiedad, esperanza, admiración en la palabra: admiración por los que llegarían.

—¿Dorado? —dijo Ratlit cuando le pregunté. Trabajaba como auxiliar aquí en el Foso Estelar, en el taller de Poloscki—. Nací con la palabra. Me crié con ella. Conmigo no hubo primera vez. Aunque recuerdo que cuando tenía seis años, poco después que murió el último de mis padres, y yo estaba oculto con otro puñado de piojos en una caja de embalaje rota en un depósito de cargas abandonado cerca de las ruinas de Helios en Cretona VII... creo que allí fue donde nací. La mayoría de los habitantes había muerto de hambre, pero alguien nos hacía llegar alimentos. Además estaba ese personaje viejo y jorobado que también se ocultaba. Solía sentarse sobre la caja de embalaje, golpear los listones de aluminio con los talones y contarnos historias sobre las estrellas. Vestía harapos sujetos con tiras de alambre, le faltaban dos dedos de una mano; se rascaba la piel floja bajo la barbilla con esas garras sucias. Y hablaba de ellos. Así que le pregunté: "¿Dorado qué?" Se inclinó hacia adelante de tal modo que su cara era como una magulladura de caoba en el cielo, y gruñó: "Han ido *afuera*, te digo, han visto más de lo que tú y yo veremos jamás. Humanos e inhumanos, niño, paridos por mujeres y engendrados por hombres, pero viven según sus propias leyes y se atienen a sus propias costumbres." —Ratlit y yo estábamos sentados bajo un farol de la calle, con los pies sobre el Bordo, donde se había roto el alambrado. Su pelo era como llamas ondeando en el viento, su único arco titilaba. Una infinitud moteada de estrellas se despenaba bajo la suela de nuestras botas, y el viento creado por el campo de estasis que sostenía nuestra atmósfera (aquí lo lla-

mamos "viento-mundo" porque nunca es frío ni caliente y no se parece a nada de ningún mundo) le azotaba la camisa negra del pecho huesudo mientras escuchábamos la noche galáctica entre nuestras rodillas.— Supongo que eso fue durante la segunda guerra del Kíber —concluyó.

—¿Guerra del Kíber? —pregunté—. ¿Cuál fue?

Se encogió de hombros. —Sólo sé que se peleó por la posesión de un par de toneladas de di-alio; ése es el elemento polarizado que los dorado traen de la galaxia Lupe. La libraron con naives y-adna... Por eso fue una guerra tan terrible. Es decir, peor que de costumbre.

—¿Y-adna? No conozco ese tipo de propulsión.

—Un dorado vio los planos de ellas en una civilización de Magallánica-9.

—Oh —dije—. ¿Y qué era Kíber?

—Era un arma, una especie de hongo que los dorado trajeron de algún planeta agotado del límite de Andrómeda. Es fatal. Sólo que fueron demasiado estúpidos para traer la antitoxina.

—Pues así son los dorado.

—Ajá. ¿Te das cuenta de que es inquietante, Vyme? Me refiero a la palabra dorado. Una vez descubrí todo sobre ella gracias a mi editor. Es semánticamente perturbadora.

—¿De veras? —dije—. Así son ellos. Perturbadores.

Acababa de terminar un día muy, muy duro, instalando un carguero reconstruido en un casco de transporte cuántico que no tenía el tamaño adecuado. El dorado que necesitaba el trabajo se quedó mirando por encima de mi hombro todo el tiempo, y a cada hora me daba consejos adicionales que

me amargaban los sesenta minutos siguientes. Pero lo hice. El dorado me pagó en efectivo y sin una palabra subió al ascensor, y dos minutos más tarde, cuando yo todavía estaba limpiándole la grasitud, el maldito casco de quinientas toneladas empezó a silbar para el despegue.

Sandy, un joven que había venido en busca de un empleo temporal como mecánico tres meses atrás, pero que aún no me había dado motivos para despedirlo, apenas tuvo tiempo para apartar los grandes waldos y meterse en la cámara antichoque cuando la mole de trescientos metros se soltó de las agarraderas. Y Sandy, que como muchos jóvenes que van de trabajo en trabajo suele ser tranquilo e impreciso, se puso nervioso y específico. —Mil kilos de equipo frágil allá afuera... lo arruinaría todo si pudiera... yo no soy prescindible, me importa un cuerno... estos dorado... —exclamaba mientras la nave partía hacia donde sólo van los dorado. Yo encendí el letrero de "cerrado", dejé el resto de la grasitud como estaba, me largué del hangar, y busqué a Ratlit.

Y allí estábamos, bajo ese farol, sentados en el Borde, en el viento-mundo.

—Dorado —dijo Ratlit bajo el rugido—. Sería mucho más fácil de aceptar si estuviera gramaticalmente relacionado con algo: un ser dorado, un hombre dorado. O siquiera un dorado, dos dorados.

—¿Dorado para el masculino, dorada para el femenino?

—Algo así. No es un adjetivo ni un nombre. Mi editor me contó que durante un tiempo lo escribían con un guión al final que representaba la palabra modificada, fuera cual fuese.

Yo recordaba el guión. Era una broma temerosa, un modo de reemplazar esas cosas. ¿Dorado *qué*? La gente ya había empezado a inquietarse. Luego la broma pasó y sólo quedó "dorado".

—Piénsalo, Vyme. Sólo dorado: aunque sea uno, dos o tres.

—Es para meditarlo, niño —dije.

Ratlit tenía seis años durante la guerra de Kíber. Eleva esa cifra al cuadrado y súmala al resultado y tendrás mi edad. ¿La de Ratlit? Multiplica seis por dos y súmalo uno. Me gustan los chicos, y ellos gustan de mí. Pero quizá sea porque la infancia me dejó mucho más joven de lo necesario a los cuarenta y dos años. Y la infancia de Ratlit lo había dejado mucho más viejo de lo que corresponde a un chico de trece.

—Ningún dorado participó en la guerra —dijo Ratlit.

—Nunca participan. —Observé cómo entrelazaba los dedos delgados.

Después de dos divorcios, mi madre huyó con un viajante y me dejó a mí y a cuatro hermanos durante un año con una tía alcohólica. Sí, aún hay divorcios, matrimonios monogámicos y esas cosas donde yo nací. Como decía, es bastante primitivo. Me fui de casa a los quince, me las arreglé para cursar la escuela vocacional, y aprendí lo suficiente sobre cómo vuelan las cosas para terminar —después de ese desastroso matrimonio de que hablé antes— con mi propio hangar de reparaciones en el Foso Estelar.

Comparado con Ratlit, tuve una infancia estable.

Así es. Él perdió al último padre que recordaba a los seis años. A los siete lo condenaron por su primer delito, después de escapar de Cretona VII. Pero

parte del tratamiento en el hospital-reformatorio-cárcel fue borrarle los detalles de la memoria. —Allí me hicieron algo en la cabeza. Por eso nunca pude aprender a leer, creo. —Pasó los dos años siguientes huyendo de un grupo adoptivo a otro. A los siete años, un fulano lo sacó del Planeta de Juegos, donde había sobrevivido precariamente con una dieta de sobras, salchichas, souvlakia y falafel. —Gordo, fumaba cigarrillos perfumados. Se llamaba Vivian. —Resultado ser el editor. Ratlit permaneció con él tres meses. En ese tiempo le dictó una novela a Vivian. —Protegiendo mi honor —explicó Ratlit—. Tenía que hacer algo para mantenerlo ocupado.

Del libro se vendieron cien mil ejemplares, como una curiosidad precoz entre muchas. Pero Ratlit se había separado. En los años siguientes estubo involucrado como señuelo en un asunto ilegal que yo nunca entendí. El tampoco. —Pero apuesto a que gané un millón, Vyme. Por lo menos gané un millón. —Es posible. A los trece años aún no sabía leer ni escribir, pero sus viajes le habían dado fluidez en tres idiomas. Un par de semanas atrás había llegado al Foso Estelar como un vagabundo estelar, sucio y sin dinero. Y yo le había conseguido un trabajo de auxiliar en el taller de Poloscki.

Se apoyó el codo en las rodillas, la barbilla en las manos. —Vyme, es una vergüenza.

—¿Qué es una vergüenza, niño?

—Estar agotado a mi edad. Como un viejo. Tener que enfrentar el hecho de que —escupió hacia una estrella— ya se acabó todo.

De nuevo hablaba de los dorado.

—Aún tienes una oportunidad. —Me

encogi de hombros.—En la mayoría de los casos no se manifiesta hasta la pubertad.

Volvió la cabeza hacia mí.—He sido púber desde los nueve años, amigo.

—Perdón.

—Me siento encerrado, Vyme. Allí afuera está toda esa noche para crecer en ella, para explorarla.

—Hubo un tiempo—reflexioné—en que toda la especie estuvo confinada en la superficie, metros más, metros menos, de un solo planeta. Tú tienes toda la galaxia por recorrer. Has visto una buena parte de ella, sí, pero no toda.

—Pero hay miles de millones de galaxias allí. Quiero verlas. En todas las estrellas de las inmediaciones no se ha descubierto una sola forma de vida que no esté basada en otra cosa que el silicio o el carbono. Una vez oí hablar a dos dorados en un bar: en una galaxia hay una cosa que es grande como una estrella, que no está viva ni muerta, y canta. ¡Quiero oírla, Vyme!

—Ratlit, no puedes ir contra la realidad.

—¡Oh, vete a dormir, abuelo! —Cerró los ojos y estiró la cabeza hacia atrás hasta que le temblaron los tendones del cuello.—¿Cómo se hace un dorado? Una combinación fisiológica y psicológica de... ¿qué?

—Se trata primordialmente de un desequilibrio hormonal así como de una reacción talámica personal condicionada por el medio ambiente...

—Sí. Sí.—Agachó la cabeza.—Y esa cuestión hereditaria del cromosoma X que descubrieron hace unos años. Pero lo que yo sé es que ellos pueden aguantar el cambio de estasis de una galaxia a otra, mientras que tú y yo, Vyme, si va-

mos a más de veinte mil años-luz del borde, estamos liquidados.

—Locos a los veinte mil—corregí—. Muertos a los veinticinco.

—Qué más da.—Abrió los ojos. Eran grandes, verdes, pura pupila.—¿Sabías que una vez robé un cinturón de dorado? Hace una semana se le desprendió a un fulano tambaleante que salió de un bar y cayó tumbado en la esquina. Cruzé el Foso, fui hasta Calle-J, donde nadie me conoce, y lo usé unas horas, para ver si me sentía distinto.

—¿Y te sentiste distinto? —Ratlit tenía unas agallas que me asombraban al rodearlo de una vez por día.

—Yo no. Pero los demás sí. Con esa faja de metal amarillo de dos pulgadas alrededor de la cintura, nadie podía saber que no era un dorado, al verme caminar por la calle, a menos que me hablara o me tomara un test hormonal. Y al usar ese cinturón, descubrí cuánto odiaba a los dorados. Porque de pronto vi, en la mirada de todos los que se cruzaban conmigo, cuánto me odiaban mientras yo tenía puesto ese cinturón. Lo tiré por el Bordo.—De pronto sonrió.—Tal vez robe otro.

—¿De veras los odias, Ratlit?

Entornó los ojos con aire de superioridad.

—Sí, me refiero a ellos—le aclaré—. A veces cuesta trabajar para ellos. Pero no es culpa de ellos si nosotros no aguantamos el cambio de realidad.

—Soy apenas un niño—dijo con calma—, incapaz de razonamientos tan refinados. Los odio.—Miró la noche.—¿Cómo aguantas estar atrapado por algo, Vyme?

Tres recuerdos se me agolparon en la cabeza cuando él dijo esas palabras:

Primero: desde la baranda del East River (en esa Nueva York que mencioné antes) a medianoche, yo miraba el dragón iluminado del puente de Manhattan, arqueado sobre el agua, y las fogatas industriales que fluctuaban en la brillante y humosa Brooklyn, y la hilera de luces de mercurio a mis espaldas, blanqueando el parque y buena parte de la calle Houston; luego, los reflejos en el agua, aquí como papel metálico arrugado, allá como goma reluciente; por último, miré el cielo de la medianoche. No era negro sino rosa pálido, sin una estrella. Este mundo titilante transformaba el cielo en un techo que me aplastaba tanto que casi grité. La noche siguiente a esa hora estaba a veintisiete años-luz del Sol en mi primer viaje a las estrellas.

Segundo: visitaba a mi madre después de mis primeros años en el espacio. Buscaba algo en el armario cuando esa mañana de correas y hebillas de plástico me cayó en la cabeza.

“¿Qué es esto, mamá?” Ella sonrió con un aire de nostalgia boba y ronroneó: “Ése es tu arnés, Vyme. Tu primer padre y yo solíamos ponerte en eso y atarte a un árbol con unos tres metros de cordel para que no te...” No oí el resto porque el horror me inundó de pronto al imaginarme atado a esa cosa. Claro, tenía veinte años y acababa de unirme a ese hermoso grupo de procreación un año atrás en Sigma, y era el orgulloso padre de tres hijos y esperaba dos más. Éramos ciento sesenta y tres y teníamos una playa entera y quince kilómetros de jungla y media montaña para nosotros; tal vez veía a Antoni atrapado en esa cosa, tratando de manotear un pájaro o un escarabajo o una ola con sólo tres metros de cordel. Hacía un año que no

usaba ropas salvo para trabajar, y me esforcaba por alejarme de ese lugar increíble donde me había criado, llamado departamento, y por volver a las esposas, los maridos, los niños y la civilización. De cualquier modo, era bastante terrible.

¿El tercero? Cuando me alejé del grupo de procreación (huí de él, en verdad, culpable y avergonzado por algo que no podía nombrar, y una vez por mes tenía pesadillas que me despertaban gritando sobre lo que sucedería con los niños, aunque sabía que uno de los sentidos del matrimonio grupal era impedir que la pérdida de uno, dos o tres padres resultara traumática), aún preguntándome si no cometía los mismos errores que habían cometido mis padres, anhelando que mis hijos no resultaran como yo o, peor aún, como los niños que a veces aparecen en el diario (como Ratlit, aunque aún no lo conocía), con la tremenda sospecha de que por mucho que intentara ser diferente de mis padres, todo se repetía una y otra vez... Fuera como fuese, yo viajaba en la nave que me trajo por primera vez al Foso Estelar. Me había puesto a charlar con un dorado que, por ser dorado, era una muchacha bastante bonita. Habíamos hablado de propulsión intergaláctica e intragaláctica. A ella le impresionó que yo supiera tanto. A mi me impresionó que ella pudiera utilizarlas sabiendo tan poco. Ella evaluaba muy femeninamente al mecánico de un metro noventa, cien kilos y uñas sucias que era yo. Yo evaluaba muy masculinamente a la joven delgada de ojos ámbar que lo había visto todo. Desde la cubierta observábamos el inmenso disco artificial del Foso Estelar, que se acercaba. Ella

se volvió hacia mí y dijo sin crueldad: "Éste es tu límite, ¿verdad?" Y de nuevo me asusté, porque supe que ella tenía razón en nueve niveles diferentes.

—Sé lo que estás pensando—dijo Ratlit. Un par de veces, cuando él tenía ganas de callar y yo tenía ganas de hablar, quizá le había revelado más de la cuenta—. Bien, tenlo presente, papá. ¡Así me siento yo de encerrado!

Rei, y Ratlit recobró su cara de niño. —Vamos—le dije—. Demos un paseo.

—Sí.—Se puso de pie. El viento nos acarició el pelo.—Quiero ir a ver a Alegra.

—Te acompañaré hasta Calle-G—le dije—. Luego me iré a acostar.

—Quién sabe qué pensará Alegra de esta cuestión. Siempre me gusta hablar con Alegra—dijo sabiamente—. No es por despreciarte, pero sus experiencias están un poco más actualizadas que las tuyas. Tienes que admitir que ella tiene un punto de vista moderno. Y además es mayor.—Que Ratlit, al menos. Tenía quince años.

—No creo que estar "atrapada" le haya fastidiado de veras—dije—. Lo cual puede servirte de lección.

Según los valores de Ratlit, Alegra me superaba en varias cosas. En mi juventud los mocosos se dedicaban a la droga a los quince o veinte años. Alegra había nacido acostumbrada a trescientos miligramos por día de un narcótico extravagante que combinaba las cualidades psicodélicas de los alucinógenos más poderosos con el hábito de los depresivos más fuertes. Era comprensible. La madre de Alegra era adicta, y la tolerancia había pasado con el plasma sanguíneo a través de la pared de la placenta. Normalmente, un par de transfusiones

completas después del parto habrían curado a la recién nacida. Pero Alegra era también una telépata altamente proactiva. Proyectó los horrores del nacimiento, las glorias de su mundo alucinado de bebé en los confundidos médicos; le administraron la droga. Sin mayor dificultad se las ingenió para recibir la droga todos los días a partir de entonces.

Una vez le pregunté a Alegra cuándo había oído hablar por primera vez de los dorados, y ella me respondió con este cuento de horror. Muchos venían de la galaxia Tiber-44 con shock psíquico. El estado mental de los dorados es muy frágil, y a veces conflictos muy menores los descalabraban. Lo cierto es que el gobierno que patrocinaba la importación de equipo de micromicrocirugía de un pequeño planeta de esa galaxia, para proteger sus intereses, contrató a Alegra a los ocho años como psicoterapeuta. "Yo concretizaba sus fantasías y los obligaba a elaborarlas. En un par de horas volvían a ser tan malos e idiotas como antes. Algunos eran buena gente cuando acudían a mí." Pero tenía mucho trabajo; los telépatas proyectivos son raros. De modo que empezaron a racionarle la droga para obligarla a trabajar más, y luego la recompensaban con una dosis aumentada. "Hasta entonces", me contó, "yo podría haber superado la adicción. Pero terminaron por administrarme el doble de lo que ingería antes. Me llevaron más allá del límite en que la desintoxicación se vuelve fatal. Pero pude haberla superado, Yyme, hasta entonces." Así es. A los ocho años.

En efecto. La droga es importada de Cáncer-9 por los dorados, y casi toda

aquí porque los artículos importados ilegalmente son más fáciles de conseguir, y uno la consigue casi por nada... si tiene interés. Los dorados no la usan.

El viento amainaba cuando Ratlit y yo emprendimos el regreso. Ratlit se puso a silbar. En Calle-K el primer farol se había roto, de modo que la calle de ese nivel era un túnel de negrura.

—Ratlit—dije—, ¿dónde crees que estarás dentro de cinco años?

—Silencio—dijo él—. Estoy tratando de llegar al final de la calle sin chocar con las paredes, sin tropezar ni sufrir ninguna otra catástrofe. Si sobrevivimos los cinco minutos siguientes, me ocuparé por los cinco años siguientes. —Se puso a silbar otra vez.

—¿Tropezar? ¿Chocar con las paredes?

—Escucho el eco.—De nuevo silbó un par de notas.

Me puse las manos en el bolsillo del mono y seguí en silencio mientras Ratlit hacía el número del murciélago. Luego hubo una catástrofe. Aunque yo no lo advertí en el momento.

Un dorado entró en el círculo de luz de la lámpara que había quedado en el otro extremo de la calle.

Se llevó las manos a la cara, riendo. El sonido resbaló en la calle. Llevaba el cinturón caído, como los que están verdaderamente deprimidos y sin un centavo...

Acabo de pensar en un modo mejor de describirlo; la semejanza se me ocurrió de inmediato. Se parecía a Sandy, mi mecánico, que es bajo, de veinticuatro años, musculoso como un simio, y usa las raídas ropas de trabajo aun cuando está libre. ("Sólo quiero este empleo por un tiempo, jefe. No me quedaré en

el Foso Estelar. En cuanto ahorre un poco volveré al centro de la galaxia. Aquí uno se siente raro, como muerto." Mira por la abertura del techo del hangar, donde no hay nubes y tampoco estrellas. "Sí, sólo me quedaré un tiempo." "No hay problema, niño." Como decía, eso fue hace tres meses. Aun está comiéndose. Y es muy trabajador, lo cual lo pone por encima de muchos personajes de aquí. Aun así, había algo en Sandy...) Además, la cara de Sandy está manchada de acné. Siempre lleva el pelo corto sobre la cabeza ancha. Pero, pensándolo bien, en esos detalles el dorado era exactamente lo contrario de Sandy. Aun así, había algo en el dorado.

Se tambaleó, cayó de rodillas sin dejar de reírse, luego se derrumbó. Cuando llegamos a él, estaba callado. Con la punta de la bota, Ratlit le apartó la mano de la hebilla del cinturón.

La mano cayó blandamente en la aceña, la palma hacia arriba. La pequeña uña tenía tres cuartos de pulgada, tal como la usan muchos dorados. (Como la cara, las yemas de los dedos de Sandy son ruinas carcomidas. Aun así, algo...) —Qué te parece.—Ratlit meneó la cabeza.—¿Qué quieres hacer con él, Yyme?

—Nada—dije—. Déjalo dormir la mona.

—¿Dejarlo para que alguien venga a robarle el cinturón?—sonrió Ratlit—. No soy tan malvado.

—¿No me decías que odias a los dorados?

—Sería malvado con cualquiera que robara el cinturón y lo usara. Sólo un dorado merece que lo odien tanto.

—Vamos, Ratlit.

Pero él ya se había arrodillado y sa-

ducía el hombro del dorado. —Llévesmoslo a Alegra para que ella vea qué le pasa.

—Está ebrio, es todo.

—No —dijo Ratlit—. Porque no huele raro.

—Oye, vámonos. —Alcé al dorado y me lo cargué sobre el cuello, como un bombero. — Muévete —le dije a Ratlit—. Creo que estás loco.

Ratlit sonrió. —Gracias. Tal vez que de agradecido y me dé unas monedas por recogerlo de la calle.

—No conoces a los dorados —dije—. Pero si te da algo, repártelo conmigo.

—Claro.

Dos cuadras después llegamos a la casa de Alegra. (Pero, como decía, Sandy, aunque fornido, es menudo; así que no me costó mucho trabajo cargar con él.) Mientras subíamos la empinada escalera, Ratlit dijo: —Ella está de buen humor.

—Supongo que sí. —El peso sobre mis hombros se estaba volviendo agradable.

No puedo describir la casa de Alegra. Puedo describir muchos sitios similares; y puedo describir cómo era antes que se mudara ella, porque conocí a un vagabundo llamado Cucaracha Ebria que durmió en ese piso antes que ella. ¿Sabes qué aspecto tiene el plástico irrompible cuando se rompe? ¿Qué aspecto tienen los metales inoxidables cuando se oxidan? Era un cubículo de paredes rajadas con suciedad en los rincones y cicatrices en el panel de la ventana cuando Cucaracha Ebria tenía su pila de sábanas en el rincón. Pero desde que la telepata proyectiva alucinatoria se instaló allí, quién sabe cómo era ese lugar.

Ratlit abrió la puerta ante una explosión de belleza clásica. —Entren —dijo ella, acompañada por un arreglo sinfónico sobre una partitura de veinticuatro pentagramas, con coro completo—. ¿Qué traes, Yyme? ¡Oh, un dorado! —Y, delante de mí, embriagadoras oleadas amarillas.

—Déjalo, déjalo pronto y veamos qué tiene. —Cientos de ojos, candelijas, lentes titilantes; lo puse en el colchón del rincón. — Ohhh... —jadeó Alegra.

Y el dorado quedó tendido sobre almohadas de seda naranja en una barca de teca arrastrada por cisnes, escoltado por flautas y tambores.

—¿Dónde lo encontraste? —murmuró ella, volando con su escoba alrededor de la luna de marfil. Observamos la barca reluciente, cientos de metros más abajo, surcando las aguas plateadas entre los peñascos.

—Lo recogimos en la calle —dijo Ratlit—. Yyme pensó que estaba ebrio, pero no tiene olor.

—¿Se reía? —preguntó Alegra. Una risa rodó y se estrelló contra las rocas.

—Sí —dijo Ratlit—. Poco antes de derrumbarse.

—Entonces debe pertenecer a la expedición que acaba de volver de Undok. —Nos atacaron mosquitos a través del follaje húmedo. Los insectos volaban entre las hojas, agitando gotas de agua que caían como cristal mientras, apenas visible entre las palmeras, la barca bogaba en el río brillante y sofocante.

—Eso es —dije, remando frenéticamente para esquivar al hipopótamo que amenazaba con voltear mi cayac—. Olvidé que acababan de llegar.

—Bien. —El aliento de Ratlit le nubló los labios. — No sé de qué hablas. Expli-

cate. ¿De dónde llegaron? —La nieve se escaaba bajo el trineo mientras mirábamos la barcaza, casi en el horizonte blanco.

—Un-dok, desde luego —dijo Alegra. Los ladridos se apagaron—. ¿De dónde creías?

El blanco se volvió negro, y la barca era una mancha reluciente en la noche galáctica, atravesada por rápidos cometas.

—Un-dok es la galaxia más lejana a la que se ha llegado —le expliqué a Ratlit—. Ellos volvieron la semana pasada.

—Enfermos —añadió Alegra.

Me apreté los dedos contra el abdomen para calmar el dolor.

—Todos volvieron enfermos...

La fiebre me calentó burbujas de sangre en los ojos: caí al suelo, la boca abierta, la lengua como papel sobre los labios.

Ratlit tosió. —¡Bien, Alegra! ¡Basta! ¡No tienes que ser tan dramática!

—Oh, lo siento muchísimo, Ratty, Yyme. —Frescura, agua. La náusea se alejó mientras enfermeras solícitas se apresuraban a juntar los fragmentos hasta que todo pareció bello, o tan asustantemente horrible que podía apreciarse como belleza. — De cualquier modo —continuó ella—, volvieron con alguna enfermedad que contrajeron allá. Apparentemente no es contagiosa, pero la sufrirán el resto de sus vidas. Cada tantos días tienen un desmayo repentino. Es precedido por un ataque de histeria. Es una de esas cosas estúpidas que aún no tienen remedio. No afecta su condición de dorado.

Ratlit rompió a reír. De pronto preguntó: —¿Cuánto tiempo permanecen desmayados?

—Solo unas horas —dijo Alegra—. Debe ser terriblemente molesto. —Yyme,

pecé a sentir una vaga picazón en varios lugares imposibles de rascar, los omóplatos, una parte del oído, el paladar? ¿Alguna vez trataste de rascarte el paladar?

—Bien —dijo Ratlit—, sentémonos a esperar.

—Podemos hablar —dijo Alegra, oportunamente—. Así el tiempo no nos parecerá tan... —y cientos de años después terminó—: largo.

—Bien —dijo Ratlit—. Yo quería hablar contigo. Para eso venía aquí, ante todo.

—¡Espléndido! —dijo Alegra—. Me encanta hablar. Quiero hablar del amor. Amar a alguien —una añoranza increíble me retorció el estómago, me cerró la garganta—, quiero decir amar a alguien de veras —la añoranza rozó el límite de la tortura—, significa que estás dispuesto a admitir que la persona que amas no es aquello de lo cual te enamoraste en primer lugar, no es la imagen que tenías en primer lugar; y debes aprender a gustar de esa persona por su capacidad para acercarse a esa imagen, y a no rechazarla porque se aleja de ella.

Y a través de la ternura que obliteró de golpe el dolor, la voz de Ratlit surgió de los mosaicos enojados que lo protegían: —Alegra, quiero hablar de la soledad.

—Me voy a casa, chicos —dije—. Cuénteme qué ha pasado con el Principe Encantado cuando despierte. —Si-guieron hablando mientras yo superaba la dificultad de encontrar el camino sin la ayuda de Alegra. Cuando se me despejó la cabeza, en medio de la escalera, no sabía si había estado allí cinco minutos o cinco años.

Cuando llegué al hangar la mañana siguiente, Sandy estaba acomodando las

púas de dos metros y medio en la cinta transportadora. —Tendremos trabajo en unos veinte minutos —me gritó desde el andamio.

—Espero que no sea otra reconstrucción.

—Sí.

—Demonios —dije—. No quiero ver otra en seis semanas.

—Sólo quiere un afinamiento general. Unas dos horas.

—Según donde haya estado —dije—. ¿Dónde ha estado?

—Acaba de volver de...

—Olvidalo. —Eché a andar hacia la oficina. —Creo que ordenaré los libros de los últimos seis meses. No podemos dejarlos así eternamente.

—¡Jefe! —protestó Sandy—. ¡Eso llevará todo el día!

—Entonces será mejor que empiece —dije asomándome por la puerta—. No me molestes.

Claro que en cuanto la sombra del casco cayó sobre la ventana de la oficina salí en ropa de trabajo, después de dar a Sandy cinco minutos para sujetar la nave y preocuparse un poco. Llevé el ascensor hasta el nivel cincuenta y uno. Cuando salí, Sandy me arrojó una sonrisa de gratitud desde la cara afecada por las cicatrices. El dorado ya había empezado a darle instrucciones. Cuando me acerqué a ellos y tosi, el dorado se volvió a mí y siguió hablando, sin molestar, en repetir lo que había dicho antes, suponiendo que Sandy y yo resolveríamos juntos el problema. Se veía que el dorado había ganado bastante. Vestía una imaculada túnica azul, con bragueta, brazaletes y aros de bronce. Tenía el pelo del mismo color dorado, la tez tostada y rojinegra, y los ojos gris

azulado y la boca tensa y musculosa llena de orgullo, orgullo, orgullo. Mientras yo terminaba de recibir las instrucciones, Sandy se puso a derretir en silencio el sello del órgano para llegar a los circuitos de chequeo.

Por último el dorado dejó de hablar (era el único modo de saber que había terminado) y apoyó su anguloso metro noventa y cinco contra la baranda, golpeando el caño con uñas lustrosas y cuidadas. Tenía esa misma uña rosada y larga como un sable, blanca contra la piel. Trepé al andamiaje para ayudar a Sandy.

Hacia diez minutos que estábamos trabajando cuando un joven de dieciocho o diecinueve años, descalzo y pardo, el pelo negro largo hasta los hombros, un harapo demasiado grande atado bajo el cinturón, y sucio, vino caminando por el corredor. Los pulgares enganchados bajo los eslabones metálicos: dorado.

Al principio pensé que había bajado de la nave. Luego advertí que se había metido en el hangar desde afuera y subió por el ascensor.

—¡Oye, hermano! —El joven dorado se calzó los pulgares en el cinturón, mientras Sandy y yo observábamos el diálogo desde el andamiaje del flanco del casco. —Me estoy cansando de vagabundear por este Foso Estelar. Además no tengo un centavo. ¿Adónde vas?

El dorado adulto volvió a golpear con las uñas en el caño. —Lárgate, primo distante.

—Vamos, hermano, dame un sitio en tu bote salvavidas para irme de este estercolero a un lugar que valga la pena.

—Lárgate o te mataré.

—Vamos, hermano, soy apenas un jo-

ven a la deriva en este sitio olvidado en el cielo. Vamos...

De pronto el rubio se apartó de la baranda, aferró un caño de un metro que tenía al lado, y lo movió con tanta fuerza que silbó en el aire. El mocoso de pelo negro saltó hacia atrás y del harapo descendió algo negro: lo tocó con la uña larga y salió una hoja de siete pulgadas. El caño giró de nuevo, golpeó el hombro del muchacho y chocó contra el casco. El muchacho gritó y se lanzó sobre el rubio. Los dos cuerpos se trenzaron, giraron, cayeron. Un gorgoteo, y el hombre apartó las manos del cuello del joven. El joven se incorporó despacio. La sangre burbujaba en la hoja caliente.

Un espasmo final sacudió al hombre; rodó, manchando el corredor, rodó una vez más, esta vez bajo la baranda, y cayó... ochocientos metros hasta el suelo de cemento.

Un zumbido, y la electricidad de la navaja se apagó. El dorado se enjugó la sangre seca en el muslo, escupió por encima de la baranda. —Ése no era pariente mío —dijo. Otro zumbido, y la hoja desapareció. Echó a andar por el corredor.

—¡Eh! —gritó Sandy, cuando recorrió la voz—. ¿Qué harás con... tu nave? —No hay leyes de herencia familiar entre los dorados, sólo derechos de pillaje.

El dorado se volvió. —Te la regalo —dijo burlonamente. El hombre debía de estar matándolo de dolor, pero subió al ascensor como si entrara en una cabina telefónica. Así son los dorados.

Sandy estaba horrorizado y desconcertado. Detrás de su carcomida fealdad había ese infeliz asombro que sólo los muy vulnerables manifiestan cuando los lastiman.

—¿Es la primera vez que ves un incidente de ese tipo? —le pregunté. Me daba pena.

—Bien, pasé por el Bar de Gerg un par de horas después que hicieron esa carnicería. Pero los que empezaron estaban borrachos.

—Borrachos o sobrios —dije—. Créeme, eso no cambia tanto la forma de actuar de un hombre. —Sacudí la cabeza. —Siempre olvido que hace sólo tres meses que estás aquí.

Sandy, contrariado, miró el cuerpo caído. —¿Qué hacemos con él? ¿Y la nave, jefe?

—Llamaré a la ambulancia para que vengan a recogerlo. La nave es tuya.

—¿Eh?

—El te la dio. Será válido en un tribunal. Sólo se requiere un testigo. Yo.

—¿Qué haré con ella? Es decir, tendría que llevarla a una estación de chatarra para rescatar lo valioso. Mire, jefe, se la doy a usted. Véndala o haga cualquier cosa. De todos modos me sentiría raro con ella.

—No la quiero. Además, en ese caso estaría involucrado en la transacción y no podría ser testigo.

—Yo seré testigo. —Ratlit bajó del ascensor. —Oí todo cuando crucé la puerta. La acústica de este lugar es magnífica. —Dio un silbido y el eco rebotó. Ratlit cerró los ojos un instante. —El cielo raso está a... trescientos sesenta metros de altura. ¿Qué tal? ¿Acerte?

—Trescientos sesenta y tres —dije.

Ratlit se encogió de hombros. —Necesito más práctica. Vamos, Sandy, dásela a él, y yo seré testigo.

—Tú eres menor de edad —dijo Sandy. No le gustaba Ratlit. Yo pensaba que era porque Ratlit era violento y atrac-

tivo mientras que Sandy era estólido y feo. Aunque Sandy insistía en hablar de su trabajo como temporario, recuerdo que cuando llegué por primera vez al Foso Estelar me acosaba la persistente idea de marcharme. Era demasiado fácil imaginar a Sandy como mecánico treinta años más tarde. No sería el primero al que le ocurría. Ratlit había sido auxiliar durante tres semanas. Adivina dónde estaría en tres semanas más. —¿No deberías estar trabajando en el taller de Poloski? —dijo Sandy, volviéndose hacia el órgano.

—Hora del café —dijo Ratlit—. Si piensas regalarla, Sandy, ¿puedes dárme-la a mí?

—¿Para que reclames la chatarra? ¡Claro que no!

—No la quiero por la chatarra. La quiero para hacer un regalo. —Sandy lo miró de nuevo.— Si. Para dársela a alguien. Termina de afinarla y dámela, ¿sí?

—Estás chillado, niño —dijo Sandy—. Aunque te regale la nave, ¿con qué pagarás el trabajo?

—Oh, sólo te llevará un par de horas. Te falta poco para terminar. Pensé que la regalabas junto con el afinamiento. Si de veras quieres el dinero, te pagaré en cuotas. Vyme, ¿qué descuento profesional puedes conseguirme? Soy un mero auxiliar, pero aun así estoy en el negocio.

Le palmecé la cabeza roja, no tan juguetonamente ni tan violentamente. —Vamos, niño —dije—. Ayúdame a deshacerme de ese flambre. Sandy, termina el trabajo, ¿quieres?

Sandy gruñó y hundió ambas manos en el órgano.

En cuanto se cerró la puerta del ascensor, Ratlit preguntó: —¿Me la darás a mí, Vyme?

—La nave es de Sandy —dije.

—Diselo, y él me la dará.

Reí. —Tú dime cómo reaccionó tu dorado cuando volvió en sí. Supongo que quieres la nave para él. ¿Qué clase de individuo es?

Ratlit enganchó los dedos en la malla de alambre del ascensor y se reclinó. —Hay sólo dos clases de dorado. —Empezó a mecerse de un lado a otro.— Los malos y los estúpidos. —Repetía un lugar común del Foso Estelar.

—Espero que el tuyo sea estúpido —dije, pensando en los dos que acababan de arruinarle el día a Sandy y complicármelo a mí.

—¿Qué es peor? —Sandy se encogió de hombros. Ése es el resto del lugar común. Cuando un dorado no es directamente malo, demuestra esa irreflexividad que daña a los demás, como el que casi choca contra mi nave, o el que no se molestó en traer la antitoxina de Kiber.— Pero éste —Ratlit se enderezó— es increíblemente estúpido.

—Ayer los odiabas. ¿Hoy quieres darle una nave a uno?

—Él no tiene nave —explicó serenamente Ratlit, como si eso justificara el cambio de actitud—. Y como está enfermo, le costará encontrar trabajo a menos que tenga su propia nave.

—Entiendo. —Rebotamos en el amortiguador de silicio. Abrí la puerta y fui hacia la oficina.— ¿Qué ocurrió después que me marche? Debo de haberme perdido la mejor parte de la velada.

—Así es. ¿Yo necesité tanto descanso cuando pase los treinta y cinco?

—No te hagas el listo y cuéntame qué pasó.

—Bien... —Ratlit se inclinó contra la jamba de la puerta mientras yo llamaba

a la oficina de necrótica.— Alegra y yo hablamos un poco después que te fuiste, hasta que advertimos que el dorado estaba despierto y nos escuchaba. Entonces nos dijo que éramos mermos.

Enarqué una ceja. —¿Mmmm?

—Eso dijo. Y lo dijo de nuevo, que vernos hablar, pensar y construir era una de las cosas más hermosas que había visto. “¿Qué has visto?”, le preguntamos. Y se puso a contarnos. —Ratlit dejó de respirar, un poco alterado, y luego habló de golpe: —¡Oh, Vyme, los sitios que ha visitado! ¡Las cosas que ha hecho! ¡Los paisajes donde se murió de hambre, los infiernos donde tuvo que echarse a dormir, tan cansado estaba, o los paraísos que atravesó gimiendo! ¡Oh, las cosas que nos contó! ¡Y Alegra las volvía casi reales, de modo que todos podíamos estar de nuevo allí, tal como cuando ella era psiquiatra! Las historias, los lugares, las cosas...

—Parece que fue toda una experiencia.

—¡No fue nada! —replicó, despertando con vehemencia—. Estaba todo en las lágrimas de nuestros ojos, en el zumbido de nuestros oídos, en el gusto de nuestra propia saliva. ¡Era pura alucinación, Vyme! No era real. —La voz empezó a cascarsele dos octavas más arriba.— Pero esa cosa de que te hablé... enorme... viva y muerta al mismo tiempo, como una estrella... dentro de otra galaxia. Bien, él la ha visto. Y anoche, aunque no era real, por supuesto, pero... casi la oí... ¡cantando! —Se le habían agrandado los ojos, verdes y brillantes. Sentí envidia de alguien que podía provocar esa reacción en niños como Alegra y Ratlit.— Así pues, decidimos —la voz se le estabilizó en un adecuado do

intermedio—, después que él se durmió, y nosotros nos quedamos hablando un rato más, que tratáramos de ayudarlo a volver allá. ¡Porque... es maravilloso!

—Fascinante. —Cuando terminé mi llamada me levanté de la punta del escritorio donde me había sentado.— Después de trabajar te invitaré a cenar y me hablarás de todas las cosas que él te mostró.

—Aún está allí, en casa de Alegra —dijo Ratlit a su pesar, como advertí en seguida.— Iré allá después del trabajo.

—Oh —dije. Parecía que yo no estaba invitado.

—Es una lástima —dijo Ratlit cuando salimos de la oficina— que sea tan estúpido. —Miró el guinapo que manchaba el cemento y meneó la cabeza.

Yo había vuelto a mis libros cuando Sandy entró. —He terminado. ¿Qué le parece si tomamos una cerveza, jefe?

—De acuerdo —dije, sorprendido. En general, Sandy era tan sociable como bonito.— ¿Quieres hablar de algo?

—Sí —dijo con alivio.

—El episodio de esta mañana te afectó, ¿eh?

—Sí —repetió.

—Hay una razón —dije mientras me preparaba para salir—. Tiene que ver con la parte psicológica de ser dorado. Malignidad y estupidez, como dicen todos. Pero aunque aquí esa parte lo haga actuar de ese modo, los protege de la locura total en el límite de veinte mil años-luz.

—Sí. Lo sé, lo sé. —Sandy se había puesto a hamacar el cuerpo embarazosamente.— Pero yo no quería hablar de eso.

—¿No?

—No.
—¿Bien? —pregunté al cabo de un instante.

—Es ese chico al que usted le dará la nave.

—¿Ratlit?

—Sí.

—Aún no me he decidido a darle la nave —mentí—. Además, legalmente es tuya.

—Usted se la dará a él —dijo Sandy—. Y no me importa. Es decir, no me importa la nave. Pero, jefe, tengo que hablarle de ese niño.

Algo en Sandy...

Nunca había advertido que Ratlit no era para él una mera molestia. Además, parecía sinceramente preocupado por mí. Era extraño. Tardó todo el camino hasta el bar y dos cervezas —mientras yo bebía leche caliente con miel— en articular con la lengua y con los dientes lo que quería decir.

—Jefe, comprenda, yo estoy más cerca de Ratlit que usted. No sólo por la edad. Mi vida ha sido más parecida a la suya que la de usted. Usted lo trata como a un hijo. Para mí, es un hermano menor: yo le enseñé todos los trucos. No lo comprendo del todo pero lo veo con más claridad que usted. Lo ha pasado mal, pero no tan mal como usted cree. Él le quitará todo lo que pueda... y no me refiero al dinero.

No sabía a cuento de qué venía eso, y no me gustaba. —No me quitará nada que yo no quiera darle.

—Jefe —preguntó Sandy de golpe—, ¿usted tiene hijos?

—Nueve —dije—. Tenía. Ahora no veo a los que han quedado, algo que siempre ha alegrado a los otros padres y madres... excepto a una. Y ella nunca la

sensatez de seguir con el resto, mientras estuvo con vida.

—Oh. —Sandy calló de nuevo. De pronto se puso a hurgar en el bolsillo de su ropa de trabajo y extrajo un portaimágenes de tres pulgadas. Esas manazas grasientas a las que yo enseñaba a recoger una cáscara de huevo a través de gigantescos brazos mecánicos tanteaban torpemente las palancas. —Yo tengo hijos —dijo—. Vea. Siete.

Y en la pantalla del portaimágenes había un grupo risueño y movedido de pequeños simios que no podían pertenecer a nadie más. A los más pequeños sólo les faltaba el acné. Incluso hamacaban el cuerpo de un lado a otro. Empezaron a meterse, y el parlante de atrás gorgoréo: «¡Hola, papá! ¡Hola, papá! ¡Papá, mamá dice que digamos que te amamos! ¡Papá, papá, vuelve pronto!»

—No estoy con ellos ahora —dijo naturalmente—. Pero volveré en cuanto tenga dinero suficiente, para poder sacarlos de esa pocilga donde están ahora y meter a toda la familia en un grupo de procreación de tamaño decente. Ahora hay sólo veintitrés adultos allá, y las cosas empezaban a complicarse. Por eso me largué. Había tantas fricciones que nadie podía hablar con nadie. Es bastante duro para todos nuestros niños, treinta y dos cuando yo me fui. Pero pronto podré arreglar las cosas.

—¿Con el sueldo que te pago? —Era la primera vez que le oía hablar del asunto; ésa fue mi primera reacción. La segunda, que no manifesté en voz alta, fue: Entonces ¿por qué diablos no aceptas esa nave y la vendes? Con más de cuarenta años y un negocio propio, aun los más románticos se vuelven económicamente prácticos.

Sandy dio un puñetazo en la barra.

—¡Eso trato de decirle, jefe! Acerca de usted, acerca de Ratlit. ¡Todos se han metido en la cabeza que este lugar es el límite! ¡El fin! Claro que hay que aceptar limitaciones, pero las correctas. Claro que hay que admitir que no se pueden tomar ciertos rumbos. Pero una vez que uno lo admite, descubre que en otros puede ir tan lejos como quiera. Mire, no voy a quedarme en el Foso Estelar toda la vida. Y si logro volver al centro galáctico, ganar suficiente dinero como para ir a casa, mantener a mi familia como quiero, eso será ir adelante, adelante aun desde aquí. No atrás.

—De acuerdo —dije. El tranquilo Sandy me sorprendía. Aún me preguntaba por qué no se esforzaba por rescatar el material de esa nave que le había caído en las manos, si volver a casa con dinero en el bolsillo le parecía tan importante—. Me alegra que me hayas hablado de ti. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con Ratlit?

—Sí, Ratlit. —Se guardó el portaimágenes en el bolsillo—. Jefe, Ratlit es un chico como podrían ser los suyos. Usted quiere ofrecerle consejos, amistad, y un afecto que nunca ha tenido, que usted no pudo dar a los suyos. Pero Ratlit es también el chico que yo era hace diez años, que empezó en ninguna parte, sin destino, y sin valores que lo ayudaran a fijarse un rumbo, que se metió siempre donde no debía porque no sabía dónde debía meterse.

—No creo que te parezcas tanto a Ratlit —le dije—. Creo que quisieras parecerse. ¡Has hecho muchas de las cosas que hizo Ratlit! ¿Alguna vez escribiste una novela?

—Traté de escribir una trilogía —di-

jo Sandy—. Era horrible. Pero me permití descargar. Así que de algo me valió a mí, aunque a nadie más, y eso es lo que importa. Porque ahora soy mejor mecánico gracias a eso, jefe. Mientras no acepte mis limitaciones, me costará trabajar en lo que puedo. Lo mismo ocurre con Ratlit. Y con usted. Eso es crecer. Y algo que usted no puede hacer es ayudar a Ratlit dándole una nave que él no puede manejar.

La palabra *crecer* me evocó una imagen. —Sandy, ¿tuviste un ecológico cuando eras niño?

—No. —La palabra tenía la inflexión de asombro que significa *ni siquiera sé-qué-es-eso*.

—Yo tampoco —le dije. Luego sonreí y le palmé el hombro—. Tal vez te parezcas un poco a mí, también. Volvamos a trabajar.

—Otra cosa —dijo Sandy, bajando del taburete con aire compungido—. Jefe, ese niño le hará daño. No sé cómo, pero será como si él hubiera buscado el modo de hacerle doler más. Eso quería advertirle, jefe.

Estaba por insistirle para que aceptara la nave, pero él me devolvió las llaves en el hangar antes que yo pudiera decirle nada, y se alejó. Cuando la gente que debiera resolver sus propios problemas empieza a dar consejos... bien, había en Sandy algo que no me gustaba.

Si a la noche no puedo salir a caminar acompañado, salgo solo. Paseaba por el borde, el viento-mundo estaba calmo, y el Astroplex, el enorme espejo térmico que cuelga a quince mil kilómetros del Foso, había despuntado. Se parecía a la Luna vista desde la Tierra, sólo que tiene el doble de tamaño, es absolutamen-

te plateado, y durante tres días y medio la cara que vemos está siempre llena.

Entonces, allá donde el alabrado estaba roto, vi a Ratlit pateando grava por encima del borde. Estaba apoyado contra el poste de farol, y la camisa se le inflaba y desinflaba contra la espalda.

—Eh, niño! El dorado todavía está en casa de Alegra?

Ratlit me vio y se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? —le pregunté al acercarme—. ¿Aún no cenaste?

Se encogió de hombros nuevamente. Su cuerpo tenía ese metabolismo voraz que revela veinticuatro horas sin comer. —Vamos, te prometí una cena. ¿Por qué estás tan abatido?

—Prefiero algo de beber.

—Sé que tienes un documento falso —le dije—. Pero iremos a comer. Puedes beber leche, como yo.

Ninguna protesta, ninguna disertación sobre la injusticia de las reglamentaciones alcohólicas. Echó a andar junto a mí.

—Vamos, niño, habla claro. ¿Ya no quieres tu nave?

De pronto me aferré el antebrazo con dedos blancos y huesudos. Mi antebrazo es bastante grueso, y él no podía rodearlo con las manos. —Vyme, ¡dile a Sandy que me la dé enseguida! ¡Tienes que hacerlo!

—Habla, niño.

—Alegra —espetó—. Y el dorado. Odia a los dorados, Vyme. Ódialos siempre. Porque si uno empieza a gustarte y luego empiezas a odiar de nuevo es peor.

—¿Qué ocurre? ¿Qué están haciendo?

—El habla. Ella alucina. Y ninguno de los dos me presta atención.

—Entiendo.

—No entiendes. No entiendes lo que hay entre Alegra y yo.

En tal caso, yo era el único entre quienes nos conocía a ambos que no lo entendía. —Sé que hay una atracción recíproca. —Podía decirse algo más.

Ratlit dijo algo más. —Ni siquiera simpatizamos mucho, Vyme. Pero nos necesitamos. Desde que ella está aquí, le consigo su medicina. Está demasiado enferma para salir a menudo ahora. Y cuando tengo cambios malos, o a veces percepciones brillantes, no importa lo que sea, se los cuento, y ella me los presenta en imágenes, y las exploramos juntos y... aprendemos sobre las cosas. Cuando ella era psiquiatra del gobierno aprendió mucho sobre el funcionamiento de la gente. Y tiene mucho que enseñarme, cosas que tengo que saber. —¿Drogadictas quinceañeras y ex psiquiatras? La misma precocidad que produce novelistas de trece años. Acostúmbrate. — Ahora la necesito casi tanto como ella necesita... su medicina.

—¿Le has dicho al dorado que tienes una nave para él?

—No me confirmaste que era mía.

—Bien, te lo confirmo ahora. ¿Por qué no volvemos allá y le dices que puede largarse? ¿No crees que todo saldrá bien si se lo decimos con cierta cortesía?

Ratlit no dijo nada. Pero su cara recobró la vitalidad.

—Iremos después de comer. Qué diablos, te convidaré con un trago. Hasta es posible que beba contigo.

La casa de Alegra era ennegrecedora cuando llegamos. —Ratlit, oh, has vuelto. ¡Bola Vyme! ¡Me alegro tanto que

ambos estén aquí! ¡Todo es bello esta noche!

—El dorado —dijo Ratlit—. ¿Dónde está el dorado?

—No está aquí. —Un momentáneo espasmo de tristeza disipado con torruosa alegría. — ¡Pero volverá!

—Oh. —La voz de Ratlit reverberó en los largos corredores de ausencia amarilla que serpeaban por el cuarto. — Porque tengo una nave para él. Toda para él. Acaban de afinarla. Puede partir cuando quiera.

—Aquí están las llaves —dije yo, sacándolas del bolsillo para dar un toque dramático—. Casualmente las tenía aquí.

Mientras se las entregaba a Ratlit, hubo fuegos artificiales, ovaciones, una fanfarria de bronce. —Oh, maravilloso. ¡Maravilloso! ¿A que no adivinas, Ratlit? ¿A que no adivinas, Vyme?

—No —dijo Ratlit—. ¿Qué es?

—¡Yo también soy dorado! —exclamó Alegra, en hombros de la multitud eufórica que se abría paso entre millares de admiradores.

—¿Eh?

—Soy una dorado. Lo descubrí hoy.

—Es imposible —dijo Ratlit—. Tienes demasiados años para que se manifieste ahora.

—Tiene que ver con mi medicina —explicó Alegra—. Es muy complicada. —Las paredes estaban empapeladas con cartas anatómicas, la música era de Stockhausen. — Ciertos efectos de mi medicina impidieron que se manifestara hasta ahora, hasta que un dorado pudo venir a mí y lo arrancó de las hondras de mí, hasta que estalló, bello y maravilloso y... ¡dorado! Él acaba de ir a los laboratorios Carlson con una mues-

tra de orina para un chequeo hormonal definitivo. Se lo harán saber en una hora, y él me traerá mi cinturón de dorado. Pero él ya está seguro. Y cuando vuelva, iré con él a las galaxias, como aprendiz. Encontraremos una cura para su enfermedad y algo que me libere de mi necesidad de medicina. Él dice que si tienes todo el universo por delante puedes encontrar todo lo que buscas. Pero lo necesitas *todo*... no sólo un pequeño y apiñado racimo de vario: miles de millones de estrellas perdidas en un rincón aislado. Oh, estoy libre, Ratlit, como tú quisiste siempre. Mientras no estabas, él, bien, me hizo algo que fue... ¡dorado! Desencadené mi desequilibrio hormonal. —La imagen llegó a través de los cinco sentidos. El ruido de las llaves quebró el éxtasis melódico cuando Ratlit las arrojó contra la pared.

Me fui sintiéndome bastante raro. Ratlit también empezó a irse, pero Alegra lo llamó. —¡Oh, no te vayas así, Ratlit! No seas infantil. ¿Por qué no te quedas y me haces un último favor?

De modo que él se quedó. Cuando me desenredé de ese lugar y emprendí el regreso a casa, recordé lo que Alegra había dicho sobre el amor.

Al día siguiente el trabajo anduvo asombrosamente bien. Poloscki me llamó alrededor de las diez para preguntarme si sabía dónde estaba Ratlit, que no había ido a trabajar ese día. —¿Estás seguro de que no está enfermo?

Le dije que lo había visto a la noche y que probablemente estaba bien. Poloscki soltó un gruñido y colgó.

Sandy se fue unos minutos antes, como lo había hecho toda esa semana, para llegar al correo antes que cerrara.

Decía que esperaba una carta de su grupo. Yo me sentía mal por haber regalado la nave sin consultarlo. Parecía una actitud inaduada. Pero él no había dicho que la quisiera, y Ratlit aún le hacía favores a Alegra, de modo que quizá todo fuera para bien.

Pensé en visitar a Alegra esa noche. Pero aún había que terminar el papeleo de esos seis meses. Entré en la oficina, enchufé la computadora y me dispuse a trabajar hasta tarde.

Después de las once aún estaba trabajando cuando la luz de la entrada pestañeó, lo cual significaba que alguien había abierto la puerta del hangar. Yo le había echado llave. Sandy tenía las llaves para poder llegar temprano. De modo que era Sandy. No me vendría mal un descanso y una charla. Él siempre venía a terminar algún trabajo a horas extravagantes. Esperé a que entrara en la oficina. Pero no entró.

Luego la aguja del medidor, que oscilaba cerca de cero con el consumo de la pequeña computadora de la oficina, subió a siete. Acababan de encender un equipo grande.

Había que hacer un poco de limpieza, pero nada que justificara una máquina de ese tamaño. Frunciendo el ceño, apagué la computadora y salí de la oficina. La primera abertura grande del techo del hangar estaba casi bloqueada por la mole de la nave de Ratlit/de Sandy/mía. La luz del Astroplex resbalaba sobre un costado, luego se resquebrajaba en la delicada telaraña de ascensores, correedores, cables y andamiajes. Las otras dos aberturas estaban vacías, y círculos de plata de cien metros caían hasta el suelo de cemento a través de los cables de ensamblaje. Entonces vi a Sandy.

Estaba dentro de la luz de la última abertura, mirando fijamente el Astroplex, cuyo resplandor se opacaba en la cara carcomida. Cuando Sandy alzó la mano izquierda —cuando empezó a moverla me pareció demasiado grande— la luz rebotó en las articulaciones de plata del guantelete maestro que tenía puesto. Supe adónde iba la energía.

Cuando alzó la mano sobre la cabeza, lo cubrió la sombra de una enorme mano esclava cuyo movimiento parodiaba el del guante maestro. Se puso la mano frente a la cara, los dedos arqueados. Las garras metálicas bajaron sobre él, empezando a temblar. Había algo en... ¡Trataba de matarse!

Eché a correr hacia esas garras titubeantes y abiertas, di un brinco, y le pasé la mano sobre el hombro para dar un golpe al guante de control, justo cuando él apretaba. Como dije antes, mi antebrazo es grande, pero cuando esas garras se cerraron, tenían la medida justa. Sandy estaba llorando.

—Estúpido —grité—, desconsiderado, alcornoque, inaduro —al fin logré quitarle el guante—, mocosos... —Luego dije: ¿Qué demonios te ocurre?

Ahora Sandy estaba sentado en el suelo, la cabeza colgada entre los hombros. Apeataba.

—Mira —le dije, devolviendo la garra a su lugar con los controles de la muñeca del guantelete—, si quieres tirarte por el Borde, yo no me opongo. La mitad de la puerta está baja de cualquier modo. Pero no vengas aquí a arruinarme las herramientas. Puedes romperle la cabeza, pero no me destruirás el guante. Estás despedido. Ahora dime qué pasa.

—Sabía que no saldría bien. Que ni siquiera valía la pena intentarlo. Sabía

—La voz se le alteraba con los sollozos. —Pero pensé que tal vez... —Junto a la mano izquierda tenía el portaimágenes, con la pantalla rajada. Y un papel arrugado.

Apagué el guante, y las garras dejaron de zumbir seis metros más arriba. Recogí el papel y lo alisé. No me proponía leerlo todo.

Querido Sanford,

Las cosas han sido difíciles desde que te fuiste pero los problemas se superan y supongo que todos están más aliviados con tu ausencia y los niños se están acostumbrando a ella aunque Bobbi-D lloró mucho al principio. Ahora no llora más. Recibimos tu carta y nos alegró saber que tus cosas iban bien aunque Hank dijo que tenías que haber escrito antes y se puso muy furioso aunque Mary trató de calmarlo pero él dijo "Cuando se casó contigo también se casó conmigo, qué diablos, y tengo tanto derecho como tú a enojarme con él", lo cual es cierto, Sanford, pero te cuento lo que él dijo porque es literal y creo que deberías saber exactamente lo que se dijo, especialmente porque expresa algo que todos sentimos en uno u otro nivel. Dijiste que quizás pudieras enviarnos algún dinero, si te queríamos de vuelta, aunque Laura dijo que si yo ponía eso en la carta ella se divorciaría de nosotros, pero no lo hará, y como Hank yo tengo derecho a decir lo que siento: sí, creo que deberías enviarnos dinero, sobre todo después de ese desagradable episodio que hubo antes que te marcharas. Pero todos estamos de acuerdo en que no te queremos de vuelta. Y preferiríamos que no enviara dinero si ésa es tu intención.

Es duro pero es verdad. Como imaginarás tu carta nos contrarió mucho. A mí me gustaría (lo cual me diferencia de los demás, y por esa razón quisieron que yo escribiera esta carta) tener noticias tuyas y saber qué estás haciendo porque te he amado mucho y jamás podría odiarte. Pero, igual que Bobbi-D, he dejado de llorar.

Sinceramente

La carta estaba firmada "Joseph". En el rincón inferior estaban los nombres de los demás hombres y mujeres del grupo.

—Sandy.

—Sabía que no me aceptarían de vuelta. Ni siquiera lo intenté, ¿verdad? Pero...

—Sandy, levántate.

—Pero los niños —susurró—. ¿Qué pasará con los niños?

Y hubo un sonido en el otro extremo del hangar. A tres pisos de altura junto al flanco de la nave, en la escotilla abierta, plateada por la luz del Astroplex, estaba el dorado, el que Ratlit y yo habíamos encontrado en la calle. Seguramente recordarán su aspecto. Él y Alegra debían de haberse metido mientras Sandy y yo forcejeábamos con el brazo mecánico. Tal vez querían marcharse cuanto antes, para que Ratlit no los estorbara, o para que yo no cambiara de idea y les pidiera de vuelta las llaves. El sonido era el ascensor subiendo hacia la escotilla. —Los niños... —susurró de nuevo Sandy.

La puerta se abrió, y una figura salió a la luz blanca. ¡Sólo que era Ratlit! Era el pelo rojo de Ratlit, su aro de oro, su andar oscilante mientras iba hacia la escotilla. Y llevaba eslabones de metal amarillo alrededor de la cintura.

Desconcertado, oí la voz del dorado: —Todo bien adentro, hermano. Nos llevaré a cualquier parte.

Y Ratlit gritó: —He saltado todas las agarraderas, hermano, ¡Vámonos! —Sus voces resonaban en el hangar. Sandy alzó la cabeza, entornando los ojos.

Cuando Ratlit entró por la escotilla, el dorado pasó el brazo sobre el hombro del niño. Se quedaron mirándose un instante, luego Ratlit se volvió para echar un vistazo al hangar, al mundo que estaba por abandonar. No pude distinguir si él advertía nuestra presencia o no. Apenas cerró la escotilla, la nave empezó a salir.

Llevé a Sandy a la cámara anticheque. Ni siquiera había echado llave a la puerta cuando llegó el estruendo que casi me rompió los tímpanos. Creo que el ruido arrancó a Sandy de su ensimismamiento. También rompió algo en mi cabeza, pero los pedazos no encajaban.

—Sandy —dije—, ¡tenemos que irnos!

—¿Eh? —Él luchaba contra la borra- chera y quizá también contra su estó- mago.

—No quiero ir a ninguna parte.

—Vendrás de todos modos. No pien- so dejarte solo.

Cuando subíamos la escalera pensé que ella no estaba allí. También lo sentí. ¿Se había ido con ellos en la nave?

—Mi medicina. Por favor, mi medi- cina. Necesito mi medicina, por favor, por favor... por favor. —Apenas oí la voz pe- queña y aguda cuando llegué a la puer- ta. Abrí.

Alegra yacía en el colchón, los ojos rosados y abiertos, el pelo blanco enma- rañado alrededor del cráneo cada vez

más calvo. Estaba increíblemente flaca, las uñas sin cortar tan negras como las de Sandy, sin la excusa de haber pasado horas en un guantelete lubricado con grafito. La transparencia de la tez sin pigmentación bajo la suciedad de varios días me puso la carne de gallina. La cara se contraía alrededor de la boca como la carne alrededor de una cicatriz. —La medicina, Vyme. ¿Eres tú? ¿Me conse- guirás la medicina, Vyme? Consigueme la medicina. —No movía la boca, pero se le oía la voz. Estaba demasiado débil para proyectarse salvo en el nivel audi- tivo. Era la primera vez que veía a Ale- gra sin su manto alucinatorio, y me espantó.

—Alegra —dije cuando pude domi- narme—. ¡Ratlit y el dorado partieron en la nave!

—Ratlit. ¡Oh, malvado Ratty, niño perverso! No quiso traermela la medi- cina. Pero tú me la traerás, ¿verdad, Vyme? Moriré en diez minutos, Vyme. No quiero morir. No de este modo. El mundo es tan feo y doloroso ahora. No quiero morir aquí.

—No te queda nada? —Eché un vis- tazo al cuarto que no veía desde que Cucaracha Ebría vivía allí. Era mucho peor. La basura seca, antes apilada en un rincón, ahora cubría el suelo. El resto estaba lleno de papeles, vidrios rotos y una lata derramada de algo irreconoci- ble a causa del moho.

—No. Aquí no. Ratlit se la pedía a un hombre que frecuentaba el Bar de Gerg, en Calle-X. Oh, Ratlit me la traía todos los días, un niño tan bueno, todos los días me traía mi adorable medicina, y yo nunca tenía que salir de mi cuarto. ¡Vé a traerla, Vyme!

—Es medianoche. Alegra. El Bar de

Gerg está cerrado, y Calle-X cruza todo el Foso. ¡Ni siquiera podría volver aquí en diez minutos, y mucho menos en- contrar a ese personaje y volver!

—Si yo estuviera bien, Vyme, te lleva- ría volando en una nube de luz arrastra- da por pavos reales y delfines, y volve- rías entre oboes y tambores trayén- dme mi bella medicina, en un santiamén. Pero ahora estoy enferma. Y moriré.

Hubo un espasmo en el párpado ru- goso de un ojo rosado.

—Alegra, ¿qué ocurrió?

—¡Ratlit está loco! —proyectó con alarmante crueldad. Oí cómo Sandy contenía el aliento a más espaldas—. Loco a los veinte mil años-luz, muerto a los veinticinco mil.

—Pero su cinturón de dorado...

—¡Era mío! Era mi cinturón y él lo robó. Y no me trajo la medicina. Ratlit no es dorado. ¡Yo soy dorado, Vyme! ¡Puedo ir a cualquier parte, a cualquier parte! Soy dorado dorado dorado... Pero ahora estoy enferma, tan enferma.

—Pero ¿el dorado no sabía que el cin- turón era tuyo?

—¿Él? ¡Oh, es tan increíblemente es- túpido! Creería cualquier cosa. El dorado fue a terminar un trámite y a buscar provisiones y no vino en todo el día, para conseguirme el cinturón. Pero tú estabas aquí esa noche. Le pedí a Ratlit que fuera a buscarme la medicina y lle- vara otra muestra a los laboratorios Carlson. Pero ninguno de ellos volvió hasta que yo estuve muy enferma, muy débil. Ratlit encontró al dorado, ¿en- tiendes? Le dije que yo había cambiado de parecer y que él, Ratlit, era también dorado, que acababa de venir de Carlson. Así que el dorado le dio mi cin- turón y ambos se fueron.

—Pero ¿cómo diablos le creyó esa historia a un niño?

—Tú sabes cuán estúpido puede ser un dorado, Vyme. Tan estúpido como maligno. Además, a él no le importa si Ratlit muere. No le importa si Ratlit de- cía la verdad o no. El dorado vivirá. Cuando Ratlit empiece a babearse, a vo- mitar sangre, cuando primero quede sordo y después ciego y se muera, el do- rado no se pondrá triste. Es demasiado estúpido para ponerse triste. Así son los dorados. Pero yo estoy triste, Vyme, por- que nadie me traerá la medicina.

Mi frustración tenía que desquitarse con algo; ella estaba allí. —¿Quieres de- cir que no sabías lo que le hacías a Ratlit al marcharte, Alegra? ¿Que no sabías cuánto anhelaba irse, y cuánto te nece- sitaba al mismo tiempo? ¿No veías el do- lor que le causaba privarlo de lo que ne- cesitaba y al mismo tiempo frotarle en las narices la cosa que odiaba? ¿No com- prendiste que cometería alguna locura? Oh, niña, tú hablas de los dorados. ¡La es- túpida eres tú!

—Estúpida no —proyectó en silen- cio—. Mala, Vyme. Yo sabía que él in- tentaría hacer algo. Pero no pensé que tendría éxito. Ratlit es tan infantil.

La frustración, agotada, se transformó en una oleada de tristeza. —¿No pudiste haber esperado un poco más, Alegra? ¿No pudiste haberte despedido de otro modo, sin herirlo tanto?

—Yo quería largarme, Vyme, seguir mi camino sin ataduras, ser libre. Como Ratlit, como tú, como Sandy, como los dorados. Sólo que fui cruel. Tuve la opor- tunidad de serlo y la aproveché. ¿Por qué es así, Vyme? A menos, claro, que ser libre signifique eso.

Otro espasmo en el párpado. Se

cerró. El otro permaneció abierto.

—Alegra...

—Soy una dorado, Yyme. Una dorado. Y así son los dorados. Pero no te enfades conmigo, Yyme. Por favor. Ratlil también fue malo, al no traerme la medi...

El otro ojo se cerró. Yo también cerré los míos y traté de llorar, pero la lengua me apretaba el paladar con demasiada fuerza.

Al día siguiente Sandy vino a trabajar, y yo no mencioné que lo había despedido. Las telecintas difundieron la noticia, y los titulares trataron de presentar el caso con la mayor sordidez posible:

¡EX CONVICTO ADOLESCENTE
(no mencionaban su novela)
ASESINA A NOVIA DROGADICTA!
¡HORRIBLE MUERTE!

Tampoco mencionaban al dorado. Nunca lo mencionan.

Los reporteros modearon un tiempo por el hangar, tratando de sonsacarnos cuándo habían robado la nave. Sandy se las arregló bastante bien. —La nave era suya —gruñó, poniendo lubricante en los guanteletes—. Yo se la di.

—¿Para qué le iba a dar una nave a ese chico? Tal vez se la prestó. "Horrible muerte en nave prestada." Eso suena bien.

—Se la di. Pregúntele al jefe. —Se volvió hacia el andamiaje. —Él fue testigo.

—Mire, aunque usted simpatizara con el joven, él no ganará nada con su protección.

—No simpatizaba con él —dijo Sandy—, pero le di la nave.

—Gracias —le dije a Sandy cuando

los reporteros se marcharon, sin saber por qué le daba las gracias pero sintiéndome agradecido—. Te devolveré el favor.

Una semana más tarde Sandy me dijo: —Jefe, quiero ese favor.

Entorné los ojos ante su tono beligerante. —Conque te largas al fin. ¿Puedes terminar el trabajo de esta semana?

Puso cara de avergonzado, y empecé a mover las manos en el bolsillo del mono. —Bien, sí. Me voy. Pero no enseñada, jefe. Me cuesta un poco adaptarme a este lugar.

—Te acostumbrarás —dije—. Tú sabes que hay en ti algo que, en fin, se parece a mí. Yo aprendí. Tú también aprenderás.

Sandy meneó la cabeza. —No quiero aprender. —Sacó la mano del bolsillo. —Vea, tengo un pasaje. —En los dedos sucios tenía una tarjeta con una banda metálica. —En cuatro semanas me iré del Foso Estelar. Sólo que no quería decirselo ahora porque, bien, quiero ese favor, jefe.

Me dejó realmente sorprendido. —No volverás a tu grupo —dije—. ¿Qué piensas hacer?

Se encogió de hombros. —Consiguir un empleo, no sé. Hay otros grupos. Tal vez he crecido un poco. —Hundió los puños en el bolsillo, y empecé a hama-carse de un lado a otro. —En cuanto a ese favor, jefe.

—¿Qué quieres?

—Estuve conversando con un joven. Lo ha pasado muy mal, Yyme. —Fue la primera y última vez que Sandy me llamó por el nombre, aunque yo le había pedido varias veces que lo hiciera. —Y un empleo le vendría bien.

Estuve por soltar una carcajada. Pero

no lo hice, porque su cara fea, detrás de la beligerancia, lucía muy vulnerable e intensa. ¿Vulnerable? Pero Sandy tenía el pasaje; Sandy se iba.

—Envíalo al taller de Poloscki —dije—. Tal vez necesite otro auxiliar. Ahora déjame volver al trabajo, ¿eh?

—¿No podría tomarlo? —se apresuró a decir Sandy—. Ése es el favor, jefe.

—Sandy, estoy muy ocupado. —Lo miré de nuevo. —Bien, de acuerdo.

—Oiga, jefe —dijo Sandy mientras yo me levantaba de atrás del escritorio—, ¿recuerda esa cosa que usted me preguntó si había tenido cuando niño?

Tardé un instante en comprender. —¿Te refieres al ecológico?

—Sí. Ésa es la palabra. —Sonrió. —Ese muchachito tiene uno. Está afuera, esperándolo a usted.

—¿Lo trae consigo?

Sandy cabeceó.

Caminé hacia la puerta del hangar imaginándome a un niño con una gigantesca jaula de plástico.

Afuera el niño estaba sentado en un surtidor de combustible. Yo había plantado allí algunos árboles, y la luz "diurna" de los tubos de iluminación que cubrían la calle moteaba la grava a su alrededor.

Tenía unos catorce años, tez cobriza y pelo rizado y negro. Comprendí por qué Sandy quería que le diera el empleo. El joven estaba encorvado sobre el surtidor con los pies extendidos sobre la base de metal, y en la cintura llevaba un cinturón amarillo de eslabones anchos: un dorado.

Estaba mirando a través de un objeto enojado y bronceado que le colgaba de una cadena que tenía en el cuello.

—Oye,

Alzó los ojos. Tenía manchas de luz en el pelo negro azulado.

—¿Necesitas un empleo?

Pestañeó.

—Me llamo Yyme. ¿Y tú?

—Lláname An. —La voz era tersa, distante, con la inflexión de los dorados.

Frunci el ceño. —¿Un apodo?

Asintió.

—¿Y el nombre verdadero?

—Androcles.

—Oh. —Mi hijo mayor ha muerto. Lo sé porque tengo varios documentos oficiales que lo afirman. Pero a veces me cuesta recordarlo. Y no importa si el pelo es negro, blanco o rojo. —Bien, veamos si te encontramos alguna ocupación. Sígueme. —An se levantó, los ojos fijos en mí, suspiros cada vez que el fulgor intenso. —¿Qué llevas colgado del cuello?

Miró el objeto y me miró la cara. —¿Primo? —preguntó.

—¿Eh? —Luego recordé la jerga de los dorados: Oh, claro. Primos hermanos. Hermanos, si quieres.

—Hermano —dijo An. Luego una sonrisa le brotó de la cara, callada y volcánica. Echó a andar junto a mí mientras nos dirigíamos al taller de Poloscki—. Esto... —sostuvo la cosa sujeta a la cadena— es un ecológico. ¿Quieres verlo? —La dicción era tensa, precisa y distante. Pero cuando una expresión le cubría la cara, era turbadoramente intensa.

—Oh, uno pequeño. ¿Con microorganismos?

An asintió.

—Vaya. Déjame verlo.

El pelo de la nuca rozó la cadena cuando él se agachó para quitársela.

Alcé el objeto para mirarlo.

Un líquido azul, una burbuja de aire bastante grande, y una mancha de gelatina moteada de negro en una esfera transparente, del tamaño de un ojo; estaba montada sobre dos anillos, uno dentro del otro, sujetos de tal modo que la esfera giraba en todas las direcciones. Sobre el anillo exterior había una lengua de metal curva en cuya punta había un tubo pequeño con una lente del tamaño de un alfiler. El tubo estaba protegido por una funda, y supongo que se usaba para mirar lo que ocurría en la esfera.

—Hermético —explicó An—. Lo único que se necesita para que la cosa funcione es luz. Cualquier frecuencia sirve, excepto cuando está muy virada hacia el azul. Y el casquete impide que esa luz penetre.

Miré por el visor de bronce.

Juraría que había más de cien formas de vida con cinco a cincuenta etapas por cada una: esporas, cigotos, semillas, huevos, creciendo y desarrollándose a través de larvas, crisálidas, brotes, reproduciéndose a través del sexo, la sicigia, la fisión. Y todo el ciclo ecológico tardaba unos dos minutos.

Masas esponjosas como lotos rojos se adherían a la burbuja de aire. Cada varios segundos una expelía una nube de cosas negras como trozos arrugados de papel carbónico hacia el gas, donde eran atacadas por notas diminutas que yo veía apenas aun con la lente. El negro se volvía plateado. Volvía al estado líquido como glóbulos de mercurio, y se lanzaba hacia la gelatina, que soltaba un espumarajo burbujeante. Algo en el espumarajo hacía que los abalorios plateados cambiaran de rumbo. Se enrojecían, emitían filamentos y ahyéolos, has-

ta que de nuevo volvían a la burbuja principal como lotos.

Los lotos no competían por el espacio porque cada ocho o nueve segundos un enjambre de paramecios verdes devoraba a la mayoría de ellos. No pude distinguir de dónde venían; nunca vi que uno de ellos se escindiera o fuera devorado, pero debían tener alguna relación con los erizos, pues a veces había erizos y a veces paramecios flotando en el líquido, pero nunca ambos al mismo tiempo.

Una espora negra coleteó en la gelatina, luego quebró la superficie como un gusano blanco. Exhausto, puso un par de huevos, descansó hasta que le crecieron aletas y cola y nadó hacia la burbuja, donde puso más huevos entre los lotos. Las aletas se volvieron más grandes, la cola se arrugó, surgieron manchas naranjas y azules, luego echó a volar como una extraña mariposa, para recorrer el interior de la burbuja. Las motas que coloreaban de plata los vístagos negros de los lotos debían haber comido el abanico de colores porque se volvió más delgado y frágil, hasta que desapareció. De los huevos de los lotos surgieron peces manchados que emprendieron el regreso por la espuma para vomitar una gelatina en la masa del fondo, luego murieron. Los primeros huevos no hicieron mucho, excepto transformarse en esporas cuando estuvieron cubiertos con suficiente gelatina.

Todo esto sucedía en medio de un caleidoscopio de flores frágiles y moribundas y florecientes telarañas enojadas, enredaderas y gusanos, verrugas y medusas, seres simbióticos y saprofitos, mientras rebaños irisados de algas iban de aquí para allá como confeti titilante.

Un fulano de hollejo tosco, tan grande que se lo veía agazapado contra la pared sin necesidad del visor, alimentándose de gelatina, movía las manchas oculares mientras la marea atravesaba branquias trémulas como lágrimas.

Pestañeé al apartármelo del ojo.

—Parece complicado. —Se lo devolví.

—No lo es. —Se lo colgó del cuello. —Tardé dos semanas con una libreta en comprender el ciclo. ¿Viste el grande?

—¿El que pestañea?

—Sí. Su ciclo reproductivo es de dos horas, lo cual desconcierta al principio. Todo lo demás va demasiado rápidamente. Pero una vez que lo ves copular con la cosa que parece una telaraña con lentejuelas (la misma criatura, sexo diferente) y observas cómo los vístagos se multiplican como paramecios, y luego se disuelven de nuevo, el resultado es que todo es...

—¡Una criatura! —dije—. ¡Todo es una criatura!

An asintió vigorosamente. —Tiene que permanecer encerrada herméticamente. —La sonrisa desapareció como una persiana abierta de golpe. Abajo había una mirada muy seria. —Aun después que vi al grande copulando, tardé una semana en comprender que todo era uno.

—Pero si el grande y la red de pescar tienen paramecios... —empecé. Parecía lógico cuando lo había intuitido.

—Has visto uno antes.

Sacudí la cabeza. —Pero no como ése. Una vez vi algo similar. Pero era mucho más grande, de un metro y medio.

El horror reemplazó la seriedad de

An. Quiero decir que se puso literalmente a temblar. —¿Cómo pudiste... ver todo lo que hay adentro, y aun catalogarlo? ¿Dices... que esto es complicado?

—¡Eh, cálmate! ¡Cálmate! —dije. Y se calmó. Enseguida—. Era mucho más simple —expliqué, y le describí lo que recordaba del ecologiar que nuestros chicos habían fabricado tanto tiempo atrás.

—Oh —dijo An al fin, recobrando la impasibilidad original—. No eran microorganismos. Simple. Sí. —Miró la acera—. Muy simple. —Cuando alzó la cara, otra expresión le había alterado los rasgos. Tardé un instante en identificarla. —No entiendo para qué servía.

Había una asombrosa seguridad física en los movimientos del niño; su nerviosismo era felino, no humano. Pero era una de las cualidades psicológicas de los dorado.

—Bien —dije—, mostraba a los niños una imagen del transcurso de los ciclos de la vida.

An hizo tintinear la cadena. —Por eso nos dieron estas cosas. Pero todo era muy primitivo en la que tenías tú. No era una imagen muy buena.

—No la critiques —le dije—. Cuando yo era niño sólo tenía un formicario. Elaboré mi *Weltanschauung* infantil observando un puñado de bichos que corrían de aquí para allá entre dos placas de vidrio. Supongo que habría estado mejor preparado por un par de ratas hambrientas en un molinete. O quizá una pecera de forma toroide alternando tiburones con cardúmenes de pirañas. Todos se perseguirían mutuamente a gran velocidad...

—No habría equilibrio ecológico

—dijo An—. Se necesitarían babosas para eliminar los desperdicios. Y muchas plantas para oxigenar el agua, y algún herbívoro para contener las plantas porque tenderían a asfixiarlo todo, pues ni los tiburones ni las pirañas las comerían. —Los niños y su modo literal de entender las cosas.— Si los herbívoros tuvieran un modo de ahuyentar a los tiburones, todo funcionaría.

—¿Y qué tenía de malo el que te describi primero?

La explicación le tensó los músculos de la cara. —Los lagartos, los gusanos segmentados, la plantas, los aniverdes, todos sus ciclos eran totalmente circulares. Nacían, crecían, se reproducían, quizá cuidaban un tiempo de la prole, luego morían. Su única función era reproducirse. Es una imagen bastante inexacta. —Puso una cara ininteligible.

Había en este niño sabihondo y dorado, menor que Alegria, mayor que Ratlit, algo que me gustaba.

—Aquí hay etapas —dijo An, tocando la esfera con la uña rosada— que no inician sus funciones más importantes sino hasta después que se han reproducido y sufrido un par de metamorfosis más. Esos pequeños gusanos verdes son una etapa final y estéril de las cosas azules y emplumadas. Pero emiten fosfatos libres que alimentan a las algas. Casi todo lo demás se alimenta de las algas... excepto los erizos. Comen los gusanos cuando mueren. Allí hay fagocitos que ingieren esas motas de polvo cuando salen de la burbuja y empiezan a infectar el líquido. —De pronto se excitó—. ¡En la clase todos teníamos uno de éstos! ¡Nos obligaban a deducir el ciclo! Luego teníamos que preparar informes estableciendo si el proceso reproductivo

era la función primaria en la vida o era sólo suplementaria. —Algo blanco le manchó las comisuras de la boca.— ¡Creo que los adultos deberían dejar a sus hijos en paz, dedicarse a otra cosa, dejar de fastidiarnos! ¡Eso fue lo que dije! ¡Eso les dije a ellos! —Calló, se limpió con la lengua la espuma que le bordeaba los labios; parecía haberse aplacado.

—A veces —dije con calma—, si los dejas en paz y te olvidas de ellos, terminando siendo monstruos que ya no son niños. Si te hubieran dejado en paz, no habrías tenido una oportunidad de participar y no tendrías esa cosa colgada del cuello. —Se esforzaba francamente por seguir mi razonamiento. Un instante después de la furia, su cara era tan abierta y receptiva como la de un bebé de dos años. ¡Dios mío, quiero dejar de pensar en Antoni!

—No me refiero a eso. —Se envolvió el cuerpo con los brazos y se mordió el antebrazo pensativamente.

—An... tú no eres estúpido, niño. Tienes mal genio, pero no creo que seas malo. Eres dorado. —Allí surgió todo mi resentimiento, Ratlit. Allí tienes, Alegria. Yo no me crié con la palabra, así que para mí significaba algo distinto. An me miró tratando de asimilar la idea. Las marcas de los dientes eran blancas en la piel, y rojas alrededor del blanco. —¿Cuánto hace que lo eres?

El me observó, los brazos cruzados. —Lo descubrieron cuando tenía siete.

—¿Hace tanto?

—Sí. —Se volvió y echó a andar nuevamente. —Fui muy precoz.

—Oh. —Asenti.— La mitad de tu vida, entonces. ¿Y cómo te has sentido, hermanito, siendo dorado?

An bajó los brazos. —Te apartan muchas veces de tu grupo. —Se encogió de hombros.— Clases especiales. Programas de entrenamiento. Soy psíquico.

—Nunca lo habría adivinado. —¿Y cómo calificarías a Ratlit? ¿Cómo calificarías a Alegria?

—Sé que se nota. Pero nos permite superar las presiones psíquicas ante el colapso de realidad a los veinte mil años luz. De veras. Pero en los últimos años han estado plantando la psicosis artificialmente, en las honduras del preconsciente, de modo que no afecta nuestra conducta común tanto como en los más viejos. Pueden utilizar este proceso en cualquiera cuyo sistema hormonal se pareciera siquiera al de un dorado. Así pueden obtener mayor cantidad y mejor calidad de dorado que si tan sólo esperaran a que surgiéramos accidentalmente.

Mientras reía, se me ocurrió otra cosa. —Pero ¿para qué necesitas un empleo aquí? ¿Por qué no viajas con algún primo o te empleas como aprendiz en un viaje intergaláctico?

—Tengo un empleo en otra galaxia. En dos meses vendrá una nave a buscarme. Se han establecido muchos Fosos Estelares en galaxias que están a mitad de camino de Un-dok. Iré y vendré, manipulando equipo-roboi, haciendo trabajo directivo. Pensé que me convendría hacerme de cierta experiencia práctica aquí antes de partir.

—Precoz —asenti—. Mira, aun con equipo-roboi tendrás que saber mucho sobre el interior de diversos tipos de propulsores de naves de carga. No conseguirás esa experiencia trabajando un par de meses como auxiliar. ¿Y equipo-roboi? No tengo ni siquiera uno en

mi taller. Poloscki tiene algunos, pero no creo que llegues a tocarlos.

—Ya sé bastante —dijo An con fuerza modesta.

—¿Ah sí? —Le hice una pregunta no demasiado difícil y recibí una respuesta adecuada. Me alegró que la réplica no fuera brillante. Al menos yo sabía más que él. —¿Dónde aprendiste?

—Me dieron información del mismo modo en que me plantaron la psicosis.

—Eres bastante bueno para la edad que tienes. —¡Querido Vocacional de Luna! Bien, tal vez los métodos educativos hayan mejorado. —Pensándolo bien, yo tenía la misma edad cuando empecé a practicar con esos modelos de carguero. Pilas de láminas helicoides...

—¿Y esos aceitosos sensores de órgano llenos de grafito? ¡Sí, hermano! Pero nunca puse las manos en un waldo. Pero aquí el ceño. —Demonios, cuando era más pequeño que tú, podía... —Me callé la boca.— Claro, con equipo-roboi, no los necesitas. Pero no está mal saber cómo funcionan, por las dudas.

—Por eso quiero el empleo. —Se enganchó un dedo en la cadena. —El cuñado de Sandy y yo nos pusimos a charlar, así que le pregunté si podía trabajar aquí. Me dijo que podías ayudarme a conseguir algo.

—Me alegra que lo hiciera. En mi taller sólo reparo naves grandes, y es todo waldo. Yo y mi asistente nos arreglamos solos. El taller de Poloscki es más pequeño, pero acepta naves intergalácticas e intragalácticas, de modo que tienes mayor variedad y una dotación más numerosa. Busca a Poloscki, dile que yo te mandé, cuéntale qué sabes hacer y por qué estás aquí. Con cinturón o no,

es probable que consiga algo mejor que un puesto de auxiliar.

—Gracias, hermano.

Salimos de Calle-D. El hangar de Poloscki estaba adelante. Un estruendo opaco resonó en el techo cuando zarpó una nave.

—En cuanto empiezo a desesperar de las nuevas generaciones —le dije—, aparece uno como tú y recorro la esperanza. Aunque seas psicópata, eres mucho mejor que algunos de tus parientes lejanos y mayores.

An me miró con aprensión.

—Nunca has tenido un encontronazo con uno de tus primos aquí. Pero no te sorprendas si mañana estás muerto y tu puesto es heredado por un sujeto que decidió romperle la crisma para ver qué había adentro. Trato de acostumbrarme a ti, que te portas como una criatura que ni siquiera es salvaje. Pero, niño, vaya si tu especie puede alterar la imagen que cualquiera tenga del universo.

—¿Y cómo diablos esperas que actúemos? —replicó An. La saliva le brilló de nuevo en los labios—. ¿Qué harías tú si estuvieras atrapado como nosotros?

—¿Eh? —pregunté—. ¿Tú, atrapado?

—Mira. —Un espasmo le sacudió los hombros—. ¡El psicoténico que se aseguró de que yo fuera bien psicótico no era dorado, hermano! ¡Ustedes no pagan por traer las armas, papá! ¡Nosotros no libramos las malditas guerras de ustedes, abuelo! ¡Son ustedes quienes nos apartan de nuestro grupo, dicen que somos demasiado valiosos para someterlos a las leyes de ustedes, y luego niegan nuestra herencia porque nuestra prole no sirve, no-pariente-mío!

—¡Un momento!

An se quitó la cadena del cuello y la

sostuvo tensa delante de la cara. La voz se le transformó en un susurro, los ojos le brillaron. —Estrangulé a una de mis compañeras con esta cadena, la cadena que ahora tengo en mis manos. —Uno por uno, sus rasgos borraron toda expresión. —Me la quitaron una semana, como castigo por matar a esa niña.

El susurro se detuvo a unos decibeles del silencio, luego siguió, monótono. —Aquí nadie me castigará. Y mis reflejos son más rápidos que los tuyos.

El miedo se me fue cuando capté la locura que le fluctuaba en los ojos.

—¡Ten! —Movié las manos con rapidez; yo me agaché—. ¡Te la cedo! —Me arrojé la cadena. La atajé por reflejo. An dio media vuelta y entró en el taller de Poloscki.

Cuando entré por la crujiente puerta del hangar, el ascensor bajaba. Sandy gritó a través del enrejado de alambre: —¿Consiguí el trabajo?

—Tal vez —respondí, dirigiéndome a la oficina.

Oí el roce del ascensor contra el amortiguador de silicio. Sandy estuvo a mi lado un instante más tarde, sonriendo. —¿Qué piensa de mi cuñado Androcles, jefe?

—¿Cuñado? —Recordé que An había usado la expresión, pero había creído que formaba parte de la jerga dorado. Pero algo me llamó la atención en el modo en que la usaba Sandy. —¿De veras es tu cuñado?

—¿Es hermano de Joey. No quería decirle nada hasta que usted lo conociera.

—Sandy me acompañó hasta la puerta de la oficina. —Joey me escribió de nuevo para decirme que An vendría aquí. Él le había dicho que me viera para ver si podía ayudarlo.

—¿Y quién demonios es Joey? —Abrí la puerta con brusquedad. Chocó contra la pared.

—Uno de mis esposos, el que me escribió esa carta que usted me dijo que leyo.

—Ah, sí. Ése. —Me puse a apilar papeles.

—Me hizo muy bien que pese a todo le dijera a An que me buscara al llegar aquí. Significa que aún queda alguien que no me considera un inservible. ¿Qué piensa usted de Androcles?

—Es todo un personaje. —Recogí la correspondencia que había llegado después del almuerzo, quise echarle un vistazo, pero la dejé para ponerme la ropa de trabajo.

An venía a visitarnos cuando empezaron a darle un fin de semana por mes de licencia en su programa de entrenamiento como dorado —continuó Sandy—. Los padres de Joey y An vivían en los cañaverales cerca del estuario. Pero nosotros vivíamos desfiladero arriba, cerca de las cataratas de Cromá. An y Joey se llevaban muy bien, aunque Joey tiene mi edad y An sólo tenía ocho o nueve años entonces. Supongo que Joey era el único que entendía la situación de An, pues ambos eran dorado.

Sorprendido y escandalizado, me volví hacia el escritorio. —¿Estuviste casado con un dorado? —Una de las cartas de la pila estaba dirigida a Alegria por los laboratorios Carlson. Yo tenía una caja con cosas de los niños en el armario y había hecho enviar la correspondencia, que no era mucha, al hangar, como si estuviera esperando que alguien viniera a buscarla.

—Sí —dijo Sandy, sorprendido de mi sorpresa—. Joey

Para no quedarme boquiabierto, recogí la carta de Alegria.

—Como los rasgos de los dorados son policromáticos, desaparecen si sólo procrean entre sí. En el centro galáctico hay una gran campaña para alentarlos a unirse a grupos de procreación heterogéneos.

—Como los gatos siameses mancha azul, ¿eh? —Acaricié el lacre con la uña ennegrecida.

—Así es. Pero no son animales, jefe. Recuerdo las que le hicieron pasar a ese niño con el refuerzo psicótico de los factores dorado para cerciorarse de que no se le borrarían. Me hacía trizas oírle hablar del tema cuando nos venía a visitar.

Extraje un portaimágenes del sobre de Alegria. Carlson trata de personalizar sus mensajes.

—Por cierto me alegra que puedan borrar la memoria consciente de las mentes de los niños cuando tienen que hacerles ese tratamiento.

—Bendiciones y todo eso. —Encendí el portaimágenes.

Personalizado pero masivo: "...bendita adición...", repitió conmigo el pequeño parlante. Poloscki y yo habíamos recurrido a Carlson un par de veces, así que lo conozco. Supongo que todos los mecánicos del Foso lo habían hecho alguna vez. El portaimágenes había empezado en el medio. Se rebobinó con un zumbido.

—Usted sabe —continuó Sandy—, Joey era diferente, sí, un poco exagerado en ciertas cosas...

"Alegria", dijo la voz femenina y protectora que Carlson usa siempre para mensajes de este tipo, "nos alegramos tanto de recibir la muestra de orina que

nos enviaste el jueves por medio del señor Ratlit..."

—...Aun así, Joey era una de las personas más dulces que conocí. En el grupo, era el más tratable. Tal vez porque estaba mucho tiempo alejado...

—...y ahora, sólo una semana más tarde (recuerda, Carlson da los resultados inmediatamente y los confirma por portaimágenes personalizado en siete días) nos alegra decirte que habrá una bendita adición a tu grupo. Sin embargo..."

—...de acuerdo, él era diferente, tenía reacciones raras ante muchas cosas. Pero nada como esta adocenada y destructiva estupidez que se encuentra en el Foso Estelar...

—...La paternidad no es del señor Ratlit. Si tienes interés, para tu historia genética, en más información, haz el favor de enviarnos otras muestras de orina de los hombres de tu grupo, y nos alegrará confirmar la paternidad..."

—...no entiendo cómo se porta la gente aquí, jefe. Y por eso quiero irme.

—...Gracias por permitirnos darte esta maravillosa noticia. Recuerda, cuando estés en duda, llama a Carlson."

Le dije a Sandy: —¿Estuviste casado con... enamorado de un dorado?

Por su cuenta, el portaimágenes empezó de nuevo. Lo apagué sin mirar.

—Sandy —dije—, te contraté porque eras buen mecánico y me aliviarías el trabajo. Gánate el sueldo. Lárgate.

—Oh. Claro, jefe. —Se marchó inmediatamente.

Me senté.

Tal vez soy anticuado, pero cuando alguien huye abandonando así a una muchacha enferma, me repugna. Ese era el viaje a los laboratorios Carlson, el último favor del que Ratlit nunca vol-

vió. Resultados inmediatos, y confirmación formal en siete días. En su estado físico, el embarazo habría sido tan fatal como la falta de droga. Y ella estaba demasiado enferma para que cualquier método abortivo que yo conociera no la matara. Resultados inmediatos. Ratlit también debía saber todo eso cuando recibí el resultado, el resultado que Alega quizá temía, el resultado que le mandó buscar. Ratlit sabía que Alega moriría de todos modos. Y así robó un cinturón dorado. "Amar a alguien, amar a alguien de veras...", había dicho Alega. Cuando alguien huye abandonando así a una muchacha enferma, tiene que haber una razón. Las piezas se unieron ante mí como dos fisionables. La explosión cortó en mi cabeza algunas amarras que yo creía sujetas con mucha solidez.

Saqué los libros, enchufé la computadora, la desenchufé, guardé los libros, me quedé mirando el ecologario que tenía en el puño.

Entre las criaturas nadadoras, voladoras y reptantes, que se apareaban, daban a luz, crecían, cambiaban o hacían cualquier otra cosa, me concentré en esos gusanos verdes, un callejón sin salida. No había reparado antes en ellos porque estaban en el borde mismo de las cosas, saltando contra la pared. Después que soltaban sus fosfatos libres y se cansaban de golpear la cáscara, se volvían unos hacia otros y se despedazaban entre sí.

El miedo y la furia son una mala combinación en mí.

Una vez un dorado estuvo a punto de matarme, por maldad y estupidez.

La misma maldad y estupidez que mató a Alega y Ratlit.

Y ahora, cuando este maldito niño

amenaza con... Quiero decir que al principio pensaba que amenazaba con...

Llegué al Bar de Gerg pocos minutos después que apagaron las luces diurnas y cuando habían encendido los faroles de la calle. Pero había parado en varios lugares en el camino. Recuerdo que traté de dar explicaciones al tripulante de un trasbordador estelar que visitaba por primera vez el Foso Estelar y estaba contrariado porque una dorado había atacado a otra con un vidrio roto; recuerdo haberle dicho a su hombro musculoso: —...un fornicario. Sabes lo que es, dos vidrios con tierra entre ambos, y todo el tiempo ves hormiguitas haciendo túneles y empollando huevos y cosas. Cuando yo era niño, tenía un fornicario... —Empecé a sacudir la mano ante su cara. La cadena del ecologario estaba enredada entre mis dedos.

—Mira —dijo tomándome la muñeca y apoyándola contra el mostrador—, ya está bien, amigo. Cálmate.

—Mira tú —le dije cuando se apartó—, cuando yo era niño, sólo tenía un fornicario. Sólo eso. Y no me di-ver-tía.

Él se volvió y apoyó el codo sucio de óxido en la barra. —Bien —dijo afablemente. Luego cometió el error más estúpido y frustrante que pudo haber cometido en ese momento—. ¿Qué le pasaba a tu tia?

—Mi madre...

—Creí que me hablabas de tu tia.

—No —dije—. Mi tia bebía demasiado. Pero hablaba de mi madre.

—De acuerdo. Háblame de tu madre.

—Pues bien, mi madre siempre se preocupaba por mí, porque yo me enfermaba siempre. Cuando era pequeño me enfermaba mucho. ¡Ella me sacaba

de quicio! Iba a ver cómo despegaban las naves del lugar que llamaban Navy Yards en Brooklyn. Eran naves que iban a las estrellas.

El marinero contrajo la cara oriental en una sonrisa. —Sí, yo también. Iba a verlas cuando era niño.

—Pero llovía, y ella no me dejaba ir.

—Vaya, qué lástima. Un poco de lluvia nunca le hizo mal a nadie. ¿Por qué no llamó y la hizo suspender para que pudieras salir? Demasiado ocupada para prestarte atención, ¿eh? Uno de mis viejos era así.

—Los dos míos eran así —dije—. Pero no mi mamá. Ella me estaba encima todo el tiempo. ¡Pero me sacaba de quicio!

Asintió, con sincera preocupación. —¿No hacía suspender la lluvia?

—No, no podía. No te criaste donde me crié yo, un mundo de mentalidad estrecha, oscuro. Sin comodidades modernas.

—Lejos de las rutas principales, ¿eh?

—Muy lejos. Ella no me dejaba salir, y eso me sacaba de quicio.

—Él seguía cabeceando.

—¡Así que lo rompí! —Asesté un puñetazo al mostrador, y la esfera de plástico encerrada en la jaula de bronce chocó contra la madera.— ¡Lo rompí! ¡Arena, vidrio en la alfombra, en el alféizar!

—¿Qué rompiste?

—¡Lo trituré, lo pisoteé, arrojaba arena cada vez que ella intentaba detenerme!

—¿Arena? ¿Vivías en una playa? Tenemos una playa cuando yo era pequeño. Una playa es bonita para los niños. ¿Qué rompiste?

—Dejé escapar a todos los bichos. Bi-

chos por todas partes durante días. Los solté a todos.

—No teníamos bichos en nuestra playa. Pero tú dijiste que estabas lejos de las principales rutas comerciales.

—¡Los solté! —Di otro puñetazo.— ¡Los solté escapar, les gustara o no! ¡Es problema de ellos si sobreviven, no mío! No me importa, no... —Me eché a reír.

—¿Ella te dejó escapar, y no te importó?

Bajé la mano sobre la jaula de metal, con fuerza. Contuve el aliento ante el dolor. —En nuestra playa —dije, examinándome la palma, que tenía marcas rojas—. No había bichos en nuestra playa. —Luego empecé a temblar.

—Es decir que me tomabas el pelo, antes, cuando hablabas de los bichos. Oye, ¿estás bien?

—...lo rompí —susurré. Luego golpeé mi puño y la esfera y la cadena contra el costado del mostrador—. ¡Los solté! —Me aparté bruscamente, apretándome la mano magullada contra el estómago.

—¡Cuidado, niño!

—¡No soy un niño! —grité—. ¡Te crees que soy un niño estúpido y loco!

—Está bien, eres mayor que yo. ¿De acuerdo?

—¡Ya no soy un niño!

—Está bien, tienes diez años más que Sirio, ¿de acuerdo? Cálmate, o nos echarán a patadas.

Sali precipitadamente del bar. Un par de personas chocó conmigo porque yo no veía por donde iba. No sé quién ganó, pero recuerdo que alguien gritaba: "¡Fuera, fuera!" Tal vez era yo.

Recuerdo que más tarde me tambaleaba bajo la luz de mercurio de la calle. El

viento-mundo me abofeteaba la cara, las estrellas oscilaban debajo de mí, la grava se deslizaba bajo mis botas. Tenía la punta de los pies a pulgadas del Bordo. La grava resonó en el flanco de metal, un ruido terriblemente claro mientras yo me hamacaba en el ruidoso viento, agitando el brazo para no caer en la noche.

Cuando retraje la mano el viento me lanzó la cadena fría contra la mejilla y el puente de la nariz. Me eché hacia atrás, tratando de apartarla. Pero se me enredó en los dedos mientras la esfera giraba, centelleando a la luz de la calle. El viento rugía. La grava tamborileaba en el flanco.

Más tarde, recuerdo la puerta del hangar entornada, mis tambaleos en la oscuridad. En un momento mis propios pasos me salvaron de caer en la nada mientras la negrura giraba a mi alrededor. Me detuve cuando mi cadera chocó contra un banco de trabajo. Avancé a tientas a lo largo de la mesa hasta que encontré un interruptor. En la luz naranja y pálida, alineados en la parte trasera del banco en sus cajas protectoras de plástico, estaban los guanteletes maestros. Tomé uno y me lo puse.

—¿Quién anda allí?

—Vete, Sandy. —Me aparté del banco, encendi los controles de la muñeca. En alguna parte de la oscuridad de arriba, una mano-esclava de cinco metros despertó con un zumbido.

—Lo siento, amigo. No es Sandy. Deja eso y apártate de allí.

Entorné los ojos cuando la figura se acercó en la luz naranja, la mano extendida. Vi la pistola de vibraciones y no me molesté en mirarle la cara.

Entonces bajó la pistola. —Vyme,

¿eres tú? ¿Qué diablos haces aquí a esta hora de la noche?

—¿Poloski?

—¿Quién creías que era?

—¿Este es tu...? —Miré a mi alrededor, sacudí la cabeza. —Pero yo pensé que era mi... —Sacudí la cabeza de nuevo.

Poloski olfateó. —¡Vaya, esta noche has hecho una travesura!

Moví la mano, y la mano-esclava se desplazó seis metros allá arriba.

La pistola me encañonó. —Mira, si me arruinas el waldo te mataré, seas quien seas. Quitate esa cosa.

—Qué graciosa. —Bajé la garra hacia donde vi que sólo había sombras.

—Vamos, Vyme, hablo en serio. Apágallo y déjalo. No estás en tus cabales y no sabes lo que haces.

—Ese chico, el dorado. ¿Le diste un empleo?

—Claro. Dijo que lo mandabas tú. Bastante listo. Calafateó una nave pequeña con el anamecaniakatastizador-roboi. No sabe manejar un waldo, pero mientras tenga esa pequeña luz verde delante, se las arregla bien.

Bajé las garras otros tres metros, de modo que la araña colgó entre nosotros. —Bien, soy bastante hábil con un waldo, Poloski.

—Vyme, te vas a lastimarr...

—Poloski —dije—, ¿por qué no dejas de tratarme como una tía sobreprotectora? No necesito otra más.

—Estás muy ebrio, Vyme.

—Sí. Pero no soy un chico torpe que te arruinará el equipo.

—Si lo haces, ya sabes...

—Cállate y mira. —Me saqué la cadena del bolsillo y la arrojé al suelo de cemento. En la luz naranja no se distinguía

si la jaula era de bronce o de plata.

—¿Qué es eso?

Las garras bajaron, y las puntas ultrasensibles, a milímetros del suelo, se cerraron sobre el ecológico.

—¡Oye! No he visto uno de esos desde que tenía diez años. ¿Qué harás con él? Ese equipo tiene una fuerza de quinientos-a-uno, sabes. Vas a romperlo.

—Así es. También romperé éste.

—Oh, vamos. Antes déjame verlo.

Alcé la esfera. —Podría ser una cáscara de huevo —dije—. Ebrio o sobrio puedo manejar este maldito equipo, Poloski.

—Hace años que no veo uno. Antes tenía uno.

—¿Quieres decir que no fue traído de una galaxia lejana por los dorados, producto de una tecnología que trasciende de nuestro limitado saber?

—Producto de nuestra propia galaxia en espiral. Los fabrican desde los años cincuenta.

Lo alcé sobre la mano extendida de Poloski.

—Se supone que son muy didácticos. ¿Por qué quieres romperlo?

—Nunca vi uno.

—Tú viniste de un lugar apartado de las rutas, ¿verdad? No eran tan comunes. No lo rompas.

—Quiero hacerlo.

—¿Por qué, Vyme?

Algo se me atascó en la garganta.

—Porque quiero salir, y si no rompo esa esfera romperé la cabeza de alguien. —Mi mano empezó a temblar dentro del guantelete. Las garras se estremecieron. Poloski tomó la esfera y saltó hacia atrás.

—¡Vyme!

—Estoy colgado en el Bordo. —Mi

voz seguía tropezando con las cosas que había en mi garganta.— ¡Soy un inservible, con una pandilla de monstruos e imbéciles! —Las garras oscilaron, se contrajeron, chocaron.— Y cuando los niños... cuando los niños se ponen tan mal que ni siquiera puedes llegar a ellos... —La garra se abrió y buscó a Poloscki, que saltó hacia atrás en la penumbra.

—Maldito seas, Vyme...

...ni siquiera puedo llegar a los niños.— La garra dejó de temblar, regresó despacio, cerrándose.— Quiero romper algo y salir. Muy infantil, sí. Porque nadie me presta a tención a mí.— La garra saltó.— Aun cuando trato de ayudar. No quiero lastimar a nadie más. Lo juro, por Dios, lo juro...

—¡Vyme, quitate el guante y escucha!

Levanté la mano-esclava porque estaba por raspar el cemento.

—Vyme, yo quiero prestarte atención.— Poloscki se acercó despacio a la luz naranja.— Hace cinco años que me envías chicos, vienes aquí para ver cómo andan, los ayudas a salir de los estúpidos bretes en que se meten. Todos han sido Ratlits. A mí también me gustan los chicos. Por eso los tomo. Creo que lo que haces es magnífico. Una parte de mí ama a los chicos. Otra parte de mí te ama a ti.

—Oh, Poloscki...—Sacudí la cabeza. En alguna parte empecé el ascó.

—No me avergüenza. Te amo un poco y no me molestaría amarte mucho. Más de una vez he pensado en perderte que iniciáramos un grupo.

—Por favor, Poloscki. Esta semana me han pasado muchas cosas raras. Esta noche no, por favor.—Entonces apagué el guante.

—El amor no debería asustarte, no importa cuándo o cómo llegue. Vyme. No escapes de él. ¿Un matrimonio entre nosotros? Sí, sería un poco difícil para alguien como tú, al principio. Pero en poco tiempo te acostumbrarías. Y cuando llegaran los hijos, habría dos...

—Te enviaré a Sandy —dije—. Él es sentimental y casadero. Quizá quiera intentar otra vez.—Me quité el guante.

—Vyme, no te vayas así. ¡Quédate un minuto!

—Poloscki —dije—, no estoy tan borracho.—Arrojé el guante en la mesa.

—Por favor, Vyme.

—¿Usarás tu arma para detenerme aquí?

—No seas...

—Espero que los chicos que te mando te aprecien más de lo que yo te aprecio ahora. Lamento haber irrumpido aquí. ¡Buenas noches!

Giré para alejarme de la mesa.

A quince mil kilómetros de distancia el Astroplex también giró. Círculos de plata cayeron por el techo. Detrás de la jaula de metal de la mano-esclava en descanso vi los grandes y lastimados ojos de Poloscki, círculos de turquesa aplastados, relucientes.

Y a unos metros alguien dijo: —¿Señora?

Poloscki miró por encima del hombro.—Ah, ¿estás despierto?

An entró en la luz plateada, frotándose el cuello.—Esa silla de oficina es bastante dura, hermana.

—¿Él está aquí?—pregunté.

—Claro —dijo Poloscki—. No tenía ningún lugar donde quedarse, de modo que lo dejé dormir en la oficina mientras yo terminaba un trabajo en el fondo. Vyme, lo que te dije fue en serio.

Márchate si quieres, pero no así. Habla.

—Poloscki —dije—, eres muy dulce, eres magnífica en la cama, y además eres buena mecánica. Pero ya he tenido esa experiencia. Pedirme que me una a un grupo es como pedirme que haga una obscenidad. Me conozco bastante.

—También soy buena empresaria. No creas que no tuve eso en cuenta cuando pensé en casarme contigo.—An se le acercó y se paró junto a ella. Respiraba con dificultad, como un animal cuando uno lo despierta de golpe.

—Poloscki, tú lo dijiste, no yo: no estoy en mis cabales. Por eso no estoy ahora con mi propio grupo.

—No siempre eres así. Nunca antes te vi beber.

—Durante un tiempo —dije—, pasó con repulsiva frecuencia. ¿Por qué crees que mi grupo me echó?

—Habrás sido hace mucho tiempo. Hace bastante que te conozco. De modo que has crecido desde entonces. Ahora sólo ocurre cada seis años. Felicitaciones. Ven a tomar un café. An, entra en la oficina y enciende la cafetera. Ya te mostré donde estaba.—An se volvió como si lo arrastrara el viento-mundo y se perdió en las sombras.—Vamos —dijo Poloscki. Me tomó el brazo, y la seguí. Antes que saliéramos de la luz, vi mi reflejo en la pared de acero bruñido del depósito de herramientas.

—Oh no.—Me aparté de ella.—Será mejor que me vaya a casa.

—¿Por qué? An está haciendo café.

—El chico. No quiero que el chico me vea así.

—Ya te ha visto. No le hará daño. Vamos.

Cuando entré en la oficina de Poloscki, sentí que no me quedaba nada. No.

Me quedaba una cosa. Decidí perderla.

Cuando An se volvió hacia mí con la taza, le apoyé las manos en los hombros. Se sobresaltó, pero no llegó a derramar el café.—Primer y último consejo alcohólico de la noche, niño. Aunque estés loco, no andes contando a los no dorado cómo te hemos atrapado. Eso es como ir a la Tierra y felicitar a un negro porque canta y baila muy bien y tiene un gran sentido del ritmo. Quizá él sea capaz de marcar siete con una mano y trece con la otra mientras silba varias melodías. Aún así, eso demuestra un gran candor frente a la realidad.—Esa es otra de las cosas sabidas en toda la galaxia acerca del mundo de donde vine. Cuando digo primitivo, quiero decir primitivo.

An se liberó de mis manos, dejó el café en el escritorio y se volvió hacia mí.—Yo no dije que ustedes no tenían atrapados.

—Dijiste que los tratábamos mal y los explotábamos, lo cual es posible, y que estaban atrapados...

—Dije que ustedes nos explotaban, lo cual es cierto, y que estábamos atrapados. No dije por qué.

Poloscki se sentó en el escritorio, tomó mi café y se puso a beberlo.

Alcé la mano.—Bien. Dime en qué sentido estás atrapado.

—Oh, lo siento —dijo Poloscki—. Me puse a beber tu café.

—Cállate. ¿Por qué estás atrapado, An?

An movió los hombros como si tratara de reacomodarlos.—Todo empezó en Tiber-44 Los dorado volvían con un shock psíquico bastante serio.

—Sí, o hablar de eso. Fue hace unos años.

An torció la cara; los músculos que le rodeaban los ojos se contrajeron bajo la piel. —Algo que había allí...

Le puse la mano en la nuca, pasándole el pulgar por ese lugar blando detrás de la oreja, y empecé a acariciarlo como se acaricia a un gato para calmarlo. —Tranquilo. Sólo cuéntame.

—Gracias —dijo An, y agachó la cabeza—. Al principio los encontramos en Tiber-44, pero luego aparecieron en todas partes, en la mitad de los planetas de cada galaxia que podía albergar cualquier forma de vida, y en muchos que no tenían por qué albergar nada. —Empezó a respirar agitadamente. Seguí acariciándolo, y se calmó de nuevo. —Supongo que nuestra psicología es tan rara que trabajaban con ellos, estudiarlos, incluso pensar en ellos... había en ellos algo que altera nuestro sentido de la realidad. El shock era tremendo.

—Ah —dije—, para estar atrapado tiene que haber algún lugar al que no puedes ir. Para que te fastidie, tiene que haber otra cosa que si puede ir.

Asintió, se enderezó. —Estoy bien ahora, sólo cansado. ¿Quieres saber dónde y qué?

Poloscki había dejado el café y estaba mecido en la cadena. An se volvió para mirarla.

—¿Dónde? —dijo—. Otros universos.

—¿Galaxias más lejanas? —preguntó Poloscki.

—No. Matrices completamente diferentes de espacio y tiempo. —La oscilación de la esfera pareció calmarlo aún más. —No había ninguna conexión física ni temporal con este universo.

—Mundos paralelos...

—¿Paralelos? ¡Qué diablos! —rezó.

g—. No tienen nada de paralelos. Entre los millones de billones que hay, la mayoría tienen cientos de veces el tamaño del nuestro y están vacíos. Hay unos pocos, sin embargo, cuya extensión total en el espacio es aún menor que esta galaxia. Algunos son totalmente densos para nosotros, porque aunque parece haber materia en ellos, distribuida más o menos como en este universo, no hay ninguna actividad electromagnética. Ni ondas de radio, ni calor, ni luz. —La esfera oscilaba; la voz era un susurro.

Apreté el puño sobre la esfera y se la arrebaté a Poloscki. —¿Cómo sabes que existen? ¿Quién trae la información? ¿Quiénes pueden salir?

Parpadeando, An me miró.

Cuando me lo dijo, me eché a reír. Para resistir las tensiones de la alteración de realidad, la personalidad psicótica del dorado es totalmente lábil. An rió conmigo, sin saber por qué. A través de su histeria torrencial explicó que con las técnicas micromicroquirúrgicas de Tiber-44 habían leído buena parte de la información examinando directamente el sistema nervioso de las criaturas que les cubría la superficie como terciopelo. Podían resistir el frío o el calor intensos, una variedad de presiones que iban desde el vacío hasta cientos de kilogramos por milímetro cuadrado; pero una buena dosis de ultravioleta les destruía las sinapsis neurales, y morían. Eran pequeñas y engañosamente orgánicas porque en un medio ambiente orgánico parecían respirar y comer. Tenían cuatro sexos, y dos de ellos concebían la prole. Tenían racimos de órganos sensorios retráctiles que al principio parecían ojos, pero eran sensibles

a doce sentidos diferentes, y en nuestro continuo ni siquiera existía un estímulo para tres de ellos. Se desplazaban sobre cuatro ventosas cuando utilizaban el movimiento cinético para una travesía común en el espacio, eran pequeños, y velludos. El único modo de hacerles saltar en universos era darles un buen susto. En cuyo caso desaparecían.

An se frotó el estómago bajo el cinturón para aliviarse el dolor causado por la risa. —Trabajar con ellas en Tiber-44 trastornó a muchos dorados. —Se apoyó contra el escritorio, jadeando y sonriendo. —Hubo que mandarlos a casa para someterlos a una terapia. Aún no podemos pensar en ellas directamente, pero para nosotros es más fácil que para ustedes controlar lo que pensamos; es parte de ser dorados. Incluso tuve a una de ellas como mascota, hasta ayer. Las malditas criaturas son totalmente apáticas, o bien perversas. La mía era un cachorro, blanco y suave. —Extendió los brazos. —Ayer me mordió y desapareció. —En la muñeca tenía una mancha azulada rodeada por una mediana de picaduras. —Por suerte era cachorro. Las mordeduras se infectan con facilidad.

Poloscki volvió a beber de mi taza mientras An y yo nos desternillábamos de risa.

Cuando esa noche emprendí el re-

greso, el café negro me burbujecía en el vientre.

Hay ciertos rumbos que no puedes tomar. Elige uno en el que puedas llegar lo más lejos posible. ¿Sandy dijo eso? Lo dijo. Y había algo en Sandy, algo que recordaba a un dorado. No importa cómo, él sigue su camino.

Bajo un farol de la calle me detuve para observar el ecologario. La función reproductiva, ¿era primaria o suplementaria? Si consideras, pensé con esa lucidez aguardentosa tan poco confiable al alba, todo el equilibrio ecológico como un solo organismo, es suplementaria, un proceso reparativo vital junto con el dormir y el comer, ante el proceso primario que es vivir, trabajar, crecer. Me puse la cadena alrededor del cuello.

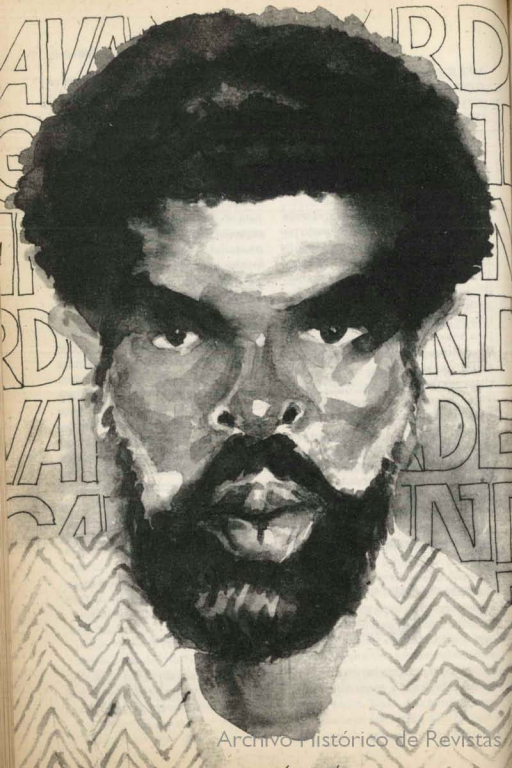
Aún estaba medio embotado, y me sentía mal. Pero aullé. Androcles, ¿una risa ebria es el modo apropiado de llorar a todos mis dorados muertos? Tal vez no. Pero dime, Ratlit, dime, Alegra, ¿qué mejor modo de lanzar a mis niños vivos que son dorados hacia la noche? No lo sé. Sé que reí. Luego metí los puños en el bolsillo y caminé hacia la casa a lo largo del Bordo mientras a mi izquierda rugía el viento-mundo.

Nueva York,
octubre de 1965.

Titulo del original en inglés: *The Star Pit*.

© 1966 by Galaxy Publishing Corp. © 1971 by Samuel R. Delany.

Traducción de Carlos Gardini.



CHARLES PLATT

SAMUEL R. DELANY

Un perfil del
"innovador más destacado
de la ciencia ficción
norteamericana".

Ilustración de Humberto Lopardo

En las novelas de misterio no se recurre al fluir de la conciencia. De la misma manera, las novelas del Lejano Oeste no suelen incluir secciones de poesía concreta, y las novelas históricas no utilizan técnicas de vanguardia.

La ciencia ficción, sin embargo, es diferente. Entre los géneros populares, es el único que se atreve a experimentar. Alfred Bester introdujo prosa y tipografía no convencionales en su obra de los años 50; desde entonces, Aldiss, Ballard, Moorcock, Ellison, Sladek, Disch, Farmer, y aun un escritor de orientación tecnológica como Joe Haldeman han escrito cuentos y novelas en modos que van más allá de la simple narración lineal.

Samuel R. Delany ha ido más lejos; su novela *Dhalgren* contiene más de 300.000 palabras de escritura difícil, esotérica y vanguardista, incluyendo algunos pasajes en doble columna (como una película en *split-screen*), párrafos de prosa surrealista e impresionista, y una extraña sintaxis. Este libro bastó para confirmar a Delany como el innovador más destacado de la ciencia ficción norteamericana, un innovador con altas aspiraciones literarias. Sus ensayos críticos, que diseccionan la obra de sus contemporáneos con implacable minuciosidad, también han demostrado cuán serio es Delany en lo que concierne al estilo, la semántica y los valores literarios.

No es una persona fácil de entrevistar. Su costumbre académica de analizar la prosa y el lenguaje inhiben su espontaneidad para comunicarse, de modo que, mientras habla, realiza comentarios sobre sí mismo, y añade disgresiones y apartes, proposiciones tentativas que a continuación son corregidas de inmediato, notas al pie y observaciones parentéticas... La madeja de palabras se alarga, y el flujo de pensamiento abstracto se vuelve difícil de seguir, y cuesta desentrañar la verdadera esencia de lo que se dice; y si uno llega a captarla, el tema mismo resulta ser, a menudo, una cuestión semántica, como si para Delany el mensaje fuera el medio.

El único modo en que puedo transmitir plenamente los problemas involucrados cuando uno escucha a Samuel R. Delany es citando una parte de la entrevista en forma tosca y poco trabajada. Aquí, él responde a una pregunta escéptica acerca de la importancia de los cursos terciarios de literatura que se especializan en ciencia ficción:

"Por ejemplo, hay muchas oraciones que pueden aparecer tanto en la ficción mundana como en la ciencia ficción, y uno usa el giro *ficción mundana* tanto en un sentido irónico (la palabra significa simplemente *mundis*: mundo, esa ficción que ocurre en el mundo) como por extensión: el aquí y ahora, o en un mundo histórico real. Y cualquier otra connotación, bien, es una mera cuestión de que cada cual tiene derecho a ver lo que quiere. Hay toda clase de oraciones donde las mismas palabras pueden aparecer en ambas clases de texto, por ejemplo, "El mundo de ella explotó"; si esta oración aparece en ficción mundana quizá sea una metáfora emo-

cional más o menos sensiblera, aludiendo a un estado interior, mientras que en un texto de ciencia ficción se reserva un margen para significar que un planeta perteneciente a una mujer estalló. O: "*He turned on his left side*", en un texto de ficción mundana se refiere tal vez a alguien que sufre insomnio ("Se volvió sobre su lado izquierdo"); en ciencia ficción podría referirse a alguien que extendió la mano para encender un interruptor ("Encendió su flanco izquierdo"). De modo que en el lenguaje de la ciencia ficción hay un margen que la ficción mundana no suele tener. Además almacenamos la información de modo diferente al leer una historia de ciencia ficción, para darle un sentido. En las primeras páginas de *Mercaderes del espacio* hay una oración: "Me froté la cara con jabón depilatorio y me la enjuagué con un hilito de agua dulce." El jabón depilatorio indica que es ciencia ficción porque nosotros no usamos jabón depilatorio —aunque existe en el mundo real— pero nos está contando algo acerca del mundo, nos cuenta algo acerca del mundo de esa historia; el agua dulce es un modo de implicar que en este mundo hay canillas de agua dulce y canillas de agua salada en todas las casas, y el hilito nos está diciendo que el agua dulce escasea. Mientras que si esta oración, o al menos la segunda parte, apareciera en una historia mundana, sería, bien, se sabe... y lo cierto es que cuando uno empieza a almacenar la información en forma diferente, uno está leyendo ciencia ficción. No importa lo que digan las palabras en sí. Creo que esto... el modo de organizar la información del texto, el modo de leer ciertas oraciones... más literalmente, y desde

luego los escritores de ciencia ficción recurren a ello, pero esto es lo que esencialmente establece el género: que es lo que ocurre con cualquier otro género.

"Una de las cosas que he notado al enseñar ciencia ficción: existen —como en cualquier situación relacionada con la ciencia ficción— dos clases de personas: están las que *se niegan* a leer ciencia ficción, y están las que *no pueden* leerla, y que deben ser distinguidas de las personas que *se niegan* a leerla. Sé que me he topado cada vez con más gente que ha intentado de veras leer ciencia ficción y no le encuentra sentido. Cuando trabajé con personas que expresaban su buena voluntad, afirmando muy seriamente que habían probado suerte con tal o cual novela de ciencia ficción, y no le encontraban sentido... cuando empezábamos a trabajar el texto oración por oración, y lo analizábamos tal como se analizaría con un niño que aprende a leer, empecé a descubrir que lo que no podían era armar ese *mundo*. No captaban las insinuaciones, las sugerencias, las claves que utiliza cualquier escritor de ciencia ficción para que el mundo sea coherente, y no podían armar un mundo. Les costaba de veras, a menos que hubiera una página expositiva. Todas esas claves y demás, que son la esencia de una historia de ciencia ficción, por las cuales el autor otorga vida a la cosa y le da brillo a la cosa, para ellos resultaba literalmente imposible entender cómo leerlas. Y también descubrí que trabajando con ellos un cuento de ciencia ficción literalmente frase por frase —es decir, qué significa para el cuento la pregunta 'qué significa esto para el mundo?'— descu-

bri que mejoraban cada vez más y con el tiempo aprendían. Pero es un lenguaje; en ese sentido la ciencia ficción es realmente un lenguaje; porque, como decíamos, la ficción mundana... se lee comparándola con un mundo dado, o con una visión del mundo que es... bien, no hay que construir el mundo en cada historia, sólo hay que... la historia indica a qué parte del mundo hay que prestar atención. Pero uno no siempre tiene elementos que indiquen que el mundo opera en un modo totalmente diferente de como opera. Y éste es uno de los problemas de enseñar ciencia ficción, a quienes no hace años y años que la leen, y no han aprendido el lenguaje simplemente por ósmosis."

De modo que escuchar a Delany puede ser tan exigente —¡y prolongado!— como leer a Delany.

Personalmente, es abierto y afable, con un estilo franco y una gentileza que le permite ser infaliblemente cortés, aun en sus réplicas a críticos hostiles o lectores beligerantes que se quejan de no haber podido entender *Dhalgren*. Como Disch, Bryant, o Spinrad, Delany es uno de los escritores de ciencia ficción que alcanzaron notoriedad en la década del 60, y aportó más intelecto, más elementos analíticos al género de los que eran habituales en el pasado. Al mismo tiempo, Delany parece enamorado de la jerga, del *hardware*, y el espíritu de la anticuada ficción de aventuras en el espacio u "ópera espacial". Sin duda (le sugiero), es una contradicción en los términos: la ficción de aventuras es más eficaz cuando se escribe con oraciones simples y tersas antes que en la prosa cargada o vanguardista que él prefiere.

"Obviamente yo no la veo como una contradicción en los términos", responde, "pues de lo contrario no podría hacerla. Me gusta la estructura básica de la 'ópera espacial', el campo básico donde se desarrolla: un campo que tiene muchos mundos y existe como conjunto de centros relativos. Hay una suerte de pensamiento lineal, influido por la gravedad, que organiza buena parte de nuestro pensamiento; simplemente pienso que esa imagen básica de varios mundos relacionados entre sí rompe con esa noción metafórica del arriba-abajo, lo superior-inferior, de manera que en cierto modo hay algo bueno en la estructura de la ópera espacial *per se*. Me gusta la libertad que otorga."

Decido insistir. ¿No es una afectación superponer pretensiones artísticas a una forma de arte popular?

"La pregunta es si se trata sólo de superponer o se cala en algo más profundo. No me parece que se trate de añadir un nivel, me parece que se trata de explorar toda la estructura de maneras en que no se la exploró antes. No lo veo como una capa agregada encima; la veo como un modo de descender en toda la cosa y abrirla."

Respondo (concentrándome en lo que me parece el meollo del asunto): ¿Es mejor que un libro esté bien escrito, o que sea un poco torpe pero esté lleno de vitalidad primitiva?

"La vitalidad primitiva suele ser una ilusión. Si uno tiene una reacción visceral ante una historia, no está reaccionando ante algo nuevo; puedes apostar tu último dólar a que en realidad reacciones ante una historia que te contaron cuando tenías seis o siete años, que ha sido tan retocada que ya no reconoces

lo que en verdad es. Pero tu subconsciente la reconoce. Si quieres trabajar con estas cosas viejas, creo que es mejor trabajarlas con cierta ironía, para saber que estás contando una vieja historia y en verdad tomas cierta distancia al contarla. También tienes que saber qué son esas viejas historias y saber qué significan para poder decir algo verdaderamente nuevo, pues de lo contrario terminas por decir las mismas cosas viejas sin saberlo. En ese sentido pienso que muchas personas que reaccionan ante el 'vigor y la vitalidad primitivos' de la escritura se engañan a sí mismas."

Las mezclas de formas de Delany —la aplicación de una suerte de sensibilidad civilizada a la escritura de historias de aventuras— tiene un paralelo en su educación, que le permitió experimentar una inusitada mezcla de culturas. Como joven negro, se crió en el Harlem; pero, "pasé mis días en una escuela céntrica, blanca y de clase alta en Park Avenue y la calle 89. Mi padre o uno de sus empleados me llevaba allí. Mis padres entendían que allí obtendría una educación mejor."

"En el Harlem teníamos una casa bastante bonita, a una cuadra del inquilinato más atestado de la ciudad de Nueva York, según el censo de 1951. El hecho de tener dos mundos donde jugar, cuando la mayoría de las personas que conocía tenían sólo uno, me dio un sentido quizá erróneo de superioridad. Tuve la oportunidad de comparar diferentes culturas de un modo que todavía influye en lo que hago y en lo que escribo. En cierto sentido siempre he escrito sobre personas que atraviesan una suerte de barrera, aunque no necesariamente te una barrera racial."

En el momento de la entrevista, Delany vive en el último piso de un inquilinato de Manhattan, en el Upper West Side. Las muchas habitaciones del departamento están exigua y ascéticamente amobladas. Hay muchos anaqueles para libros, sencillos, de madera sin pintar. Fuera de la ventana del living, el tráfico ruge en la avenida Amsterdam.

"Siempre he vivido en los lugares más pobres de la ciudad", dice. "Siempre pienso que cuando la sociedad empieza a resquebrajarse, se tiene una mejor visión de su funcionamiento cuando no todo está puntillosamente limpio, porque buena parte de esa superficie existe para enmascarar el verdadero orden de cosas."

Las escenas de decadencia son en verdad el tema recurrente más obvio en la obra de Delany. Otro tema al que él vuelve, sobre todo en los últimos años, es el feminismo. Le pregunto por qué parece estar tan comprometido con esa causa.

"Cuando yo tenía diecinueve años, Marilyn [Marilyn Hacker, la poeta con quien Delany se casó en 1961] acababa de conseguir un empleo de correctora en Ace Books, y una de las cosas de las que se quejaba constantemente al volver a casa era que los personajes femeninos eran siempre cretinas o histéricas. Yo quería escribir un libro que tuviera al menos un personaje femenino que fuera un poco diferente. Ese fue *The Jewels of Apter*, donde el único personaje femenino aparece en un capítulo al final", rió burlándose de sí mismo, "y luce diferente".

Tengo la sensación de que Delany no ha respondido al verdadero sentido de mi pregunta, de modo que insisto y

menciono la perspectiva de Norman Spinrad, que desconfía de cualquier movimiento social que tenga un "ismo".

"Creo que ésa es una especie de ingenuidad deshonestista", responde Delany. "Si Norman quiere decir que la versión reduccionista de cualquier visión del mundo no resulta tan interesante, de acuerdo; pero lo cierto es que hay personas que no ven el mundo como lo ve uno; es decir, cuando digo que el feminismo es una cosa muy seria, pienso que el cincuenta y tres por ciento de la población —sus derechos y sus luchas— es una cuestión muy seria. No entiendo cómo se puede pasar eso por alto."

Menciono que mi única objeción a las novelas que se embanderan con la causa feminista (o cualquier causa) surge cuando en vez de ficción se escribe propaganda.

"Creo que el crítico marxista Lukacs dijo, allá por 1916, que la novela es la única forma artística donde la posición ética del artista es el problema estético", responde. "Creo que uno lo advierte cuando cualquier clase de narrativa empieza a avanzar hacia una suerte de madurez o de sofisticación."

Le pido que lo exprese con mayor sencillez. Él lo hace con gusto:

"Toda ficción es propaganda, y la ficción que nos gusta es la propaganda en que creemos, y la ficción que no nos gusta es la propaganda en que no creemos."

¿Qué ficción le gusta a Delany? ¿Qué autores lo entusiasman?

"Disch. Russ." Hace una pausa. Hay un largo silencio. "Entre los autores jóvenes me gustan John Varley, M. John Harrison, mucho. Aún releo a algunos de nuestros viejos caballos de batalla,

Beste, y Sturgeon, que en sus mejores momentos dieron forma al género."

Le pregunto cuáles son sus ambiciones para el futuro.

"Seguir haciendo novelas de ciencia ficción, pero también ensanchar el campo de la ciencia ficción. Tengo muchas ambiciones grandiosas, hacer del mundo un lugar mejor, y todas esas cosas. No tanto influir en el pensamiento de la gente, sino influir en su manera de leer. Quiero escribir textos que valga la pena leer, con un sentido de la imaginación y un sentido del juego, pero un juego mucho más complejo del que a menudo

ofrecen los textos de ciencia ficción."

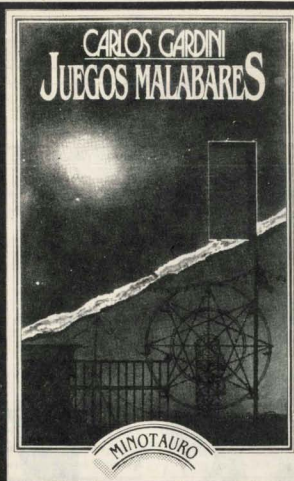
Y en cuanto a la innovación:

"La opción es entre decir lo que se quiere decir o decir lo que se ha dicho muchas, muchas veces. Lamentablemente, hay demasiados comillas escritores *experimentales* comillas que son..." Busca en vano una palabra adecuada. "Hay que desechar la ilusión de lo significativo", dice, más resueltamente. "Si uno empieza a escribir 'textos significativos', pero no sabe exactamente qué significan, es muy probable que sean pura bazofia."

(Nueva York, marzo de 1979)

Título del original en inglés: Samuel R. Delany. Del libro *Dream Makers*.

© 1980 by Charles Platt. Traducción de Carlos Gardini.



Los juegos malabares
del poder, el erotismo
y la imaginación.

Carlos Gardini
JUEGOS MALABARES

Ediciones Minotauro



ANTONIO ELIO BRAILOVSKY

EL DÍA QUE INCENDIARON EL AIRE

*Fantasia y realidad
son las caras de una misma
moneda, acuñada
por el misterio.*

Ilustración de Luis Scafati

"Había, pues, en Siracusa un hombre que, sin estar favorecido por una gran fortuna, se elevó por su genio por encima de la esfera de la humanidad y de la gloria inmortal de esa ciudad. Todos los secretos del universo le eran conocidos. Sabía cuándo los oscuros rayos del sol naciente presagiaban la tempestad, si la Tierra estaba fija o suspendida por su eje, por qué el mar extendido sobre el globo se mantenía encadenado a su superficie, cuáles eran las causas de la agitación de las olas y de las diferentes fases de la Luna, qué ley seguía el océano en el flujo y reflujo de las mareas. Fama tenía de haber contado las arenas de la tierra; él, que supo poner a flote una galera por el esfuerzo de una sola

mujer; él, que hizo subir rocas amontonadas en contra de la pendiente del terreno."

SILIO ITALICO

I

—Incendiaron el aire —dijo el soldado—. Por eso nos hundimos.

—¡Eso es imposible! —contestó Cayo Tercio— Aristóteles dice que el aire es incombustible.

—Pero eso fue lo que pasó. El aire comenzó a arder.

—¡Mientes! —gritó otro—. Eso fue un sabotaje. ¡Seis tirríremes no pueden quemarse de improviso!

Marcelo levantó la mano y los demás guardaron silencio.

—Veamos la situación con calma —dijo—. ¿Es posible que el aire se lleve a quemar? Aristóteles dice que no. Pero, ¿hay algún otro autor que no diga que sí? Porque quizás, en ciertas condiciones de vientos y de calores, esto pudiera ocurrir.

—Señor: somos soldados y no filósofos —respondió Cayo Tercio—. Sabemos de afilar espadas y levantar campamentos, de formar legiones al sonido del tambor y llevar largas líneas de aprovisionamiento a través de los Alpes o del Mar Tirreno. No nos ocupamos de leer, ni nuestra clase de vida lo permite. Pero yo he estado en África combatiendo a Cartago, he pasado las Columnas de Hércules y nunca oí ni vi que el aire se quemara.

—Tampoco se quema el aire en las pirámides del Egipto, ni en Macedonia, ni en todo el Oriente hasta que el mundo se termina —dijo Tulio.

—Sin embargo —agregó Apolodoro—, yo he oído decir que en las tierras oscuras del norte, más allá del último Thule, hay lugares en los que el aire arde. Dicen que algunos amanecer, en días tan fríos que los rayos del sol no se atreven a acercarse a la tierra, esa penumbra basta, sin embargo, para encender el aire. Y así se ve en el cielo una gran cortina de fuego brillante que se agita con el viento, hasta que las partes combustibles del aire se consumen y el día vuelve a ser gris.

—¿Es posible que algo así esté ocurriendo en Sicilia? —preguntó Marcelo—. Quizás al ser ésta una isla volcánica, ¿no habrá efluvios que nos quemen las naves? Si los volcanes incendian las

piedras, ¿por qué no pueden incendiar el aire? Soldado: cuéntanos cómo ocurrió.

—Fue en el momento más caluroso del mediodía. Íbamos acercándonos a las murallas de la ciudad, y cuando estuvimos a unos quinientos pasos, nuestro capitán ordenó los pertrechos para el asalto: reforzó el turno de remeros, mandó montar la catapulta con grandes piedras a proa y la ballesta a popa, hizo que empuñáramos las escalas de asedio y embrazáramos los escudos. Tiramos un par de piedras y algunas flechas contra esas torres que parecían vacías, hasta que de una de ellas vimos resplandores semejantes al fuego...

—¿Al mediodía? ¿Bajo el sol de Sicilia? —dijo Cayo Tercio—. ¿Cómo puede alguien ver una llama bajo ese sol?

—No —dijo el soldado—. No era una llama, era un resplandor, como de otro sol posado sobre la torre. En ese momento, comenzó a hacer calor y calor y más calor, hasta que sentimos que el aire no se podía respirar, que el aire quemaba en la nariz y la garganta, y de repente yo veo que la vela que está encima de mi cabeza comienza a ennegrecerse y aviso a los demás y entre varios tratamos de desprenderla y echarla al agua, pero cuando la tocamos ya estaba en llamas y el mástil también y no fue posible detener el incendio del barco.

—¿Qué pasó con los otros trirremes?

—preguntó Marcelo.

Un poco más tarde supieron que la historia era similar. En los seis barcos el aire se había vuelto irrespirable y, un instante después, se le había pegado fuego a la vela, al puente de abordaje, a la torre de madera o a cualquier objeto combustible. Y es sabido que no hay nin-

guna forma de apagar un incendio a bordo.

—Las historias son absolutamente coincidentes —dijo Marcelo.

—Eso revela que se trata de un sabotaje —dijo Cayo Tercio—. Ellos son los complotados. Incendiarían los barcos y ahora nos cuentan una fábula preparada de antemano.

—¿Y si fuera cierto? —preguntó Apolodoro—. ¿No es una temeridad seguir atacando esta ciudad, si la protege el rayo de Júpiter?

—Eso no es el rayo de Júpiter —dijo Tulio—. Júpiter siempre lo lanza acompañado del trueno. Nunca se ha visto que arrojará un rayo sin producir también el trueno.

—Quizás quiera confundirnos —dijo Apolodoro—. Porque siendo un dios, es evidente que si quiere lanzar rayos silenciosos, rayos sin truenos, no hay quien se lo impida.

—Todas las historias coinciden en un punto —insistió Marcelo—. Los barcos comenzaron a incendiarse en distintas partes, pero todos se quemaron a la hora del mediodía y a la misma distancia de las torres de Siracusa: entre cuatrocientos y quinientos pasos. Al comenzar el calor, todos vieron un resplandor sobre las torres de la ciudad. La conclusión es clara: no son los dioses ni los volcanes: en Siracusa tienen un arma desconocida.

—Quizás hayan cargado sus catapultas con breña ardiendo —dijo Cayo Tercio.

—No —contestó Marcelo—. Había cientos de hombres mirando esas torres y nadie vio las bolas de fuego surcar el aire. No nos tiraron con breña.

—¿Con qué, entonces? —preguntó Apolodoro.

—Se me ocurren sólo dos explicaciones: o ellos encontraron la forma de incendiar el aire y de lanzarlo contra nuestros barcos, o lo que hicieron fue espesar los rayos del sol y tirarlos sobre nosotros.

II

Marcelo caminaba a pasos nerviosos por el campamento. En el resplandor de las fogatas veía visiones de torres inexpugnables; en los gritos y cantos de los soldados imaginaba las burlas de aquel enemigo encerrado en su coraza. Hacía varias semanas que iniciaron el sitio de Siracusa, ciudad aliada de Cartago en esta guerra interminable por el dominio del Mare Nostrum.

—Siracusa no puede ser tomada por tierra —habían dicho los principales estrategas del ejército. Y en efecto, no había torre de asalto que pudiera llevarse por ese terreno escarpado hasta apoyarla en sus murallas; ni había un enemigo capaz de salir al campo abierto y enfrentarse al invencible ajedrez de las legiones romanas.

Si ellos salieran a buscar la pelea, frente a frente, Marcelo sabía de su triunfo, aunque lo superarían en número. Ni siquiera Aníbal había sido capaz de mantenerse ante la exacta disciplina de sus legiones, capaces de pasar por encima de monstruos inimaginables, como lo eran aquellos famosos elefantes. Pero así, peleando contra una coraza de piedra y lanzando flechas contra el sol, ¿qué ejército podía servir para algo?

Para conocer el secreto de esa ciudad, Marcelo había dispuesto guardias en los caminos y sendas, había saquea-

do los pueblos vecinos y sometido a tormento a sus habitantes. Finalmente, un mercader de vinos, con los brazos quebrados y la ropa sangrante, le dijo un nombre: Arquímedes, y que éste había sido el hombre que domesticara el sol para quemar las naves romanas.

—Atacaremos con nubes, atacaremos en el crepúsculo —dijo Marcelo.

El mercader lo miró con los ojos de odio de los torturados, y no dijo nada.

III

Los soldados se habían cubierto con sus escudos, hasta semejar una enorme caparazón de tortuga. Arrastraron escalas de asedio y arietes hasta el borde mismo de esos riscos cortados a pico, en cuya cima crecían las murallas. Pasaron, envueltos en niebla, la franja en la cual eran vulnerables al ataque de las catapultas de la ciudad y se quedaron en la zona inmediata a los riscos y la muralla, sabiendo que en ese ángulo estaban seguros, mientras esperaban el ataque por mar.

Marcelo miraba todo el tiempo el cielo, vigilando que se mantuviera siempre en el color justo: un gris, ni demasiado oscuro como para desencadenar una tormenta, ni tan claro que saliera el sol y los dejara inermes bajo sus rayos. En cubierta se oía sólo el golpe regular del temblor y el ritmo de los remos entrando en el agua, primero la fila inferior, cuyo envión daba fuerza al barco; después la central, que le daba estabilidad, y cuando esta hilera de remos salía del agua, entraba, sí, la fila superior, la que daba velocidad al trirreme.

Marcelo miró la exacta sincronía de

los remos y pensó en esa máquina hecha de decenas de hombres reunidos por la sola voz del tambor, y en una historia que contaban los campesinos, sobre otras máquinas construidas por ese tal Arquímedes. El rey había mandado construir una galera tan pesada que todo su ejército fue incapaz de moverla para echarla al agua. Así estaba el barco, resecándose al ardiente sol de Sicilia, cuando Arquímedes anunció que él lo botaría. Se pasó varios meses construyendo andamios y torres de piedra y de madera, aparejos de palanca, de cuerda y de polea, que cubrieron el barco en seco como una inmensa tela de araña.

Una multitud se agolpó para ver el prodigio, y cuando todos esperaban encontrar un escuadrón de forzudos marinos que moviera el aparejo, se abrió una de las puertas de la ciudad y apareció una muchacha morena, desnuda como una diosa, ante cuyo paso se cortó en dos esa marea humana. La muchacha llegó hasta la telaraña, movió una palanca con una sola mano y toda la estructura comenzó a crujir y tensarse, cayeron contrapesos, se doblaron tirantes, el barco se levantó en el aire y después, muy lentamente, llevado por esa sola mano, fue a posarse en el agua.

Un grito hizo que Marcelo volviera al presente. Allí estaban las torres de la ciudad, grises bajo el cielo gris. Los remos sudaron bajo el esfuerzo de llevar estos barcos que iban unidos de a dos por una planchada en la que transportaban altísimas torres y máquinas de asedio. Llegados a la zona de alcance de catapultas y ballestas, Marcelo les hizo empuñar sus grandes escudos de bronce y esperar. La primeras piedras rebotaron sobre los escudos y los hombres

sonrieron. Ya no eran cosas de magia sino un enemigo como cualquier otro.

—¡No nos harán nada —gritó Cayo Tercio— ni aunque tiren piedras del tamaño de un caballo!

En ese momento, un caballo muerto salió despedido por encima de la muralla y pegó con violencia sobre una fila de escudos, deshaciéndola. En toda la flota se elevó un murmullo de horror, ahogado al instante cuando vieron caer sobre ellos piedras del tamaño de un caballo, y después peñascos aún mayores que los elefantes de Anibal.

Una de las piedras volteó la torre que sostenían dos trirremes, otra hundió el puente de un barco, y una tercera deshielo, como si fueran pajitas, todos los remos de estribor del barco de Marcelo. Él mandó retroceder, y por el aire llegaron lanzas de diez y aún de veinte pasos de largo, que traspasaban barcos de lado a lado, hundían cubiertas o ensartaban manojos de hombres.

—¿De dónde salen esas malditas máquinas? —gritó Apolodoro.

—¡No es posible que todas las construya ese Arquímedes! —dijo Cayo Tercio—. ¡Esas máquinas salieron de la forja de Vulcano!

—Dicen que hay un dios que le va dictando cómo construirlas —agregó Tulio.

Entre tanto, a las puertas de la muralla caían rocas y líquidos ardientes, y miles de legionarios huían por el campo, mientras los arqueros de Siracusa, a través de las troneras, buscaban las espaldas romanas.

—Atacaremos de noche —dijo Marcelo.

IV

Era una noche sin luna y los trirremes avanzaban en silencio, con los fuegos apagados, hasta que llegaron al borde mismo de las murallas oscuras.

—Ahora sí —susurró Marcelo—. Prepáren las escalas de asedio.

En el momento que comenzaban a desembarcar entre las rocas oyeron un crujido por encima de sus cabezas, y a la luz de las estrellas vieron caer sobre ellos una enorme mano de metal. Después dijeron que no, que no había sido una mano sino un garfio, o una palanca, o quizás una cuña. Pero lo cierto es que en ese momento vieron bajar de la muralla la mano de un gigante, llevada por cuerdas y cadenas, y esa mano cerrarse sobre el barco y levantarlo por los aires, para después dejarlo caer sobre las rocas.

Así cayeron sobre ellos multitud de máquinas que desgarraron los barcos y los desfondaron, que los partieron en dos, los hundieron a la fuerza o los levantaron por el aire para estrellarlos o dejarlos colgando sobre las murallas. Al día siguiente, en las torres y muros de Siracusa se veían innumerables barcos suspendidos en el aire, como los trofeos de una batalla increíble.

Desde lejos, sobre el puente de un trirreme, envuelto en mantas para compensar el frío del chapuzón, Marcelo miraba los despojos de las naves romanas.

—Dicen que todas las máquinas las manejaba un solo hombre, y que ese hombre era el propio Arquímedes —dijo Tulio.

—Con ese hombre a mi lado, podría ganar cualquier batalla, derrotar a Ani-

bal, conquistar Cartago —dijo Marcelo—. Se hizo un silencio grande y después, casi con un susurro, agregó—: Hasta podría hacerme dueño de Roma.

V

—¡Roma! —dijo Marcelo—. ¡Qué me importa Siracusa, si puedo llegar a tomar Roma!

Desde el establecimiento de la República, cada militar afortunado soñaba con derribarla y sentarse en el trono. Pero Roma sabía defenderse bien de los enemigos y de sus propios generales. Años atrás, después de una victoria sobre Aníbal, Marcelo había logrado que el Senado y el pueblo de Roma lo eligieran como uno de sus cónsules. Y cuando estaban a punto de entregarle las insignias del cargo, se oyeron truenos.

—Es una mala señal —dijo el jefe de los augures.

—Los dioses no quieren que te nombremos —agregó un senador.

—¡Pero allí está el pueblo ovacionándome! —protestó Marcelo.

—Renuncia tú mismo —dijo el augur.

—¡Renuncia! ¡Renuncia! ¡Los dioses no quieren que seas cónsul! —gritaron varios senadores.

Así el Senado y los sacerdotes se habían librado de él con el pretexto de los augurios. Pero esta vez sería distinto: con las máquinas de Arquímedes en la mano, ya nadie se atrevería a ponerle los dioses por delante.

Finalmente, Marcelo había conseguido el cargo de cónsul y el mismo día lo habían enviado a la guerra para que no se quedara cerca de Roma. Pidió más

soldados y no se los dieron. Reunió los restos deshechos de las legiones romanas derrotadas por Aníbal y los incorporó a su ejército. El Senado se negó de plano: "Roma no necesita cobardes", le dijeron, y lo mandaron a pelear sin hombres ni pertrechos, porque Roma temía a los generales victoriosos, especialmente si eran romanos.

—Esta vez será distinto —dijo Marcelo—. Con ese hombre de mi parte, no hay ejército que pueda enfrentarme. Voy a disolver el Senado y a coronarme rey.

Esa noche, un enviado de Marcelo cruzó en silencio las líneas romanas, atravesó la tierra de nadie que rodeaba la ciudad sitiada y, sin que nadie supiera cómo, logró penetrar en ella, llevando un mensaje para Arquímedes.

—Lo vi —dijo el mensajero a su regreso—. Le dije que tú me mandabas para ofrecerte honores y riquezas si accedías a marchar contigo contra Roma.

—¿Qué dijo? —preguntó Marcelo.

—Me miró como si no me viera y murmuró que el cono era la tercera parte del cilindro que tuviera la misma base e igual altura.

—¿No es suficiente lo que le ofrezco? ¡Vuelve y dile que le daré el doble de la cantidad de oro que quiera pedirme! ¡Será mi consejero y ministro! ¡Tendrá palacios y tierras en Roma!

Al día siguiente, el mensajero volvió diciendo que Arquímedes ni siquiera se había dado por enterado de su presencia en su propia casa y que había dicho una frase incomprensible, de la cual sólo recordaba que la trayectoria de una piedra lanzada al aire era siempre una parábola.

—Es un mensaje cifrado —dijo Tu-

lio—. Teme que lo espíen y por eso nos habla en clave.

—Pero, ¿qué es esto de la parábola? —dijo Marcelo—. Vuelve y dile que venga a mi campamento, que su destino está junto al futuro rey de Roma.

—Arquímedes me miró —dijo el mensajero al tercer día— y me dijo que Hipócrates había cuadrado la lúnula y que él mismo acababa de hacer lo mismo con un segmento de parábola...

—¿Qué es la lúnula? —preguntó Apolodoro.

—Es una figura definida por dos segmentos de circunferencia. Tiene forma de luna creciente —dijo Marcelo—. ¿Qué más te dijo?

—Que así como antes habían cuadrado esas figuras, él estaba a punto de cuadrar el círculo.

—¡Por todos los dioses! ¡Qué idiotez! —gritó Marcelo—. ¡Ese hombre se burla de mí! ¡Él quiere cuadrar el círculo, mientras yo le ofrezco que el mundo entero se cuadre delante de él!

—Señor —dijo el mensajero—: mientras buscaba a Arquímedes encontré un traidor que está dispuesto a abrirnos la puerta norte de la ciudad.

—¿Qué estamos esperando? —dijo Marcelo—. ¡Dos centurias por esa puerta y el ejército entero detrás! ¡Saquen

lo que quieran pero tráiganlo vivo a Arquímedes!

Unas horas más tarde, Marcelo miraba desde su campamento las rojas llamas que elevaban desde distintos puntos de la ciudad, y un soldado entraba jadeante en su tienda:

—¿Lo viste? —preguntó Marcelo—. ¿Lo encontraron? ¿Dónde está él?

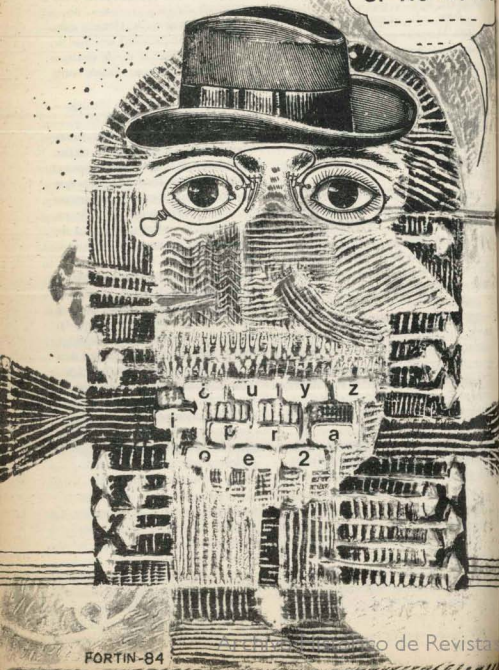
Y el soldado le dijo que había avanzado por la ciudad recién tomada, en medio del fragor de la lucha y guiado por el resplandor de los incendios hasta que encontró a Arquímedes en su propia casa, completamente ajeno a la catástrofe que lo rodeaba, inclinado sobre figuras geométricas dibujadas en el piso.

—¡Le dije que tú querías verlo de inmediato y ni siquiera me respondí! —dijo el soldado—. Se lo repetí por tres veces sin que se dignara mirarme. Lo tomé por los hombros para alzarlo y traérselo, me rechazó con fuerza. Los ojos le brillaban como si estuviera poseído por un dios. Lo agarré del brazo y él me golpeó en la cara con un compás, sin siquiera mirarme, como si yo fuera un insecto, y volvió a sus dibujos. ¡Entonces me enfurecí y lo maté!

—¿En qué habrá estado pensando ese hombre? —murmuró Marcelo.

© 1984, Antonio Elio Brailovsky.

SI-
NO-SI-NO-
SI-NO-SI-...



PABLO CAPANNA

FANTASMAS EN LA MAQUINA

*La historia de
las computadoras, desde la
pascalina hasta
los cristales pensadores.*

Ilustración de Raúl Fortín

"Puesta en el primer peldaño dicha parte, que para abreviar llamaremos pie, se recoge la parte equivalente de la izquierda (también llamada pie, pero que no ha de confundirse con el pie antes citado), y llevándola a la altura del pie, se la hace seguir hasta colocarla en el segundo peldaño, con lo cual en éste descansará el pie, y en el primero descansará el pie. (...La coincidencia de nombres entre el pie y el pie hace difícil la explicación. Cuidese especialmente de no levantar al mismo tiempo el pie y el pie.)"

Estas "Instrucciones para subir una escalera" de Julio Cortázar, tan recordadas como imitadas, figuran entre las mejores muestras del humor absurdo.

Las "Instrucciones" provocan una sonrisa hábilmente calculada, que se convertiría en fastidio si el texto hubiese sido apenas más largo.

Sonreimos porque el autor nos hace sentir incómodos con lo ilógico de su propuesta: el marcado contraste entre la minuciosa descripción, llena de ambigüedades mientras pretende ser objetiva, y la obviedad de aquello de que se habla: cualquiera emplearía menos palabras para describirlo, mientras no se le ocurriera, como a Diógenes, que el movimiento se demuestra andando...

En este caso, el texto provoca una reacción vital ante los excesos de la abstracción, que parece complicar innecesariamente aquello que hacemos a día

rio en forma irreflexiva: el acto de caminar o trepar.

Pues bien, según enseñaban Bergson y Pirandello, ésa es la esencia de lo cómico: el contraste entre lo espontáneo y lo anquilosado; el derrumbe de lo inerte por obra del azar o la creatividad vital. Al fin de cuentas, ¿quién no sabe subir una escalera sin necesidad de instrucciones?

Sin embargo, basta mirar la cuestión desde otra perspectiva para darse cuenta de que, considerado estrictamente, el texto de Cortázar es aquello que los matemáticos denominan un *algoritmo*. Es una serie de pasos, que si son seguidos estrictamente, llevan necesariamente a un resultado dado, pues en cada uno de ellos sólo hay dos opciones, si o no.

El algoritmo es el principal fundamento teórico de la ciencia del computador. Según lo define el experto Zenon W. Pylyshyn, es "un conjunto de órdenes dirigidas a esclavos mecánicos muy potentes pero en esencia muy estúpidos, los computadores digitales".

Se comprende ahora la reacción del lector, que se indigna por ser tratado como una máquina estúpida, de la misma manera que el escolar soñador que se resiste a aprender a sumar o multiplicar.

El algoritmo de Cortázar es apenas un caso señalado entre los numerosos algoritmos que nos persiguen en la vida diaria: desde las instrucciones para tejer un pulóver en una revista femenina, y el folleto técnico de un artefacto del hogar, hasta los prospectos de medicamentos y las descripciones de partidas de ajedrez: son instrucciones que una máquina bien programada podría ejecutar.

Los matemáticos conocen los algorit-

mos desde hace siglos, si se considera la antigüedad del llamado "algoritmo de Euclides", procedimiento mecánico para hallar el máximo común divisor de dos números enteros positivos; en síntesis, el algoritmo es el programa analítico de las partes de un proceso.

Para quienes piensen que, como otros términos científicos, esta palabra pudiera tener origen griego o latino, habrá que recordar que deriva de un nombre propio, el del matemático árabe Al Juwarizmi, a quien debemos el trasplante al Occidente del álgebra y los números hindúes, a partir del siglo IX.

Los algoritmos quedaron reclusos en el campo de la matemática pura hasta nuestro tiempo cuando, por razones que más adelante se verán, el matemático inglés Alan Turing ideó una máquina hipotética, destinada a descomponer las pautas del razonamiento y, casi sin quererlo, hizo que la cuestión desembocara en el campo de la ingeniería, con ello nacían la ciencia y la tecnología del computador, una historia reciente y densa en acontecimientos, que desemboca hoy en los robots y la posibilidad de la inteligencia artificial.

La mecánica del razonamiento

Desde la lógica de Aristóteles hasta el Ars Magna del catalán medieval Ramón Lull, se especuló en torno de un método de razonamiento riguroso, basado en pautas cuya aplicación mecánica llevaría a conclusiones ciertas.

En el siglo XVII, culminación del Racionalismo europeo, estas especulaciones comenzaron a tomar cuerpo, tanto

en el plano teórico como en el de la creación de instrumentos de cálculo que sirvieran a las crecientes necesidades del comercio.

Suele atribuirse a Pascal la invención de la primera máquina de sumar (la *pas-calina*), aunque los historiadores de la ciencia niegan desde hace tiempo que se pueda identificar a un inventor solitario, y señalan una cantidad de antecedentes ignorados, de artesanos anónimos y aficionados que hicieron su aporte para el surgimiento de la calculadora. Pascal, pensador inclinado a los temas que siglos más tarde se llamarían "existencialistas", no era por ello menos práctico, y así como organizó con éxito una compañía de coches de alquiler, también logró diseñar y construir una máquina de sumar y restar para agilizar los cálculos de los científicos y comerciantes.

La sumadora de Pascal, como era de estilo, fue dedicada a la reina Cristina de Suecia, protectora de artes y ciencias; en su carta de envío, Pascal se quejaba amargamente de la escasez de artesanos competentes que le ayudaran en su tarea.

Leibniz, otro gran filósofo y matemático, diseñó una máquina que multiplicaba con algún margen de error, provista de una rueda dentada de su invención, que ha seguido usándose hasta tiempos recientes. Neper, el creador de los logaritmos, también impuso su abaco de mesa, llamado "huesos de Neper". Tanto estas máquinas experimentales como otras que carecían de autores tan prestigiosos, iniciaron la revolución de las máquinas de calcular científicas y comerciales.

El caso de Leibniz es particularmente

intrigante, pues fue el creador del sistema de numeración binario, donde todos los valores se escriben como combinaciones de 1 y 0, de la misma manera que el código Morse traduce cualquier palabra a un sistema de dos signos, punto y raya. La especulación de Leibniz, que en ese momento resultaba "ociosa", llegaría a adquirir un inmenso valor práctico recién en el siglo XX, cuando aparecieron los relés electromagnéticos y los tubos de vacío, dispositivos que sólo permitían dos estados (abierto o cerrado), y el código binario se convirtió en el lenguaje básico de las calculadoras.

Quizás, como especula Christopher Evans,¹ si Leibniz se hubiera interesado un poco más por las máquinas de calcular, un campo en el que ya había incurrido, y abandonado el prejuicio racionalista hacia la tecnología como "arte servil", hubiera relacionado ese nuevo lenguaje matemático con la mecánica, y la historia hubiera sido distinta. Evans nos invita a soñar con grandes computadoras a vapor funcionando ya para el siglo XVIII y quizá una Revolución Industrial hecha en Alemania, unas décadas antes que la revolución inglesa: una ucrónia no del todo descabellada.

Si se piensa en la enorme cantidad de tiempo que Kepler había dedicado a sus cálculos sobre la órbita de Marte, que le permitieron deducir sus famosas leyes, cuando aún no se conocían los logaritmos, era lógico que un matemático como Leibniz reflexionara que "es injusto que hombres excelentes pierdan horas trabajando como esclavos en ope-

¹ Christopher Evans, *The Mighty Micro: The Impact of the Computer Revolution*, Coronet Books, Londres, 1980; pág. 24.

raciones de cálculo que podrían dejarse para cualquier otra persona, si se usaran máquinas".

Poco más de un siglo después estas dificultades habían crecido vertiginosamente; ya no eran sólo los científicos los que clamaban por instrumentos de cálculo más eficientes, sino también los ingenieros, los marinos y otras profesiones. El problema más crítico se planteaba con las tablas astronómicas para la navegación, cuya imperfección causaba naufragios y gruesas pérdidas económicas.

Quien afrontó esta cuestión fue un personaje casi romántico, Charles Babbage (1792-1871), un gran fracasado que se ganó un lugar en la historia de la computación sin haber podido obtener ningún resultado tangible y, en realidad, sin influir demasiado en los desarrollos posteriores.

Lo que Babbage se propuso fue nada menos que construir una verdadera *computadora mecánica*: su fracaso demostró las insuperables dificultades físicas y técnicas de tal empresa, con lo cual la cuestión se postergó hasta la aparición de la electricidad, y sólo entonces permitió que se la replanteara: fue una demostración por el absurdo.

Mezcla de utopista obstinado, tacaño, delirante y genuino talento científico (fue el creador de las primeras tablas actuariales para el seguro y de varios dispositivos que aún usan los ferrocarriles), Babbage se propuso construir una gigantesca calculadora mecánica, la Máquina de Diferencias, llamada así por el método matemático que emplearía: estaba destinada a calcular tablas precisas para la navegación, para lo cual obtuvo un subsidio estatal.

Las dificultades técnicas que ya había sufrido Pascal (materiales, falta de mano de obra especializada) crecieron aquí vertiginosamente, sobre todo porque la máquina había sido pensada para ser movida sólo por los brazos y piernas de sus operadores: el artefacto nunca llegó a terminarse, y la construcción se interrumpió cuando ya había gastado 22.000 libras del Estado. El duque de Wellington visitó los talleres de Babbage e hizo un comentario acerca de las dificultades estratégicas que implicaba operar tantos componentes, humanos y mecánicos. Por su parte el primer ministro Disraeli rezoneó que, si llegaba a funcionar, a lo sumo la máquina podría servir para calcular cuánto había costado.

Pero Babbage multiplicaba sus esfuerzos, como si estuviera fascinado por el fracaso inevitable. Concibió una máquina mucho más ambiciosa, esta vez realmente imposible de realizar con la tecnología existente, a la cual llamó Máquina Analítica. Así nos lo cuenta:

"Al fin se vislumbra la Máquina Analítica, y perseguí con ahínco la oscura visión. Necesitaba los mejores obreros y proyectistas... Tuve que comprar una casa con un cuarto de acre de terreno en una localidad muy tranquila. Yo mismo construí otros talleres más espaciosos y un edificio a prueba de incendios para mis proyectistas y dibujantes."

Surgieron grandes dificultades, tanto económicas como técnicas. Entonces "consulté a mi venerable progenitora. Cuando le hube expuesto todas las incidencias, mi excelente madre replicó: —Querido hijo, has avanzado mucho en la consecución de tu gran objetivo,

que es digno de tu ambición. Tú eres capaz de terminarlo. Mi consejo es que lo continúes, aunque te veas obligado a vivir a pan y queso".²

La nueva calculadora iba a ser impulsada por la fuerza de una máquina de vapor y constituía un impresionante conglomerado de ruedas, engranajes, levas y poleas, dispuestos para barajar una creciente "memoria" compuesta de tarjetas perforadas.

Esta última sería la idea más fecunda: Babbage la tomó de Jacquard, el tejedor francés que había ideado un sistema de tarjetas perforadas para los diseños de sus telas, automatizando los telares y provocando la ira de los trabajadores, quienes solían arrojarlos al río en cada huelga.

El principio de la tarjeta perforada, que iba a tener un gran futuro, inspiró a otra gran figura de la época, la condesa Ada Lovelace, y le hizo acuñar esta poética frase: "La Máquina Analítica teje expresiones algebraicas como el telar de Jacquard teje flores y hojas."

La condesa Lovelace merece un capítulo aparte. Brillante matemática, era hija de Lord Byron, de quien había heredado una notable belleza (sus retratos recuerdan a Elizabeth Taylor) y una considerable fortuna, que le permitía dedicar todos sus ocios a la especulación pura. Vinculada sentimentalmente con Babbage, se convirtió en la primera teorizadora de sus trabajos, y escribió una valiosa serie de Notas sobre la Máquina Analítica, en las cuales sentó este principio:

² Charles Babbage. "De la Máquina Analítica" (1864) en Zenon W. Pylyshyn (ed.), *Perspectivas de la revolución de los computadores* (1970), Alianza Editorial, Madrid, 1975.

"La Máquina Analítica no tiene pretensión de originar nada. Puede hacer todo lo que le ordenemos que haga. Puede llevar a cabo un proceso de análisis; pero no tiene poder de anticipar ninguna verdad o relación analítica."

Este argumento contra la creatividad del computador, que luego sería retomado a menudo, suele formularse así: "Un computador sólo puede hacer aquello para lo cual se lo programa." Si bien hoy tenemos grandes dudas acerca de su validez, no deja de ser lo que se llama un argumento clásico.

En cuanto a la máquina analítica, esta vez no pasó de la etapa de diseño y sólo quedaron de ella algunos modelos inconclusos, conservados en un museo londinense. El fracaso de Babbage fue total, porque su visión iba demasiado lejos para las posibilidades técnicas de su tiempo, en materia de energía, materiales y máquinas-herramientas: también vino a demostrar las limitaciones insalvables de una solución puramente mecánica de estos problemas.

Sin embargo, hubo otros que aprovecharon muy bien la idea de las tarjetas perforadas. Herman Hollerith las usó para procesar el Censo estadounidense de 1890, el cual estuvo terminado en un mes, mientras que los censos anteriores habían tardado años en completarse. Tan bien le fue a Hollerith que su Compañía de Máquinas Tabuladoras, para 1924, se había convertido en nada menos que la IBM. Otro de los censistas de 1890 también fundó su propia empresa, que con el tiempo sería Sperry Rand, la principal rival de IBM. Es lo que va del empirismo inglés al pragmatismo yanqui...

Historias de espionaje

Con la segunda revolución industrial puesta en marcha por la electricidad, nuevos factores técnicos entraron en juego. En especial el relé electromagnético, que se regía por una lógica binaria de dos estados (abierto o cerrado), ofrecía la posibilidad de que, abandonando las fantasías mecánicas de Babbage, comenzara a perfilarse una verdadera computadora digital.

Antes de la Segunda Guerra Mundial fueron muchos los que investigaron esta posibilidad: suele recordarse a Claude Shannon, también pionero en el diseño de robots. En el M.I.T. (Instituto Tecnológico de Massachusetts) fueron varios los que, junto a Shannon, percibieron la relación que existía entre un dispositivo como el relé y el llamado "álgebra de Boole", un sistema universal de notación lógica y matemática que hasta el momento carecía de aplicaciones prácticas.

El álgebra de Boole, que desarrollaba y culminaba las intuiciones de Leibniz, ofrecía un lenguaje simple construido a partir de tan sólo dos elementos, "0" y "1"; ello simplificaba enormemente el proyecto de una computadora, pues entre otras cosas el viejo Babbage había fracasado por empeñarse en usar el sistema decimal, con el cual se multiplicaba por diez la cantidad de elementos mecánicos a emplear. El sistema decimal sólo se abandonó después de la ENIAC de 1945, que fue la primera computadora electrónica.

Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, esta historia se complicó con la entrada en juego de los intereses militares; de este modo, los avances más significa-

tivos tuvieron lugar en un contexto de espionaje.

En realidad, uno de los hitos más importantes había sido establecido ya en 1936 por un joven alemán llamado Herman Zuse, aunque sus descubrimientos no tuvieron ninguna repercusión sobre la marcha de la guerra.

Zuse era un brillante aficionado, aún adolescente, cuando comenzó a trabajar en una calculadora electrónica que empleaba válvulas y relés electromagnéticos; la armó en el comedor de la casa de sus padres. Pronto la máquina Z₁ creció hasta desalojar los muebles del comedor y la familia debió replegarse en los dormitorios. Zuse, que era apolítico e indiferente, había fundado una especie de club de admiradores de *King Kong*, cuyos miembros solían reunirse para ver una y otra vez su película favorita. Cierta vez montaron una representación teatral del Gran Gorila: el papel de simio lo interpretó otro brillante técnico, Helmut Schreyer, y de esa función nació su amistad con Zuse; juntos construyeron otros modelos "Z" más perfeccionados, sin que su trabajo llamara la atención de nadie.

En 1940, cuando el dúo Zuse-Schreyer quiso interesar al gobierno en sus proyectos, se le dijo que si no podían ofrecer resultados prácticos en menos de un año era imposible que contaran con apoyo oficial. En 1944, durante los bombardeos de Berlín, una bomba aliada destruyó parte del departamento de Zuse, aniquilando accidentalmente lo que podía haber sido un arma temible. Evans se pregunta aquí de nuevo cuál habría sido el fin de la guerra si los nazis hubiesen valorado el trabajo de Zuse, pero esa es otra uchronía un tanto escalofriante...

Con la caída del Reich, Zuse se refugió en Suiza, llevando consigo partes de su Z₄. Allí fue detenido y llevado a Londres, donde lo interrogaron, pero de nuevo el azar se interpuso; ocurría que el ingeniero que llevó a cabo el interrogatorio no hablaba alemán, ni Zuse inglés, de modo que no se entendieron y el informe fue negativo. Zuse volvió a Alemania, donde años más tarde trabajaría para Siemens en el campo de la computación.

Toda esta historia se desarrolló en medio de una guerra global, donde el espionaje y la "inteligencia" eran armas importantísimas, y sorprende ver la poca importancia que se le atribuyó.

El espionaje, en cambio, jugó un papel decisivo para otros progresos, que suelen asociarse con el nombre de Bletchley Park.

Para esos tiempos, los militares aún no estaban demasiado interesados en los instrumentos de cálculo sino los cuales hoy no podrían operar sus amados misiles; lo que en cambio les quitaba el sueño era la criptografía. La decodificación de mensajes en clave tendría un gran papel en esta historia. No sería el único: en la misma época, el criptógrafo Michael Ventris, forzado a permanecer en Creta, logró descifrar la escritura minoica "lineal B", dando un impulso decisivo a la arqueología griega.

Tanto el Eje como los aliados estaban preocupados por producir códigos indecifrables para camuflar sus mensajes, a medida que los expertos de ambos bandos descifraban los existentes siguiendo técnicas cuyo precursor fue Edgar Allan Poe.

Los alemanes diseñaron entonces una máquina llamada "Enigma" que les

permitía cambiar constantemente de código: constaba de un teclado unido por medio de relés a unos tambores con letras, que traducían todo lo que se escribía a una jerga sin sentido aparente; la máquina receptora, con sus tambores dispuestos en la misma secuencia, traducía el mensaje.

Una máquina japonesa similar a Enigma cayó en manos de los norteamericanos, quienes la desarmaron y lograron duplicarla, con lo cual fue neutralizada. Los ingleses también disponían de una "Enigma" traída de Polonia mediante un operativo de la resistencia y el espionaje,³ y para contrarrestarla montaron todo un centro de investigación donde había desde un criptógrafo ruso de la corte zarista hasta varios brillantes matemáticos; entre estos últimos se contaban I. J. Good y Alan Turing, quien daría mucho que hablar.

El resultado de sus esfuerzos fue lo que podría llamarse, con excepción de las máquinas de Zuse, la primera computadora electrónica digital: un monstruo con dos mil válvulas que recibió el adecuado nombre de "Colossus". Diez máquinas Colossus operando hacia fines de la guerra permitieron interferir y analizar la información codificada alemana y ayudaron a ganar la guerra a los aliados.

El genio de Bletchley Park fue Alan Turing, a quien se deben los principales avances teóricos en este tema. Había escrito en 1936 un trabajo científico "Sobre los números computables", donde especulaba sobre las posibilidades de

³ La historia del Proyecto Ultra y su jefe, el coronel Stephenson, ha sido contada muchas veces, recientemente lo ha hecho una miniserie de TV bajo el título de *Un hombre llamado Intrepido*.

una hipotética calculadora dotada de una cinta perforada infinita. La idea de la llamada "máquina de Turing" resultó un tanto molesta para la comunidad matemática, a juzgar por las críticas, pues significaba cometer la herejía de introducir consideraciones tecnológicas en un texto de matemática pura. Más tarde, Turing fue el primero en plantear la cuestión de si las máquinas podían pensar, y propuso su célebre Test, basado en la incapacidad de discernir si detrás de un mamparo opaco se encuentra un ser humano o una máquina.⁴

Con la creación de Bletchley Park y el proyecto de la construcción de Colossus, los trabajos de Turing adquirieron otra importancia. Personaje pintoresco, lector de cuentos infantiles y maratonista aficionado, Turing solía llegar en bicicleta al laboratorio, enfundado en la máscara antigás que usaba cada vez que sufría ataques de asma; el resultado de la guerra también se debe a él.

Después de 1945, Turing trabajó un tiempo para Ferranti, una de las primeras empresas británicas dedicadas a la computación, y murió prematuramente en 1954, cuando aún su talento podía dar muchos frutos. La versión oficial dada por su familia dice que murió por accidente, pero al parecer se suicidó mordiendo una manzana impregnada con arsénico; se afirma que Turing era homosexual y prefirió el suicidio antes que afrontar el escándalo y la extorsión, en el clima inglés de entonces, menos permisivo que el actual.

⁴ A. C. Turing, "Máquinas de calcular e inteligencia" (1950) en Zenon W. Pylyshyn, *Perspectivas*.

Los monstruos electrónicos

Al finalizar la guerra, la investigación cambió de ritmo, gracias al impulso decisivo que le habían dado estos triunfos, y nuevos fondos se volcaron hacia este campo.

Asumido ya el criterio de que solamente una computadora digital (es decir, basada en códigos binarios) tendría viabilidad, y habiéndose cerrado con Babbage la evolución de las máquinas analógicas, las opciones técnicas eran dos: el relé o la válvula. El relé, ampliamente usado en la industria, podía codificar con sus dos posiciones posibles, un *bit* de información (*binary digit* o dígito binario). Pero la válvula, inventada por Lee de Forest, quien fuera colaborador de Edison y autor de ciencia ficción, unía a esas mismas posibilidades la ventaja de una enorme velocidad: al no tener partes móviles, podía cambiar de estado en pocas millonésimas de segundo, y esto le garantizó el éxito.

Con la posguerra, la escena se trasladó a EE.UU., donde ya antes se habían hecho intentos en esta dirección. El más conocido era el Analizador Diferencial (1930) diseñado en el M.I.T. por Vannevar Bush, quien luego sería el "zar" de la investigación bélica; en el fondo era apenas una calculadora comercial glorificada, pues todo su funcionamiento era mecánico, y sólo la energía era suministrada por motores eléctricos; sin embargo podía resolver ecuaciones diferenciales.

Desde la preguerra, Norbert Wiener venía sistematizando la teoría de los computadores, y había acuñado el término "cibernética" (en griego, arte del

timonel) para fundar una ciencia general del control. Sus especulaciones, que originalmente partieron de los problemas de la balística, desembocarían pronto en el tema de la inteligencia artificial.

La máquina electromecánica Mark 1, concebida por Howard Aiken para IBM y construida luego por los militares para resolver problemas balísticos, inició la era de las grandes computadoras: llegó a tener un millón de componentes, aunque todavía trabajaba con relés.

El triunfo de la válvula se produjo con la colosal ENIAC, construida en 1945 por la Escuela Moore de Ingeniería (Pennsylvania) bajo la dirección de J. W. Mauchly y J. Presper Eckert. La ENIAC era un verdadero monstruo de treinta toneladas de peso, que ocupaba una enorme sala; entre sus componentes se contaban 18.000 válvulas, 70.000 resistores, 10.000 capacitores, etc. Tal masa de elementos electrónicos funcionando simultáneamente producía una enorme dispersión de calor, llevando la temperatura de la sala a niveles tropicales, a pesar de toda la ventilación. El consumo de energía era también descomunal y, según la leyenda, cuando la máquina fue probada por primera vez hizo bajar la tensión en toda la ciudad.

Con la ENIAC se había alcanzado otro límite del crecimiento; así como las máquinas de Babbage habían demostrado que no se podía ir más lejos con principios puramente mecánicos, aquí se demostró que el crecimiento de un computador basado en válvulas también estaba seriamente limitado, pues el problema del calor no tenía solución.

A partir de sus trabajos con la ENIAC, otra gran figura de esta historia, el ma-

temático Von Neumann, concibió el concepto de "programa almacenado": la capacidad de almacenar no sólo información sino programas de operación, lo que luego se llamaría *software*.

La primera realización comercial de esta línea fue la famosa UNIVAC 1, que incorporaba una importante novedad; trabajaba con cintas magnéticas en lugar de tarjetas perforadas. Una de sus primeras aplicaciones fue el procesamiento de censos de población, produciendo un cambio cuantitativo comparable al que produjera Hollerith en 1890. Para el gran público, su consagración fue cuando predijo que Eisenhower le ganaría a Stevenson en las elecciones presidenciales.

La generación de UNIVAC abarcaba una multitud de máquinas, donde la fantasía de los ingenieros se esmeró en inventar nombres cada vez más caprichosos: EDSAC, ORDVAC, AYIDAC, ORACLE (oráculo), SILLIAC (tonta), ILLIAC (ilíaca), etc. Entre los más curiosos estaban JOHNIAC, llamada así en homenaje a John Von Neumann, y MANIAC, que significa "loca". En algunas de ellas se inspiró Isaac Asimov para crear su mítica MULTIVAC, que tan popular se haría en la ciencia ficción.

Y ya que hablamos de esto, cabe recordar que fue en este periodo cuando se generó en los escritores una actitud discriminatoria entre computadoras y robots, que dejaba para las primeras el papel de fríos oráculos inhumanos, temidos pero respetados, mientras atribuía al robot, de venerable tradición literaria, caracteres más humanos y simpáticos. Sus arquetipos más conocidos son HAL 9000, la computadora megalómana de 2001: *Odisea del espacio*, y la

pareja R2D2 & 3CPO ("Arturito" y "Trespo") los Laurel y Hardy de *La Guerra de las galaxias*.

Los cristales pensadores

Las limitaciones de las válvulas, especialmente en cuanto al calor disipado y las dimensiones cada vez más monumentales que amenazaban tener las máquinas, no pudieron ser superadas hasta que la tecnología no dio un nuevo salto con la invención del transistor.

En realidad, el transistor inaugura la era del microprocesador que hoy atravesamos: su origen parte de los semiconductores, con los cuales nació la nueva física del estado sólido.⁵

El transistor nació, sin mucha alharaca, en los laboratorios de la compañía telefónica Bell, y constituye uno de los típicos inventos sin paternidad reconocida, fruto del trabajo colectivo, aunque hubo tres premios Nobel adjudicados por su causa.

Entre los responsables del equipo Bell estaban Walter Brattain y William Shockley, quien más tarde tendría su Nobel. Como suele ocurrir con las verdaderas revoluciones tecnológicas, el transistor fue duramente resistido en la industria desde su invención en 1948: la relativa uniformidad con que se los producía al comienzo hacía que fallaran a menudo y ofrecieran pocas garantías de calidad.

En 1955, Shockley se separó de Bell y fundó su propia empresa (Shockley Semiconductor Labs) en Palo Alto, Cali-

fornia: con esto inició la migración de la industria electrónica hacia el Pacífico, que culminaría hoy en Silicon Valley, el Valle del Silicio.

En California estaba la universidad de Stanford y sus centros de investigación. Pronto Shockley se asoció con Frederick Terman, hijo del psicólogo que perfeccionó el test Stanford-Binet, y Robert Noyce, quien sería el primero en patentar un circuito integrado en 1959.

Después de las válvulas (la primera generación de computadoras) y los transistores (la segunda), el circuito integrado constituía la tercera generación. La idea fue de Noyce y Jack Kilby, y al comienzo consistía en implantar transistores, resistores y capacitores miniaturizados en una plancha de germanio, unidos por hilos de oro. Luego se comprobó que el silicio tenía las mismas propiedades que el germanio, con la ventaja de ser sumamente barato y casi inagotable, si se piensa en los desiertos de arena. El perfeccionamiento siguiente consistió en poner los elementos en una sola hoja de silicio, cubriéndolos con una capa de óxido como aislante y suprimiendo los filamentos.

Las ventajas del circuito integrado quedaron demostradas cuando la nueva línea de computadoras IBM 360 (1963) volvió obsoleto todo lo conocido. IBM y Burroughs hicieron posibles las veintidós órbitas del astronauta Gordon Cooper en 1963 y los primeros pasos de Armstrong en la Luna (1969), y convencieron a la opinión pública de que sin el circuito integrado nada de eso habría sido posible.

El complejo militar-industrial creado

por la guerra fría dio gran impulso a la miniaturización y a los circuitos integrados, especialmente con el proyecto Minuteman de misiles intercontinentales. Hay que recordar que si en 1950 los técnicos apenas lograban meter mil válvulas en un pie cúbico, para 1958 ya estaban en condiciones de poner un millón de transistores integrados.

El paso más reciente de esta revolución que estamos viviendo lo constituye el microprocesador o *chip*, que permite una creciente miniaturización unida a un costo cada vez más reducido, haciendo que la producción de computadores y procesadores de datos se abarate cada vez más. El *chip* es una hoja de silicio casi puro en el cual se introducen impurezas, "dibujando" sobre él el circuito que se desea. El procedimiento es casi fotográfico: una vez diseñado el circuito se lo reduce fotográficamente y se hace un negativo o "máscara" con el cual se insertan las impurezas en el lugar adecuado, aislando el resto mediante un baño.

Esto permite las ventajas de la economía de escala; una vez hecha la matriz se los puede fabricar en serie a un costo cada vez menor, produciendo un efecto descentralizador en la economía y en la informática; en lugar de seguir haciendo computadoras cada vez más grandes, al estilo de los años '50, hoy se puede llevar la computadora a todas partes, aun dentro de un artefacto doméstico o en el "cerebro" de un robot industrial. Como lo explica Noyce, "la diferencia que existe entre un computador y un microprocesador es la misma que hay entre un avión a reacción y un auto. El avión lleva cien veces más *power* y la lleva diez veces más rápido, pero el no-

venta por ciento del transporte se hace por auto, simplemente porque es la manera más sencilla de ir de un lugar a otro. Lo mismo ocurre con el microprocesador".⁶

La industria de los microprocesadores, que abre enormes posibilidades para el desarrollo de la inteligencia artificial, ha surgido en pocos años como una de las más pujantes y competitivas, al estilo de las revoluciones industriales: las empresas surgen y desaparecen y las relaciones de poder varían a diario. En Estados Unidos, han dejado atrás a la industria automotriz para convertirse, junto con la ingeniería genética, en los sectores de mayor porvenir: Los nuevos polos industriales están en la Ruta 128 de Boston, en el Cinturón del Sol (Sun Belt) de Texas y Arizona, y sobre todo en California, con centro en Silicon Valley. Allí, en una zona que dejó de ser pintoresca, donde había pueblos llamados San José y Santa Clara, están Hewlett-Packard, Fairchild, Signetics, American Micro Systems e Intel, la empresa de Noyce. El microprocesador ha creado una mezcla de Menlo Park con Detroit, y un híbrido de científico-ingeniero-empresario que industrializa la creatividad en un régimen de despiadado "capitalismo salvaje", donde los ingenieros tienen menos vida útil que los publicitarios y se puede culminar una carrera a los veinticuatro años.

Los talentos de Silicon Valley parecen pertenecer a una generación de tecnócratas desprovistos de los escrúpulos que aquejaban a los físicos de Alamo-gordo. A ellos se les deben las armas "inteligentes" que hacen día a día más te-

⁵ Cfr. Dirk Hanson, *The New Alchemists: Silicon Valley and the Microelectronics Revolution*, Little, Brown & Co., Boston-Toronto, 1982.

⁶ Dirk Hanson, *The New Alchemists*, pág. 123.

rrible la guerra: sin microprocesadores el misil "de crucero" no podría volar casi al ras del suelo esquivando todos los obstáculos. También a ellos les debemos muchas transformaciones socioculturales, como la computadora familiar a los videojuegos, que fueron concebidos sólo para aprovechar la capacidad ociosa que produjo el fracaso de los relojes digitales y luego se convirtieron en una peligrosa forma de masturbación mental, sin que sus inventores tuvieran idea de los cambios que estaban produciendo.

Algunos piensan que Silicon Valley y los laboratorios japoneses que están del otro lado del Pacífico anticipan un futuro en el cual la cuenca del Pacífico heredaría la importancia que aun hoy conserva el Atlántico, en la civilización de la "tercera ola" de que habla Toffler.

La cuarta generación de computadores ya no se distingue por simples cambios tecnológicos (el *hardware*) sino por innovaciones en su "psicología" (el

software y el *firmware*). La quinta promete ir aún más lejos, empleando alteraciones atómicas más que moleculares, con entidades de nombres tan extraños como los empalmes de Josephson y las burbujas de memoria; y ya para los años '90 se piensa en una sexta generación...

Un avance tan arrollador provoca cierto vértigo intelectual y un extendido desasosiego cultural: el fantasma de la desocupación que evocan los robots industriales y los procesadores comerciales, el temor casi reverencial ante la posibilidad de máquinas más inteligentes que el hombre que pretendan imponernos su tutela, el cuestionamiento del hombre mismo y su creatividad intelectual ante estos "esclavos estúpidos" que parecen volverse cada día más brillantes. Todo esto es otra historia, pero asusta pensar que de Babbage a los microprocesadores han pasado poco más de cien años...

© 1984, Pablo Capanna.

PABLO CAPANNA

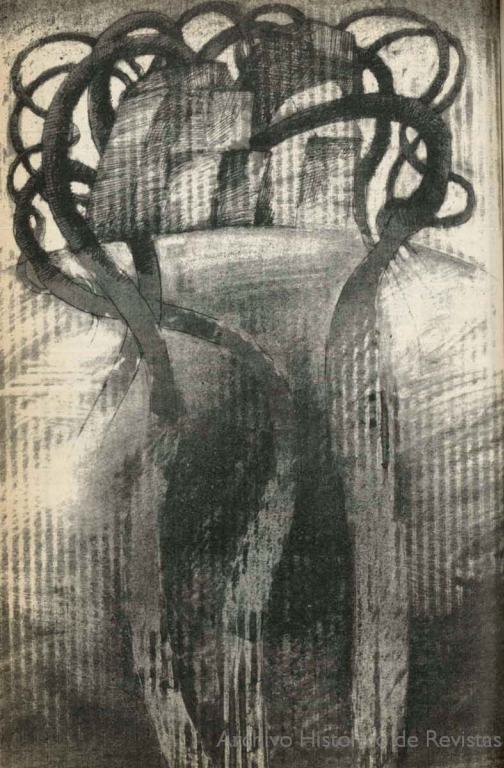
Conjeturas en torno de Cordwainer Smith

EL SEÑOR DE LA TARDE



Editorial Sudamericana

Un estudio profundo y personal
sobre uno de los creadores más
originales de nuestro tiempo.



ALPHONSE DAUDET

WOOD'STOWN

*"Todo estaba
cubierto por un
tinte verde..."*

Ilustración de Jorge Sanzol

El lugar era soberbio para levantar una ciudad. Sólo había que desmontar las orillas del río, derribando parte de la selva, de la enorme selva virgen enraizada allí desde el principio del mundo. Entonces, rodeada por completo de colinas, la ciudad bajaría hasta los muelles de un puerto magnífico, instalado en la desembocadura del Río Rojo, a sólo cuatro millas del mar.

Una vez que el gobierno de Washington acordó la concesión, carpinteros y leñadores pusieron manos a la obra; pero nunca habían visto una selva semejante. Aferrada al suelo con todas las lianas, todas las raíces, cuando se la derribaba por un extremo volvía a crecer por otro, recobrándose de las heridas, y

cada hachazo hacía surgir yemas verdes. Las calles, las plazas de la ciudad, apenas trazadas, eran invadidas por la vegetación. Las paredes crecían con menos velocidad que los árboles, y en cuanto se elevaban caían bajo el esfuerzo de las raíces siempre vivas.

Para terminar con esa resistencia que trababa la hoja de las hachas, se vieron obligados a recurrir al fuego. Día y noche una humareda sofocante inundó la espesura de arbustos, mientras los grandes árboles llameaban encima como cirios. La selva trató de luchar aún, retrasando el incendio con corrientes de savia y el frescor sin aire de sus follajes apretados. Por fin llegó el invierno. La nieve se abatía como una segunda muer-

te sobre los grandes terrenos llenos de troncos ennegrecidos, de raíces consumidas. Ahora podían construir.

Pronto una ciudad inmensa, toda de madera, como Chicago, se extendió en las orillas del Río Rojo, con largas calles alineadas, numeradas, que partían como rayos desde las plazas, la Bolsa, los mercados, las iglesias, las escuelas, y todo un aparataje marítimo de cobertizos, aduanas, muelles, almacenes, astilleros para construir naves. La ciudad de madera —Wood'stown, como pronto la llamaron—, fue rápidamente poblada por los estrenadores de casas de las ciudades nuevas. Una actividad febril circuló por todos los barrios; pero sobre las colinas circundantes, dominando las calles llenas de gente y el puerto colmado de navíos, una masa sombría y amenazante se desplegaba en semicírculo. Era la selva que miraba.

Miraba esa ciudad insolente que le había robado su lugar a orillas del río. Toda Wood'stown estaba hecha con su propia vida. Los palos mayores que oscilaban abajo, en el puerto, los techos incontables que se inclinaban unos sobre otros, hasta la última cabaña del suburbio más alejado: ella había suministrado todo, hasta las herramientas, hasta los muebles, midiendo sus servicios sólo por la longitud de sus ramas. ¡Qué rencor terrible sentía contra esa ciudad de saqueadores!

Mientras duró el invierno no advirtieron nada. Los habitantes de Wood'stown oían a veces un crujido sordo en los techos, en los muebles. De vez en cuando, una pared se agrietaba, el mostrador de un negocio se partía en dos bruscamente. Pero la madera nueva está sujeta a esos accidentes, y nadie les daba impor-

tancia. Sin embargo, al acercarse la primavera —una primavera brusca, violenta, tan rica en savia que se la oía bajo tierra como un rumor de correntada—, el suelo empezó a agitarse, movido por fuerzas invisibles y activas. En cada casa los muebles, los tabiques de las paredes se inflaron, y en las tablas aparecieron amplias protuberancias, como las que hace un topo al pasar. Nada funcionaba ya: ni puertas ni ventanas. "Es la humedad", decían los habitantes. "Ya pasará todo cuando se vaya el calor."

De repente, al día siguiente de una gran tormenta llegada del mar, que trajo el verano en sus relámpagos ardientes y su lluvia tibia, la ciudad lanzó un grito de estupor al despertar. Los techos rojos de los monumentos públicos, los campanarios de las iglesias, los tabiques de las casas y hasta la madera de las camas, todo estaba cubierto por un tinte verde, delgado como moho, liviano como un encaje. Al mirarlo de cerca, se descubría que estaba formado por una cantidad de yemás microscópicas, donde ya se veían hojas curvándose. Aquella extravagancia de las lluvias divirtió sin inquietar; pero antes de que llegara la noche manojos de verdor se desplegaron en todas partes sobre los muebles y las paredes. Las ramas crecían a simple vista; si se las retenía levemente en la mano, se las sentía aumentar y agitarse como alas.

Al día siguiente, todos los departamentos parecían invernaderos. Las lianas seguían las rampas de la escalera. En las calles estrechas, las ramas se unían de un techo a otro, colocando por encima de la ciudad ruidosa la sombra de las avenidas selváticas. Aquello ya era inquietante. Mientras los sabios reunidos

deliberaban sobre ese caso de vegetación extraordinaria, la multitud se apiñaba afuera para ver los distintos aspectos del milagro. Los gritos de sorpresa, el rumor asombrado de todo aquel pueblo inactivo otorgaban solemnidad al extraño acontecimiento. De pronto alguien gritó: "¡Miren la selva!", y se dieron cuenta con terror de que, desde hacía dos días, el semicírculo verde se había acercado mucho. La selva parecía bajar hacia la ciudad. Toda una vanguardia de zarzas y de lianas se estiraba hasta las primeras casas de los suburbios.

Entonces Wood'stown empezó a comprender y a tener miedo. Era evidente que la selva llegaba para reconquistar su sitio a orillas del río; y sus árboles, derribados, dispersos, transformados, se libraban de sus prisiones para adelantarse a ella. ¿Cómo resistir la invasión? Con el fuego, se corría el riesgo de incendiar la ciudad entera. ¿Y qué podían las hachas contra aquella savia que renacía sin cesar, aquellas raíces monstruosas que atacaban el suelo por debajo, aquellos miles de granos voladores que germinaban al romperse y hacían crecer un árbol en cuanto sitio caían?

Sin embargo, todo el mundo puso manos a la obra valerosamente, con guadañas, rastrillos, grandes hachas; y derribaron una enorme cantidad de follaje. Pero en vano. Con cada hora que pasaba las selvas vírgenes, cuyas lianas entrelazadas unían árboles gigantescos, invadían más las calles de Wood'stown. Ya irrumpían los insectos, los reptiles. Había nidos en todos los rincones y grandes alietazos, y cantidades de pequeños picos parlanchines. En una sola noche, los graneros de la ciudad fueron vaciados por todos los pichones recién

nacidos. Después, como una ironía en medio del desastre, mariposas de todo tamaño y color volaron sobre los racimos floridos, y las abejas previsoras, que buscan abrigo seguro, instalaron en los huecos de esos árboles crecidos con tanta rapidez sus panales de miel, como una prueba de permanencia.

Vagamente, en el oleaje ruidoso del follaje, se oían los golpes sordos de las hachas; pero al cuarto día se reconoció que todo trabajo era imposible. La hierba era demasiado alta, demasiado densa. Lianas rastreras se aferraban a los brazos de los leñadores, les agarrotaban los movimientos. Por otra parte, las casas se habían vuelto inhabitables; los muebles, cargados de hojas, habían perdido su forma. Los techos se hundían, atravesados por la lanza de las yucas, la larga espina de las caobas; y reemplazando los techos se instalaba la cúpula inmensa de las catalpas. Era el fin. Había que huir.

A través de la red de plantas y de ramas que cada vez se estrechaban más, los espantados habitantes de Wood'stown se precipitaron hacia el río, llevando todas las riquezas y los objetos preciosos que podían. ¡Pero qué esfuerzo para llegar a orillas del agua! Ya no había muebles. Sólo cañas gigantes. Los astilleros que albergaban las maderas para construcción habían dejado paso a bosques de pinos; y en el puerto completamente en flor, las naves nuevas parecían islotes de verdor. Por suerte había algunas fragatas blindadas sobre las que se refugió la multitud y desde donde pudo ver cómo la vieja selva se unía victoriosamente con la selva nueva.

Poco a poco los árboles fundieron las copas, y bajo el cielo azul lleno de sol la

enorme masa de follaje se extendió desde el borde del río hasta el horizonte lejano. Ni rastros de ciudad, de techos o de paredes. De vez en cuando se oía un ruido sordo de desmoronamiento, último eco de la ruina, o resonaba el hachazo de un leñador enfurecido en las profundidades del follaje. Después, sólo

el silencio vibrante, zumbante, nubes de mariposas blancas que giraban sobre el río desierto, y más allá, hacia alta mar, un navío que huía, con tres grandes árboles verdes erguidos entre las velas, llevando los últimos emigrados de lo que una vez había sido Wood's-town...

Título del original en francés: Wood'stown.
Traducción de Elvio E. Gandolfo.

PARSEC

CIENCIA · FICCIÓN

REVISTA



APARECE MENSUALMENTE EN KIOSCOS DE
LA CAPITAL FEDERAL Y
EL GRAN BUENOS AIRES

Para conseguir números atrasados, suscripciones
o envíos al interior, escribir a Ediciones Filofalsía,
Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital.
Tel. 855-3472 / 854-9982

NUBES

SERGIO GAUT VEL HARTMAN

CARTELES

Atención: esta
historia tiene un FIN
verdadero.

Ilustración de Luis Scafati



Tanto fastidiamos con la manía de verbalizar, colocando etiquetas a todo y reduciendo todo a signos que algo, en algún sitio, se dio por enterado y contestó.

Despertamos porque los relojes sonaron a la hora de costumbre, pero el cielo seguía tan negro como cuando nos habíamos acostado. Los que salieron de la intimidad del dormitorio y miraron por la ventana descubrieron un cartel escrito con grandes letras amarillas. El cartel asomaba por el este y decía: AMANECEER.

Encendí la radio. Había música en todas las emisoras, seguramente emitida por equipos automáticos. Era estúpido

suponer que los locutores y operadores estarían en mejores condiciones que el ciudadano común para superar el espanto producido por un comienzo de día tan anómalo.

Yo no encendía la radio en el momento de levantarme para hacerme cargo de los muertos de un accidente aéreo ocurrido en Tanzania o de un terremoto en Japón. Lo único que me importaba era la temperatura, la humedad, el viento, el pronóstico. Me disgusta salir a la calle sin saber qué ropa debo usar.

Así que decidí nadar a contracorriente y aprovechar las luces de nuevos carteles que se filtraban a través del aire puro de la madrugada.

Me asomé y lei: NUBLADO—FRÍO—PROBABILIDAD DE LLUVIAS.

Me puse un par de botas y un impermeable amarillo, tomé un paraguas y salí a la calle.

Afuera comprobé que los carteles se desplegaban y afinaban por toda la bóveda celeste: brillaban con una intensidad desusada, y uno de ellos anunciaba LLUVIA INMINENTE, algo que ningún servicio meteorológico maneja sin imprecisión.

Caminé un par de cuadras sin apartar los ojos de los carteles. No era el único que caminaba mirando hacia arriba. Los transeúntes tropezaban en la penumbra, una peregrinación de desgraciados que morirían sin alcanzar la Meca.

Según mi reloj ya eran las siete y los carteles volvieron a cambiar: LLUEVE, decían las letras amarillas. Abrí el paraguas instintivamente, y sonreí al notar el error. No cayó una sola gota. Sin embargo el cartel insistía con obstinación: LLUEVE. No cerré el paraguas. Tampoco hacía frío (o no se sentía), a pesar de que uno de los carteles marcaba 6 GRADOS 2 DECIMAS. No me pareció sensato desafiar a los elementos ahora que se expresaban con tanta claridad y sin intermediarios por primera vez. Me levanté las solapas del impermeable y eché a andar hacia la estación.

Había muy poca gente esperando, y yo no tenía razones para pensar que el tren fuera ajeno al caos y pudiese entrar a la hora debida. Un cartel insólito colgaba del cielo sobre la estación. El cartel decía AHORA VIENE LO MEJOR.

El algo responsable de todo el asunto parecía estar acopiando fuerzas para un lance decisivo. Miré a las personas que compartían mi suerte: me devolvieron

expresiones de impotencia. Entonces estallaron las luces.

Fue como un escenario que pasa a recibir toda la intensidad de todos los reflectores del teatro después de haber estado en la penumbra, apenas iluminado por un foco testigo.

Todo se esfumó, y en el lugar de cada objeto desaparecido se materializó un cartel: CIELO, NUBES, SUELO, ESTACIÓN, VÍAS, y aún carteles más chicos y específicos (pero en letras rojas). Porque había un cartel para las vías que bajaban y otro para las que subían y hasta uno para el RIEL NORTE y otro para el RIEL SUR. También había carteles para CIGARRILLOS, BOLETOS, SALIVAZOS, CELOFÁN. Había carteles microscópicos (que uno no podía leer) y carteles dentro de carteles.

—Ahora ¿qué va a pasar? —dijo una mujer mirándome a los ojos. Quizá eligió mis ojos porque no estaban invadidos por el terror, y daban una cierta impresión de inmunidad.

—¿No se imagina?

La mujer retrocedió un paso y se tapó la boca abierta con el dorso de la mano. No creo que imaginara lo que vendría a continuación pero adivinó que no se trataba de algo bueno para ella.

Empezó con una oscuridad total. Ahora que ya no había cielo, suelo, boletos y salivazos, la ausencia de carteles daba a la escena un hálito letal. Ningún cartel podía sustituir el aire que respirábamos sin matarnos. Así que sólo quedaban unos pocos pasos. Se encendió el cartel que decía FIN DE LA VIEJA REALIDAD Y OTRO: AQUÍ EMPIEZA EL NUELO VERSO.

No tardé en ser un cartel hecho y derecho. Sentí que la LLUVIA golpeaba con intensidad mi IMPERMEABLE AMARILLO y la

BRISA FRÍA hacía temblar las letras azules de la palabra que desde ahora sería todo mi cuerpo: HOMBRE.

Acomodé el PARAGUAS de tal modo que la LLUVIA no mojara mis bordes y busqué el TREN con los ojos.

© 1984, Sergio Gaut vel Hartman.



STANISLAV LEM

AZAR Y ORDEN

Apuntes autobiográficos de uno de los mayores creadores de hoy.

Ilustración de Humberto Lopardo

Mientras escribo mi autobiografía, soy consciente de dos principios opuestos que guían mi pluma. Uno de esos dos extremos es el azar; el otro es el orden que modela la vida. ¿Es posible considerar todos los factores responsables de mi llegada al mundo, y que me permitieron sobrevivir indemne, aunque amenazado por la muerte en muchas ocasiones, para llegar finalmente a ser un escritor (más aún, un escritor que incesantemente se esfuerza por reconciliar elementos contradictorios del realismo y la fantasía) como el mero resultado de largas concatenaciones del azar? ¿O incluyó alguna predeterminación específica, no en forma de una *moira* sobrenatural, no cristalizada del todo en destino

cuando yo estaba en la cuna, sino una forma incipiente depositada en mí, es decir, en mi herencia genética, una suerte de predestinación acorde con un agnóstico y empirista?

Que el azar desempeñó un papel en mi vida es innegable. En la Primera Guerra Mundial, cuando cayó la fortaleza de Przemyśl, en 1915, mi padre, Samuel Lem, médico del ejército austrohúngaro, fue tomado prisionero por los rusos, y pudo regresar a Lemberg (ahora Lvov), su ciudad natal, sólo al cabo de cinco años, en medio del caos de la Revolución Rusa. Por las anécdotas que nos contó, sé que por lo menos en una oportunidad los rojos estuvieron por fusilarlo en el acto por ser oficial (y por

lo tanto un enemigo de clase). Se salvó porque cuando lo llevaban al sitio de la ejecución fue visto y reconocido desde la acera de una pequeña ciudad de Ucrania por un barbero judío de Lemberg que solía afeitarse al comandante militar de esa ciudad, y por esa razón tenía libre acceso a él. El barbero intercedió por mi padre (que desde luego aún no era mi padre) y lo dejaron en libertad para regresar a Lemberg y a su prometida. (Esta historia, narrada con mayor complejidad por razones estéticas, se puede encontrar en una de las reseñas ficticias —“De Impossibilitate Vitae”, de Cezar Koussa— de mi libro *Vicio perfecto*.) En este caso, el azar fue el destino encarnado, pues si el barbero hubiera pasado por esa calle un minuto después, mi padre habría muerto irremediablemente. Él me contó la anécdota cuando yo era pequeño, en una época en que era incapaz de pensar en términos abstractos (tendría diez años) y por lo tanto no podía evaluar los méritos respectivos de las categorías de azar y necesidad.

Mi padre llegó a ser un respetado y bastante acaudalado médico (laringólogo) en Lvov. Yo nací allí en 1921. En el país pobre que era Polonia antes de la guerra, no me faltaba nada. Tuve una institutriz francesa y gran cantidad de juguetes, y para mí el mundo donde me crié era algo definitivo y estable. Pero si ése era el caso, ¿por qué cuando niño me deleitaba en la soledad e inventé el curioso juego que he descrito en *El castillo*, un libro sobre mi infancia? Mi juego consistía en trasladarme a mundos ficticios, pero yo no los inventaba ni imaginaba de modo directo. Más bien, fabricaba cantidades de importantes

documentos cuando estaba en la escuela secundaria de Lvov: certificados, pasaportes, diplomas que me conferían riquezas, jerarquía social, y poder secreto, o el “pleno poder de la autoridad” sin límite, y permisos y pruebas codificadas y criptogramas que atestiguaban el más alto rango, todo en otro lugar, en un país que no existía en los mapas. ¿Me sentía inseguro de algún modo? ¿Amenazado? ¿Este juego nacía quizá de una inconsciente sensación de peligro? No sé nada sobre una causa semejante.

Yo era un buen alumno. Algunos años después de la Segunda Guerra Mundial, supe gracias a un hombre mayor que había sido funcionario del sistema educativo polaco en la puguera, cuando se media el cociente intelectual de todos los estudiantes secundarios—debía de ser 1936 ó 1937—, que el mío era superior a 180, y yo había sido, en las palabras de ese hombre, el niño más inteligente del sur de Polonia. Yo no sospechaba nada de ello en el momento del test, pues no nos daban a conocer los resultados. Al menos en este sentido, pues, fui una excepción a la regla media. Pero este C.I. excepcionalmente alto por cierto no era una ayuda para sobrevivir a la ocupación alemana en el *Generalgouvernement* (unidad administrativa a que los alemanes habían reducido Polonia). En ese periodo aprendí de un modo muy práctico y personal que yo no era “ario”. Sabía que mis antepasados eran judíos, pero no sabía nada sobre la fe mosaica y, lamentablemente, nada en absoluto sobre la cultura judía. De modo que en rigor fue la legislación nazi lo que me hizo advertir que yo tenía sangre judía en las venas. Sin embargo, logramos evadir el encierro en el

ghetto. Con documentos falsos, mis padres y yo sobrevivimos a esa orfandad.

Pero volvamos a mi infancia en la Polonia de puguera. Mis primeras lecturas fueron bastante curiosas. Eran los libros de anatomía y los textos médicos de mi padre, en los cuales me memoraba cuando apenas sabía leer, y los entendía aún menos porque la biblioteca profesional de mi padre consistía en libros en alemán o en francés. Sólo las novelas estaban en polaco. Las imágenes de esqueletos, de cráneos humanos prolijamente diseccionados, de cerebros humanos dibujados con precisión en muchos colores, de intestinos en frascos embellecidos con mágicos nombres latinos, me brindaron el primer contacto con el mundo de los libros. Hurgar en la biblioteca de mi padre, desde luego, me estaba estrictamente prohibido, y por eso mismo me atraía, por lo prohibido y misterioso. No debo olvidarme de mencionar el hueso humano real que había detrás de las puertas de vidrio de la biblioteca de mi padre. Era un hueso del cráneo—*ostemporis*—extraído durante una trepanación; quizá era un recuerdo de la época en que mi padre estudiaba medicina. Varias veces sostuve ese hueso en las manos, sin sentir nada especial. (Tenía que robar la llave de mi padre para poder hacerlo.) Sabía lo que era, pero no me asustaba. Sólo me intrigaba. Su ámbito—las hileras de grandes tomos de textos médicos—me parecía muy natural, pues un niño, como carece de pautas de comparación, no diferencia entre lo trivial o vulgar y lo insólito. Ese hueso—o, mejor dicho, su doble ficticio—se encuentra en otra novela mía, *Memorias encontradas en una bañera*. En ese libro, el hueso se transformó en

un cráneo entero, limpiamente cercenado de un cadáver, que un médico tenía en su pabellón, una de las muchas etapas en la odisea del héroe por un edificio laberíntico. Mi tío, el hermano de mi madre, tenía un cráneo completo como ése, pues él también era médico. Lo asesinaron dos días después que la Wehrmacht entró en Lemberg. (En esa época, varios polacos no judíos murieron también, en general profesores universitarios, y Boy-Zelenski, uno de los más famosos escritores polacos; fueron capturados en sus casas durante la noche y fusilados.)

Ahora bien, ¿qué conexión objetiva y extrínseca—es decir, no una imaginada por mí y consistente en meras asociaciones—podía existir entre la fascinación de un niño por las partes de un esqueleto humano y la época del Holocausto? ¿Era este significativo y adecuado presagio una cuestión de concatenaciones del azar, de pura coincidencia? En mi opinión, lo era. No creo en el destino manifiesto o predeterminación. En vez de una armonía preestablecida bien puedo imaginar (basándome en mi experiencia vital) una desarmonía preestablecida que termina en caos y locura. En todo caso, mi niñez fue por cierto apacible y armónica, sobre todo comparada con lo que ocurrió en los años siguientes.

Me convertí en un ratón de biblioteca y leía todo lo que llegaba a mis manos: los grandes poemas nacionales, novelas, libros de divulgación científica. (Aún hoy recuerdo un libro de esa especie que me regaló mi padre; valía setenta zlotys—el precio estaba escrito adentro—y esa cifra era entonces una fortuna; por setenta zlotys uno podía com-

pararse un traje. Mi padre me consentía.) Además —aún lo recuerdo— miraba con agudo interés los genitales masculinos y femeninos reproducidos en los libros de anatomía de mi padre. El pubis femenino me impresionaba especialmente. Me parecía una cosa arácnida, no precisamente nauseabunda pero sí algo incapaz de despertar sensaciones eróticas. Creo que más tarde, en mi adolescencia, fui sexualmente normal. Pero como mis subsiguientes estudios de medicina incluyeron la ginecología, y como incluso fui obstetra por un mes en un hospital, asocio la pornografía de hoy no con el deseo sexual y el afán de copular sino con las figuras anatómicas de los tomos de mi padre, y con mis propias revisiones ginecológicas. La sola idea de que un varón se excite viendo genitales femeninos me resulta extravagante. Sé muy bien que se trata de la libido —los instintos incorporados en nuestros sentidos y preprogramados por la evolución—, pero el deseo de sexo sin amor me parece comparable a la necesidad irresistible de comer sal y pimienta en cucharadas porque los platos sin sal ni pimienta carecen de sabor. No siento repulsión, pero tampoco atracción, mientras no exista un vínculo erótico específico de lo que se llama amor.

A los ocho años me enamoré de una niña. Jamás le dije una palabra, pero a menudo la observaba en un parque cercano a nuestra casa. La niña no tenía idea de mis sentimientos, y lo más probable es que jamás haya reparado en mí. Fue un amor ardiente y duradero, divorciado de toda circunstancia real, aun de la esfera de toda suerte de expresión de deseos. Yo no tenía interés en ser amigo

de ella. Mis emociones se limitaban a una adoración distante; aparte de ello, no había absolutamente nada. Que los psicoanalistas tomen como quieran estos sentimientos infantiles. Yo no haré más comentarios sobre ellos, pues opino que semejante episodio puede interpretarse de cualquier modo que a uno le parezca.

Al principio mencioné los opuestos de azar y orden, y coincidencia y predestinación. Sólo cuando escribí *El castillo* me puse a pensar que mi destino —mi profesión de escritor— ya estaba brotando en mí cuando miraba esqueletos, galaxias en tomos de astrofísica, imágenes de reconstrucciones de los monstruosos saurios extinguidos del Mesozoico, y cerebros humanos multicolores en manuales de anatomía. Tal vez esas circunstancias externas —esos impulsos e impresiones sensoriales— contribuyeron a moldear mi sensibilidad, pero eso es mera especulación.

No sólo imaginaba reinos y marcas fantásticas sino que también hacía inventos y creaba mentalmente animales prehistóricos inauditos para los paleólogos. Por ejemplo, inventé un avión con forma de espejo cóncavo gigante, con una caldera situada en el foco. La circunferencia del espejo estaba erizada de turbinas y rotores para permitir que se elevara, como un helicóptero, y la energía para todo ello derivaba de la radiación solar. Se suponía que ese engendro extravagante volaba a gran altura, muy por encima de las nubes y, desde luego, sólo durante el día. E inventé algo que ya existía hacía mucho tiempo, sin que yo lo supiera: el engranaje diferencial. También dibujaba muchas

cosas graciosas en mis gruesos cuadernos, entre ellas una bicicleta donde uno subía y bajaba al andar, como en un caballo. Hice poco vi en alguna parte algo parecido a esa bicicleta imaginaria, creo que en la publicación inglesa *New Scientist*, aunque no estoy seguro.

Creo que es significativo que nunca me molestara en mostrar mis bocetos a otras personas: en verdad, los ocultaba, tanto a mis compañeros como a mis padres, pero ignoro por qué actuaba de ese modo; quizá se trataba de una afición infantil por lo misterioso. Lo mismo ocurría con mis "pasaportes", certificados y permisos que, por ejemplo, me permitían entrar en escondrijos de tesoros subterráneos. También suponía que tenía miedo al ridículo, pues aunque sabía que esas cosas eran sólo un juego, las tomaba con gran seriedad. Divulgué parte de este mundo de la infancia en el libro que ya he mencionado, *El castillo*, que sin embargo sólo contiene una pequeña parte de mis recuerdos. ¿Por qué? Puedo responder a esa pregunta al menos parcialmente. Primero, en *El castillo* yo quería transportarme al niño que había sido, y comentar la infancia empuñándome en no verla desde una posición adulta. Segundo, durante su período de gestación el libro generó una estética normativa específica similar a un proceso de autoorganización, y había ciertos recuerdos que no armonizaban con este canon. No se trataba de que yo quisiera ocultar ciertas cosas a causa, por ejemplo, de un sentimiento de culpa o vergüenza; pero había recuerdos que no congeniaban con el patrón que yo presentaba como mi infancia. Yo quería (algo imposible de lograr) extraer la esencia de mi

niñez, en su forma pura, de mi vida entera: arrancar, como quien dice, los subsiguientes estratos superpuestos de guerra, genocidio y exterminio, de noches en refugios durante las incursiones aéreas, de existir con una identidad falsa, del ocultamiento, de todos los peligros, como si nunca hubieran existido. Pues en verdad nada de ello había existido cuando yo era niño o aún cuando era un adolescente de dieciséis años en la escuela secundaria. Pero di un indicio de tales exclusiones en la novela misma. No recuerdo exactamente dónde, pero indiqué que yo debía o quería excluir ciertas cuestiones, intercalando el comentario de que cada ser humano es capaz de escribir varias autobiografías asombrosamente distintas, de acuerdo con el punto de vista elegido y el principio de selección.

El significado de las categorías de orden y azar en la vida humana me quedó grabado en los años de guerra de un modo puramente práctico e instintivo; me parecía más a un animal perseguido y acechado que a un ser humano pensante. Aprendí mediante duras experiencias que la diferencia entre la vida y la muerte dependía de aparentes nimiedades y decisiones mínimas: si uno elegía tal o cual calle para ir a trabajar; si uno visitaba a un amigo a la una o veinte minutos más tarde; si uno encontraba una puerta abierta o cerrada. Al mismo tiempo, no puedo afirmar que al seguir mi instinto de autoconservación empleara siempre una estrategia reflexiva de extrema cautela. Por el contrario, me expuse en varias ocasiones al peligro, a veces porque lo creí necesario pero otras por mera inconsciencia o idiotez. De modo que hoy, cuando pienso en esos patrones

de conducta tan estúpidamente osados, aún me intriga y desconcierta que yo actuara de esa manera. Rara munición del Beutepark der Luftwaffe (el depósito donde la fuerza aérea alemana guardaba su botín) de Lvov y entregárselas a un desconocido, alguien de quien yo sólo sabía que era miembro de la Resistencia, me pareció un deber. (Estaba en condiciones de hacerlo porque, como empleado de una compañía alemana, tenía acceso a ese depósito.) Pero cuando me pidieron que transportara algo —en este caso, un arma— de un sitio a otro poco antes del toque de queda, y me ordenaron estrictamente no tomar el tranvía (debía caminar), no obstante desobedeci y me trepé al estribo de un tranvía, y un “negro”, un policía ucraniano, miembro de la policía auxiliar de las fuerzas de ocupación alemanas, saltó al mismo estribo detrás de mí y me pasó el brazo alrededor para asir las agarraderas. Pude tener un mal fin si el policía hubiera tanteado el arma. Mi acto fue insubordinado, irreflexión y locura, todo en uno, pero sin embargo lo hice. ¿Fue un desafío al destino o mera terquedad? Aún hoy no estoy seguro. (Me resulta más fácil comprender por qué visitaba el ghetto varias veces, aunque era arriesgado, cuando aún estaba oficialmente abierto a los visitantes. Tenía amigos allí. Por lo que se, todos, o casi todos, fueron trasladados a los hornos de gas de Belzec en el otoño de 1942.)

Ha llegado el momento de preguntarse si lo que he contado hasta ahora tiene alguna relevancia, en el sentido de guardar alguna relación directa y causal con mi profesión de escritor, o con el tipo de cosa que he escrito, excluyendo,

desde luego, los trabajos autobiográficos como *El castillo*. Creo que esa relación causal existe, que no es mero azar que yo atribuya en mi obra un papel tan destacado al azar como modelador del destino humano. He vivido en sistemas sociales radicalmente distintos. No sólo he experimentado las enormes diferencias entre la pobre pero independiente Polonia capitalista (si corresponde llamarla así) de preguerra, la *Pax Sovietica* en los años 1939-41, la ocupación alemana, el regreso del Ejército Rojo, y los años de posguerra en una Polonia muy diferente, pero al mismo tiempo llegué también a entender la fragilidad que todos los sistemas tienen en común, y aprendí cómo se comportan los seres humanos en condiciones extremas, cuán imprevisibles se vuelven bajo una presión enorme, de modo que casi nunca es posible predecir su conducta.

Recuerdo bien mis sentimientos cuando leí *El planeta del señor Sammler* de Saul Bellow. Ese libro me pareció muy bueno, tan bueno que lo leí varias veces. De veras. Pero la mayor parte de las cosas que el señor Bellow atribuía a su héroe, el señor Sammler —sus experiencias en una Polonia ocupada por los alemanes—, no me sonaban bien. El hábil novelista debió de hacer cuidadosas investigaciones antes de empezar la novela, y cometió un solo error flagrante, dar a una mucama polaca un nombre que no se usa en Polonia; este pequeño error pudo corregirse con una tachadura. Lo que no me sonaba bien era el “aura”, ese algo indescriptible que puede expresarse en el lenguaje quizá sólo si uno ha experimentado en persona la situación específica que se describe. El problema de la novela no es la improba-

bilidad de acontecimientos específicos. En esa época ocurrían las cosas más improbables e increíbles. Es una impresión general, que me produce la sensación de que Bellow supo esas cosas de oídas y estaba en la situación del investigador que recibe las partes de un ejemplar empacadas en cajas separadas y luego trata de juntarlas. Es como si el oxígeno, el nitrógeno, el vapor de agua y la fragancia de las flores estuvieran mezclados como para evocar y revivir el tono específico de cierta parte de un bosque a cierta hora de la mañana. No sé si algo así sería totalmente imposible, pero sin duda sería tremendamente difícil. Algo está mal: una falsedad minúscula se coló en el compuesto. Esos días han pulverizado y destruido todas las convenciones narrativas que se usaban previamente en literatura. La futilidad insonable de la vida humana bajo el flagelo del asesinato masivo no puede comunicarse mediante técnicas literarias donde los individuos o pequeños grupos de personas forman el centro de la narración. Es, tal vez, como si alguien tratara de brindar la más exacta descripción de las moléculas que componían el cuerpo de Marilyn Monroe para comunicar la impresión que ella causaba. Eso sí sería imposible. Ignoro, desde luego, si empecé a escribir ciencia ficción a causa de esta limitación narrativa, pero supongo —y ésta es una declaración un tanto audaz— que empecé a escribir ciencia ficción porque ella trata sobre los seres humanos como especie (o, mejor dicho, sobre todas las especies posibles de seres inteligentes, una de las cuales es la especie humana). Al menos debería tratar sobre toda la raza, y no sólo, sobre

individuos específicos, sean santos o monstruos.

Es probable que después de mis tentativas de novato —es decir, después de mis primeras novelas de ciencia ficción— yo me rebelara por la misma razón, las limitaciones narrativas, contra los paradigmas del género desarrollados y fosilizados en Estados Unidos. Pues en la medida en que yo desconocía la ciencia ficción actual —y la desconocí por mucho tiempo, porque hasta el año 1956 ó 1957 era casi imposible conseguir libros extranjeros en Polonia— creía que tenía que ser un nuevo desarrollo de la posición inicial tomada por H. G. Wells en *La guerra de los mundos*. Él adoptó una posición de general desde donde podía contemplar a toda la raza humana en una situación extrema. Anticipó un futuro plagado de desastres, y debo admitir que estaba en lo cierto. Pude confirmar su comprensión de la psicología humana durante la guerra, cuando leí su novela varias veces.

Hoy opino que mis primeras novelas de ciencia ficción carecen de todo valor (al margen de que tuvieron generosas ediciones en todas partes y me dieron fama mundial). Escribí esas novelas —*Los astronautas*, por ejemplo, que se publicó en 1951, y trataba sobre una expedición al planeta Venus desde una Tierra cándidamente utópica— por razones que aún hoy puedo entender, aunque la trama y el mundo que pintaban contradecían mi experiencia de la vida hasta ese momento. En esos libros el mundo maligno de la realidad era anegado por una marejada de bondad. En los años de posguerra sólo parecía existir esta alternativa: la esperanza o la desesperación, un optimismo histórica-

mente insostenible o un escepticismo justificado que podía caer fácilmente en el nihilismo. Desde luego, yo quería abrazar el optimismo y la esperanza.

Sin embargo, mi primera novela fue realista, y quizá la escribí para librarme de los recuerdos de la guerra, como quien dice, para expulsarlos como pus, para quitarme de encima su peso sofocante. Pero quizá también escribí ese libro para no olvidar; un motivo bien podría combinarse con el otro. La novela se llama *El hospital de transfiguración*, y trata sobre la lucha del personal de una clínica mental para evitar que los ocupantes alemanes maten a los internos. Un resaca alemán aventuró la opinión de que era una especie de continuación de *La montaña mágica* de Thomas Mann. Lo que en Mann era sólo un portento —apenas el atisbo de un relámpago entonces casi invisible, pues los horrores por venir aún estaban ocultos detrás del horizonte de los tiempos— en mi novela resulta ser el último círculo del infierno, el desenlace lógico de la vaticinada “decadencia de Occidente” en los exterminios masivos. La aldea, el manicomio, los médicos, nada de eso existió. Los lugares y personajes son de mi invención. Pero las personas con trastornos mentales, y muchas otras, fueron asesinadas masivamente en la Polonia ocupada. Escribí *El hospital de transfiguración* en 1948, mi último año de estudiante. Sin embargo, no pudo publicarse hasta 1955, pues no se adaptaba a las pautas ya reinantes del realismo socialista. Entretanto, yo estaba, como puedo decir sin exagerar, muy ocupado.

En 1946 nos mudamos de Lvov a

Cracovia, pues habíamos perdido todas nuestras pertenencias durante la guerra. Mi padre, que tenía setenta y un años, estaba obligado a seguir trabajando en el hospital a causa de estos reverses; no tenía modo de instalar su propio consultorio. Todos —mi padre, mi madre y yo— vivíamos en un cuarto de Cracovia, y mi padre no tenía medios para comprarse el equipo. Por puro azar, supe cómo podía ayudar a nuestra familia económicamente: escribí varios cuentos largos para un semanario folletinesco que presentaba una historia completa en cada número. Considerados como *thrillers*, no eran tan malos. Aparte de eso, escribí poemas; se publicaron en *Tygodnik Powszechny*, el semanario católico de Cracovia. Y dos novelas cortas —no precisamente ciencia ficción, pero relacionadas con la fantasía— y varias cosas más en diversas publicaciones. Pero aún no tomaba mis escritos muy en serio.

En 1947, a los veintiséis años, me nombraron ayudante de investigación de una organización llamada Círculo para la Ciencia de la Ciencia (Konwersatorium Naukoznawcze), fundada por el doctor Mieczysław Chojnowski. A él le presenté mis trabajos más queridos: una teoría de las funciones cerebrales inventada por mí, y un tratado filosófico. Dijo que ambos eran un disparate pero me tomó bajo su tutela. Así me vi obligado a leer textos de lógica, metodología científica, psicología, psicotecnología (la teoría de los tests psicológicos), la historia de las ciencias naturales, y muchas otras cosas. Aunque no sabía inglés, tuve que arreglármelas con textos en inglés. Estos libros resultaron tan interesantes que tuve que descifrar-

los, diccionario en mano, como Champollion descifró los jeroglíficos. Como había aprendido francés en casa, y latín y alemán en la escuela, y entendía algo de ruso, de algún modo me las arreglé. Pero aún hoy sólo entiendo el inglés escrito. No hablo el idioma ni lo entiendo cuando lo hablan. Para el mensuario *Zycie Nauki* (“La vida de la ciencia”), compilaba investigaciones de publicaciones científicas, desde el punto de vista de la ciencia de la ciencia. Así me involucré en el endiablado caso Lysenko, pues en mi investigación resumí la controversia entre él y los genetistas soviéticos “de manera tendenciosa” (como lo expresó el informe del ministerio a cargo de las universidades). Sostuve que la doctrina de Lysenko sobre la herencia de los caracteres adquiridos era descabellada, y los años me dieron la razón, pero mi toma de posición tuvo consecuencias dolorosas para nuestro mensuario. Algo similar ocurrió un poco más tarde, cuando percibí en la cibernética de Wiener y Shannon una nueva era, no sólo para el progreso tecnológico sino para la civilización en general. En esa época, en nuestro país se consideraba que la cibernética era una “seudociencia falaz”.

En esos años yo estaba muy bien informado sobre los últimos desarrollos de las diversas ciencias, pues el círculo de Cracovia funcionaba como una especie de agencia de *clearing* para la literatura científica procedente de Estados Unidos, y en cierta medida de Canadá, para todas las universidades polacas. De los paquetes de libros recibidos yo tomaba todos los trabajos que me despertaban interés, incluido *El uso humano de los seres humanos* de Wiener. De

noche lo leía todo vorazmente, para poder pasar los libros cuanto antes a la gente a la que estaban destinados. Basado en estas lecturas, escribí esas novelas mías que aún puedo reconocer sin vergüenza: *Edén* (1959), *Solaris* (1961), *El Invenible* (1964), etc. Ellas incorporan problemas cognitivos en ficciones que no simplifican excesivamente el mundo, como mis primeras e ingenuas novelas de ciencia ficción. Mi padre murió en 1954, y a fines de la década del 50 pude comprar una pequeña casa para mi esposa y yo, en los suburbios de Cracovia, donde aún vivimos. (Cerca de esta casa hay una casa más grande en un terreno más grande que se está construyendo para nosotros mientras escribo estas líneas.)

A fines de la década del 60 establecí el primer contacto con mi futuro agente literario y espíritu afín, Franz Rotenstein, de Viena. Los dos escribíamos entonces muchos ensayos críticos, a menudo polémicos, para los fanzines (es decir, revistas de aficionados) anglo norteamericanos de ciencia ficción, sobre todo para la australiana *SF Commentary* de Bruce Gillespie; ello nos otorgó cierta popularidad, aunque negativa, en el ghetto de la ciencia ficción. Hoy opino que perdíamos el tiempo. Al principio me resultaba totalmente incomprensible que tantos autores erigieran, *viribus unitis*, una cárcel común para la ciencia ficción. Creía que tan sólo por la ley del gran número tenía que haber un grupo considerable en la cima, en lo que concernía a capacidad para escribir y conocimientos científicos. (Para mí, la ignorancia científica de la mayoría de los escritores de ciencia ficción norteamericanos era tan inex-

plicable como la abominable calidad literaria de su producción.)

Estaba en un error, pero me llevó un largo tiempo reconocerlo. Como lector, esperaba algo como lo que se denomina, en los procesos evolutivos de la naturaleza, especiación: una nueva especie animal generando una radiación divergente, en abanico, de otras especies nuevas. En mi ignorancia, creía que la época de Verne, Wells y Stapledon era sólo el comienzo, pero no el comienzo de la decadencia de la soberana individualidad del autor. Cada uno de esos hombres creó algo no sólo radicalmente nuevo para sus tiempos sino muy distinto de lo que hacían los otros. Todos tenían mucho espacio de maniobra en el campo de la especulación, porque el campo acababa de inaugurarse y aún faltaban autores y libros. Cada uno de ellos entró en la tierra de nadie desde una dirección diferente e hizo suya alguna provincia de esta *terra incognita*. Sus sucesores, por el contrario, hicieron cada vez más concesiones a la multitud. Fueron obligados a transformarse en hormigas dentro de un hormiguero, o industriosas abejas, que construyen una celda diferente en el panal, pero cada celda es similar. Tal es la ley de la producción masiva. Así, la distancia entre las obras individuales de ciencia ficción no ha aumentado, como yo esperaba erróneamente, sino que ha disminuido. La sola idea de que un Wells o un Stapledon pudieran escribir, alternativamente, fantasías visionarias y típicas novelas de suspenso me resulta absurda. Sin embargo, para la próxima generación de autores esto era totalmente normal. Wells y Stapledon son comparables a los inventores del átomo y las

damas. Descubrieron nuevas reglas de juego, y sus sucesores han aplicado estas reglas con meras variaciones, menores o mayores. Las fuentes de innovación se han secado paulatinamente. Han surgido híbridos (la *science fantasy*) y los patrones y esquemas de la forma literaria se han aplicado de una manera mecánica y rígida.

Para crear algo radicalmente nuevo era preciso avanzar en otro campo de posibilidades. Creo que en el primer período de mi carrera escribí cosas puramente secundarias. En el segundo período (*Solaris, El Invencible*) alcancé los confines de un campo que en conjunto ya estaba casi totalmente explorado. En el tercer período —cuando escribí, por ejemplo, reseñas de libros inexistentes y prólogos de trabajos que serían publicados “en algún momento del futuro pero que aún no existen”—dejé los terrenos ya explotados y entré en un terreno nuevo. Esta idea se explica mejor con un ejemplo específico. Hace dos años escribí un librito llamado *Provocación*. Era la reseña de un hecho ficticio en dos volúmenes atribuido a un historiador y antropólogo alemán inexistente a quien llamé Aspernicus. El primer volumen se titula *Endlösung als Erlösung* (“La solución final considerada como redención”), el segundo *Fremdkörper Tod* (“Muerte del cuerpo extraño”). El trabajo es una singular hipótesis historiosófica sobre las raíces aún no reconocidas del Holocausto, y el papel que la muerte, especialmente la muerte masiva, ha desempeñado en las alturas de todos los tiempos hasta el día de hoy. La calidad literaria de mi crítica ficticia (que es bastante larga, de lo contrario no habría llenado un pequeño

libro) no viene al caso aquí. Lo que cuenta es el hecho de que hubo historiadores profesionales que tomaron mi extravagancia por la reseña de un libro real, según lo atestiguan los intentos de algunos por conseguir el “libro”. A mi juicio, *Provocación* también es ciencia ficción en cierto modo; trato de no limitar el significado del nombre de esta categoría literaria sino más bien de expandirlo.

Nada de lo que he escrito fue planeado abstractamente desde el comienzo, para luego cobrar cuerpo en una forma literaria. Tampoco puedo afirmar que tuve el propósito de descubrir otros campos de desarrollo, que me propuse buscarlos para mi imaginación. Pero puedo decir algo sobre la concepción de una idea, el estado de gravedad, los dolores del alumbramiento, aunque no del modo en que podría conocer la composición genética del embrión y saber cómo se transforma en un fenotipo, la obra concluida. Aquí, en el reino de la “embriogénesis” de mi escritura, se han desarrollado considerables diferencias en el curso de treinta y seis años.

En mis primeras novelas (que reconozco como más sólo a regañadientes) planeaba y construía según un diseño total. Escribí las novelas del grupo *Solaris* del mismo modo, que yo mismo no sé explicar. Crecían desde la nada. La terminología del nacimiento que he utilizado más arriba puede parecer poco adecuada, pero es bastante apta. Aún puedo señalar los pasajes de *Solaris* y *Retorno de las estrellas* donde me encontré, mientras escribía, en la posición de un lector. Cuando Kelvin, el narrador de *Solaris*, llega a la estación que flota sobre el

planeta Solaris y la encuentra despoblada de seres humanos, y cuando se pone a buscar a la dotación y encuentra al científico Snow, que se aterrera cuando ve a Kelvin, no tenía idea de por qué nadie esperaba su llegada, o por qué Snow se portaba de modo tan singular; en verdad, no tenía idea de que un “océano viviente” cubriría el planeta entero. Todo esto me fue revelado tal como al lector se le aclaró durante la lectura del libro, con la sola diferencia de que fui yo quien escribió la novela. Y en *Retorno de las estrellas* me topé con una pared cuando el astronauta que vuelve asusta a la primera muchacha que encuentra, y luego se usa la palabra “betricización”: es el tratamiento con que los seres humanos del futuro son liberados de sus impulsos agresivos. Al principio no sabía qué significaba exactamente la palabra, pero sabía que tenía que haber una diferencia insalvable entre la civilización que el hombre había dejado al volar a las estrellas y la que encontraba al regresar. La metafora, que toma sus términos del léxico de la embriología, pues, no es descabellada, ya que una mujer embarazada sabe que lleva un embrión, pero no tiene idea de cómo ese embrión se transforma de huevo en niño. Como me considero un racionalista, me disgustan tales confesiones, y preferiría poder decir que sabía todo lo que hacía, o al menos una buena parte de ello, de antemano, y que lo planeé y diseñé, pero *amicus Plato, sed magis amica veritas*.

No obstante, algo puede decirse sobre mi método creativo. Primero, no hay una correlación positiva entre la espontaneidad de mi escritura y la calidad del trabajo resultante. Di nacimiento a

Solaris y *Retorno de las estrellas* de un modo similar, pero pienso que *Solaris* es un buen libro y *Retorno de las estrellas* un libro pobre, porque en el segundo los problemas subyacentes del mal social y su eliminación se tratan de un modo demasiado primitivo, demasiado improbable, y no sin falsedad. (Aun si el mal infligido a otros con toda intención pudiera eliminarse farmacológicamente —la principal premisa del libro—, ninguna sustancia química u otra influencia sobre el cerebro podría hacer que los malos efectos no deseados de todas las dependencias, conflictos y contradicciones sociales desaparecieran del mundo, tal como un insecticida elimina una plaga.) Segundo, la espontaneidad creativa no es siquiera una garantía de que existirá el desarrollo cierto de toda una narración, es decir una trama que pueda terminarse sin forzarla: son más los relatos inconclusos que he guardado o tirado al cesto de papeles que los que he presentado a los editores. Tercero, este proceso de escritura, que se caracteriza por los marcados signos de una creación por ensayo y error, siempre ha sido obstruido por bloques y callejones sin salida que me obligaron a replegar; a veces hubo incluso un agotamiento de la materia prima —los múltiples recursos necesarios para un nuevo crecimiento— almacenados en alguna parte de mi cerebro. No pude terminar *Solaris* en un año entero, y sólo pude hacerlo cuando de pronto aprendí —de mí mismo— cómo tenía que ser el último capítulo. (Y entonces me llamó la atención no haberlo advertido desde el principio.) Y cuarto, aun lo que escribí espontáneamente nunca recibió su forma final en el primer

impetu de trabajo. Jamás he escrito un trabajo voluminoso (es diferente con los cuentos) "linealmente" y sin contramarchas; más bien, en las pausas entre una sesión y otra —pues por razones puramente fisiológicas es imposible estar todo el tiempo ante la máquina de escribir— tenía ideas nuevas que enriquecían lo ya terminado o lo que debía escribir a continuación, lo alteraban y complicaban con un nuevo giro o derivación de la trama.

La experiencia práctica —el resultado de mis desvelos de escritor a lo largo de los años— me ha enseñado a no forzar nunca lo que estoy haciendo si no ha madurado al menos parcialmente, sino a dejarlo descansar un tiempo (que pueden ser meses o aun años) y dejar que la cosa me gire en la cabeza. O hacer como una mujer grávida que sabe que un nacimiento prematuro no trae nada bueno. Esta situación, sin embargo, me ha planteado un dilema, pues como casi todos los escritores a menudo invento excusas para no escribir. Como se sabe, la pereza es uno de los principales obstáculos en el trabajo. Si esperaba a tener algo definitivo en mi cabeza, jamás crearía nada.

Mi método de creación (que preferiría llamar mi conducta de escritor) ha cambiado con los años, aunque muy despacio. Aprendí a evitar la espontaneidad pura del comienzo; que me incitaba a escribir algo aun sin tener la menor idea de lo que ocurriría —en cuanto a la trama, los problemas, los personajes, etc.—, cuando aumentaron los casos en que no podía terminar lo que había empezado. Tal vez el espacio imaginativo que se me había concedido se vació gradualmente, como un territorio

rico en petróleo, del cual el oro negro brota al principio en geiseres, no importa donde uno perfora; al cabo de un tiempo se requieren dispositivos cada vez más complicados y aplicar presión para conducir las reservas restantes a la superficie. El centro de gravedad de mi trabajo, pues, se orientó gradualmente hacia la conquista de una idea básica, una concepción, una noción imaginativa. Dejé de sentarme a la máquina de escribir cada vez que tenía un comienzo pequeño pero redondo; en cambio empecé a producir un creciente número de notas, enciclopedias ficticias y pequeñas ideas adicionales, y ello me condujo finalmente a lo que estoy haciendo ahora. Trato de conocer el "mundo" que crearé escribiendo su literatura específica, pero no para llenar estantes enteros con obras de referencia sobre la sociología y la cosmología de un presunto siglo treinta, no las minucias ficticias de expediciones científicas u otros tipos de literatura que expresen el *Zeitgeist*, el espíritu de una época y mundo extraños para nosotros. A fin de cuentas, ésta sería una tarea imposible de realizar durante el breve período de vida de un ser humano. Tampoco hago ahora lo que en principio comenzó como una broma, escribir críticas de libros inexistentes o prólogos para ellos (*Vacío perfecto*, *Un valor imaginario*). Ya no publico estas cosas sino que las utilizo para crear mi propio conocimiento de otro mundo, un conocimiento totalmente sometido a mi programa literario, en otras palabras, para bosquejar un tosco contorno que llenaré más tarde. Me rodeo, como quien dice, de la literatura de un futuro, otro mundo, una civilización con una biblioteca que es

su producto, su pintura, su reflejo. Escribo sólo breves sinopsis o bien reseñas críticas de tratados sociológicos, ensayos científicos y manuales técnicos, y describo tecnologías que han reemplazado la literatura después de su muerte definitiva, tal como la televisión volvió obsoleto el "bioscopio" de Lumière, y la televisión tridimensional volverá obsoletos los televisores de hoy. Hay también ensayos "historiosóficos", "enciclopedias de civilizaciones extrañas" y sus estrategias militares, todo ello, desde luego, en una especie de taquigrafía, pues de lo contrario necesitaría la longevidad de un Matusalén para crearlas. Es posible que publique parte de esta "biblioteca con un propósito determinado" independientemente del trabajo para el cual sirvió como marco y fuente de información.¹

¿Y de dónde obtengo todos estos datos, que adorno con títulos tan sugestivos como "La tendencia a la deshumanización en los sistemas de armamentos del siglo XXI" o "Culturología comparada de civilizaciones humanoides"?

¹ Michel Butor opinó una vez que un gran equipo de escritores de ciencia ficción debería contribuir a la construcción de un mundo ficticio creando mediante sus esfuerzos combinados su historia y su evolución natural, coronada por la aparición de la vida sentiente, y su cultura y sus sistemas filosóficos, pues tal empresa está fuera del alcance de un solo individuo. (Se suponía que esto explicaba la baja calidad, la unidimensionalidad de la ciencia ficción existente.) No tomé en serio esas palabras de Butor cuando las leí. Y sin embargo, aunque muchos años después y por mi propia cuenta, he intentado realizar la esencia básica de esa idea. Y también en Borges —en "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius"— se lee sobre una sociedad secreta que crea un mundo ficticio en todos sus detalles, con el propósito de transformar nuestro mundo en el mundo imaginado.

En cierto sentido, de mi cabeza, en otro, no. He inventado varios similes pintorescos para aclarar ante mi mismo y ante otros cómo es mi método de trabajo:

(1) Una vaca produce leche—eso es seguro—y la leche no viene de la nada. Así como la vaca debe comer pasto para poder producir leche, yo tengo que leer gran cantidad de textos científicos genuinos—es decir, una literatura no inventada por mí—y el producto final, mi escritura, difiere del alimento intelectual tanto como la leche del pasto.

(2) Así como el simio de los experimentos psicológicos de Koehler no podía alcanzar una banana que colgaba a mucha altura, y fabricó un andamiaje con desperdicios y cajas para llegar hasta la banana, yo tengo que construir en movimientos e intentos sucesivos un "andamiaje" de información al cual debo trepar para llegar a mi meta.

(3) El último simio es un poco drástico y quizá parezca demasiado primitivo, pero no obstante contiene parte de la verdad. Un inodoro tiene un tanque de agua que debe llenarse, y cuando se presiona el botón o la palanca, toda el agua baja torrenciosamente. Luego el tanque queda vacío por un tiempo, hasta que se llena de nuevo, y por mucho que se presione con impaciencia el botón o la palanca el pequeño Niágara no vuelve a precipitarse. En lo que atañe a mi trabajo, esta imagen es apropiada, en la medida en que si no siguiera enriqueciendo mi biblioteca ficticia se llegaría a un estado de agotamiento, y después de eso yo no podría sacar nada más de mi mente, mi depósito de información. Escribí *Vacío perfecto*, una compilación de quince reseñas de libros ficticios,

sin pausa, y después mi "tanque" quedó vacío. En verdad, la comparación puede forzarse un poco más. Así como al presionar el botón o la palanca del baño demasiado pronto sólo caen "Niágaras" sin fuerza, puedo exigirle un poco más después de escribir un libro como *Vacío perfecto*, pero no quedaré satisfecho con el resultado, y tiro esos restos.

Mis métodos de trabajo además se complican y enriquecen porque cada tanto he escrito trabajos cuasientíficos que no estaban destinados a ser andamiaje de la ficción sino libros independientes y serios sobre teoría literaria (aunque en términos empíricos que son extraños para los representantes de las humanidades). Y he escrito una obra como *Ciencia ficción y futurología* (1970) que es una acerba crítica a una teoría de la ciencia ficción; o *futurología escéptica*, como *Summa Technologiae* (1964), que no reúne especulaciones sobre las cosas maravillosas o terribles del futuro cercano sino intentos de llevar ciertas ideas extremas a sus últimos límites; o algo como los *Diálogos* (1957), sobre los horizontes y probabilidades de la cibernética implícitas en el sistema; o simplemente ensayos sobre temas diversos, tales como *Biología y valores* (1968), y sobre la patología del socialismo ("Cibernética aplicada: un ejemplo del campo de la sociología", 1971, en la segunda edición de *Diálogos*).² Más tarde, resultó que varias

² Añadiré el elemento autobiográfico de mis escritos discursivos a esta enumeración. En síntesis, soy un reformador del mundo que ha sufrido desencantos. Mis primeras novelas trataban sobre utopías ingenuas, porque así yo expresaba mi deseo de un mundo tan pacífico como el que describía en ellas, y son malas, en el sentido en que una expectativa

ideas que se me ocurrían mientras escribía esos trabajos y que yo usé como hipótesis y ejemplos—es decir, buena parte de lo que hallé en el camino intelectual de mi elección durante el proceso de escritura—también podían ser utilizadas en la ficción. Al principio, esto ocurría de modo totalmente inconsciente, y lo notaba sólo cuando me lo señalaban; es decir, mis críticos descubrían las similitudes y opinaban que yo oscilaba con plena conciencia entre la discusión seria y la literatura fantástica, cuando yo mismo no me daba cuenta de ese vaivén. Una vez que me llamaron la atención sobre el fenómeno, a veces estudiaba mis propios libros pensando en la posibilidad de explotación o fertilización cruzada.

Retrospectivamente, veo con claridad que en mi período intermedio escribía ficciones sin preocuparme por la existencia de alguna continuidad entre los mundos imaginados y nuestro mundo. En los mundos de *Solaris*, *Edén y Retorno de las estrellas* y no hay etapas transicionales inmediatamente obvias que conecten estos otros estados de la civilización con el detestable estado de

vana y errónea es estúpida. Mi monografía sobre la ciencia ficción y la futurología expresa mi decepción con ficciones y no ficciones que pretenden ser científicas cuando ninguna de ambas llama la atención del lector sobre la dirección en que se mueve realmente el mundo. Mi *Filosofía del azar* es un intento fallido de llegar a una teoría del trabajo literario basada en el empirismo; fue un logro en la medida en que con ayuda de este libro me enseñé a mi mismo cuáles factores causan el ascenso y caída de la suerte de las obras literarias. Mi *Summa Technologiae*, por otra parte, demuestra que aún no soy un reformador del mundo que haya renegado de sus ideales. Pues no creo que la humanidad sea un enfermo desahuciado y totalmente incurable.

cosas de la Tierra actual. Mis últimos trabajos, en cambio, muestran marcados indicios de una vuelta hacia nuestro mundo; es decir, mis últimas ficciones son intentos de establecer tales conexiones. A veces llamo a esto mi inclinación hacia el realismo en la ciencia ficción. Muy probablemente, tales tentativas, que hasta cierto punto tienen el carácter inequívoco de una retirada (una renuncia a la utopía y la distopía, extremos que o bien me repugnan o me dejan frío, tal como un médico cuando enfrenta a un enfermo incurable), nacen de la conciencia de que pronto debo morir, al menos con hipótesis, mi insaciable curiosidad por el futuro remoto de la humanidad y del cosmos. Pero esto es sólo una conjetura; sería incapaz de probarla.

Cuando le pidieron que escribiera su autobiografía, Einstein no describió las circunstancias históricas de su vida sino sus frutos más entrañables—sus teorías—porque ellas eran las hijas de su mente. No soy un Einstein, pero en este aspecto sin embargo me parezco a él, pues opino que lo más importante de mi autobiografía son mis luchas intelectuales. El resto, no mencionado hasta ahora, es puramente anecdótico.

Me casé en 1953, cuando mi esposa era una joven estudiante de medicina. Tenemos un hijo de quince años que gusta bastante de mis novelas pero aún más de la música moderna, el pop, el rock and roll, los Beatles, su motocicleta y los motores de autos. Hace muchos años que no soy dueño de mis libros y mi trabajo; más bien se diría que ellos son dueños de mí. En general me levanto poco antes de las cinco de la mañana

y me siento a escribir: estoy escribiendo esto a las seis de la mañana. Ahora soy incapaz de trabajar más de cinco o seis horas por día sin una pausa; cuando era más joven, podía escribir mientras me duraran las energías; el poder de mi intelecto sólo cedía cuando agotaba mi capacidad física. Escribo cada vez más despacio —mi autocrítica, las exigencias que me planteo, se han intensificado— pero aun soy bastante prolífico (me doy cuenta por la rapidez con que debo cambiar las cintas de máquina gastadas). Cada vez son menos las ocurrencias que considero suficientemente buenas como para someterlas a prueba por mi método de ensayo y error. Aún sé tan poco sobre cómo y dónde nacen mis ideas como la mayoría de los escritores. Tampoco creo ser uno de los mejores exégetas de mis propios libros, es decir, de los problemas típicos de ellos. He escrito muchos libros de los que aquí no he dicho una palabra (*Ciberiada*, *Historias de robots*, *Diarios de las estrellas*), que en el mapa genérico de la literatura se situarían en la provincia del humor —la sátira, la ironía y la agudeza— con un toque de Swift o la seca y mordaz misantropía de Voltaire. Es sabido que los grandes humoristas fueron personas arrastradas a la furia y la deses-

peración por la conducta de la humanidad. En ese sentido, soy uno de ellos.

Probablemente estoy tan insatisfecho como orgulloso de todo lo que he escrito: debo estar tocado por la arrogancia, pero no la siento. Sólo puedo advertirla de manera conductista, en el modo de destruir todos mis manuscritos pese a todas las tentativas y requerimientos para persuadirme de depositar esos voluminosos papeles en una universidad u otro lugar que las preserve para la posteridad. He elaborado una asombrosa explicación de esta conducta. Las pirámides fueron una de las maravillas del mundo sólo mientras se ignoraba cómo las habían construido. Los largos planos inclinados donde cuadrillas de esclavos desplazaban piedras sobre cilindros de madera fueron eliminados cuando se concluyó la obra, y así hoy las pirámides se yerguen misteriosas y solitarias en las dunas de arena del desierto. Yo trato de eliminar mi plano inclinado, mis andamiajes y otros medios de construcción, y dejar en pie sólo aquello de lo que no tengo por qué avergonzarme. No estoy seguro de que lo confesado aquí sea la pura verdad, pero he tratado de atenerme a la verdad en la medida de lo posible.

Título del original en inglés: *Chance and Order*.
© 1984, Stanislaw Lem. Traducción de Arturo Casals.

El siguiente es un aviso de CLEPSIDRA, revista cuatrimestral de filantasia y fantasofía:

Se está, en estos momentos, intentando reactivar las ediciones de libros y revistas relacionados con la fantasía y su hija tecno-predilecta: la ciencia-ficción. CLEPSIDRA nace en medio de este esfuerzo placentero pero enérgico y busca fundamentalmente diferenciarse del resto de las revistas, tanto profesionales como de aficionados, y esa diferencia pasa por su intención: la reflexión. Pero reflexión no es lo mismo que crítica, tampoco tiene que ver con cotejar indicadores que supuestamente ofrecen una "medida" del tema en cuestión. La reflexión tiene que ver con una actitud de pregunta y muchas veces se dirige (atenta) contra lo establecido, contra nuestras más caras creencias; es un hecho creativo. CLEPSIDRA también tiene relatos que, con mayor o menor dificultad, lanzan un desafío a su lector. Si usted cree que la fantasía se refiere a aquello que no existe ni existió jamás, si usted no quiere acompañar su lectura con la reflexión y prefiere los relatos llanos (chatos) y las críticas informativas; no la compre, ella no satisfará sus requerimientos. Leer CLEPSIDRA exige un esfuerzo similar al que le ha tomado a ella nacer, un esfuerzo que formará escritores a partir de la formación de lectores. El carácter reflexivo de la lectura hace la diferencia entre lo informativo y lo formativo. Esta es la invitación que CLEPSIDRA le hace. No se apure, piénselo y ojalá se anime.

Suscripción por un año: \$a 325.- Envíe giro o cheque a nombre del: TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal.

Bonificación: a cada suscriptor se le enviarán sin cargo los libros de Ediciones Filofalsia que se editen durante el tiempo que dure la suscripción y alguna que otra sorpresa. Se exceptúa de esta bonificación a la serie PARSEC.

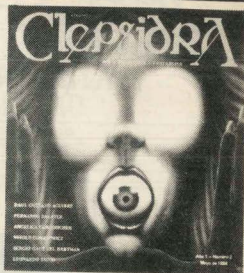
OFERTA VALIDA PARA AGOSTO DE 1984

Nota:

Si usted deseara suscribirse una vez finalizado el mes de agosto, la bonificación seguirá vigente, pero los valores de la suscripción serán: Septiembre : \$a 425.-/ Octubre: \$a 525.-/Noviembre: \$a 625.-

Favor de indicar desde qué número desea suscribirse; último número publicado: Nro. 2 (mayo de 1984).

Ediciones Filofalsia





CARLOS GARDINI

EL SINUOSO CAMINO DE LA LIBERTAD

*La salvación está
siempre del otro lado
de la frontera.*

Ilustración de Luis Scafati

Cuando llegó a la alambrada tenía los pies llagados de tanto caminar. Había andado horas y horas. No recordaba de dónde venía ni cómo había llegado allí. Su memoria era una página en blanco, y había una correspondencia perfecta entre la aridez del paisaje y el vacío de su mente. Imaginó que esas franjas irregulares de tierra estéril, esos pastizales amarillos, esas lomas chatas y ese cielo seco eran el fiel reflejo de su cerebro embrutecido por la ansiedad y el pánico.

Se sentó en una piedra, se quitó los zapatos y decidió descansar un rato antes de buscar un sitio apropiado para el cruce. Podía ver los bultos que adornaban el alambre electrificado en su tra-

yectoria sinuosa, hasta la loma donde la cerca se perdía de vista abruptamente; los cadáveres de todos los desesperados que habían intentado el cruce sin saber cómo.

Sonrió con una mezcla de piedad y cinismo. Él sabía cómo y no sería vencido por la desesperación. No recordaba cómo lo había averiguado, en la mente sólo le quedaban horas de sol que mantener, pero su memoria despojada aún conservaba el secreto. Revisó el bolso donde llevaba las herramientas, las provisiones, los papeles.

Instintivamente echó una ojeada alrededor: no había guardias. En ese desierto no había puestos en kilómetros y kilómetros, por eso muchos intentaban

el cruce en esa zona donde sólo podían sorprenderlos las patrullas esporádicas, los helicópteros con las cuadrillas de reparaciones que de vez en cuando controlaban el estado de la cerca.

Era mediodía, y tenía esperanzas de llegar al sitio apropiado antes del anochecer. Necesitaria luz para trabajar, aunque tenía el mecanismo tan grabado en la memoria que sospechaba que podría desarmarlo a ciegas.

Cuando hubo recobrado las fuerzas, echó a andar a lo largo de la alambrada, por el terreno pedregoso y polvoriento. Bajo el duro sol del mediodía, los bultos de la alambrada fueron adquiriendo mayor relieve a medida que se acercaba a ellos.

Había hombres, mujeres, niños, perros y gatos, en diferentes estados de putrefacción. Los cuerpos electrocutados habían eternizado al morir espasmos violentos, contorsiones y muecas que los transformaban en una suerte de galería donde cada espécimen competía en expresividad. Aun los cuerpos en peor estado la conservaban, en vez de pudrirse al sol beatíficamente. La pestilencia era brutal, pero para él equivalía al olor de la libertad inminente. Los cuerpos eran más un estímulo que una disuasión o un escarmiento.

Llegó a la primera fuente de alimentación cuando el sol brillaba aún en el cielo. Sabía que la electricidad de los alambres provenía de baterías instaladas cada tantos metros. El sistema permitía que los daños sufridos por un tramo de alambre no afectaran los otros tramos, y el sol del desierto era una fuente de energía barata. Sabía cómo desmontar las baterías, y descubrirlas no era difícil, porque los paneles solares centelleaban

junto a la alambrada. Felicitó irónicamente a los ingenieros que con su innovación le habían posibilitado la fuga.

Cuando llegó al primer panel, decidió descansar antes de poner manos a la obra. Se tendió junto a una roca grande donde podría ocultarse si pasaba algún helicóptero de observación. Después tendría que trabajar rápidamente.

A la media hora abrió el bolso de herramientas, se acercó al panel, levantó el casquete protector y desconectó la batería. Echó un objeto a la cerca para cerciorarse de que el alambre ya no tenía electricidad, y luego pasó cuidadosamente por debajo, tratando de no lastimarse con las púas. Después del trabajoso cruce, se puso el bolso al hombro y casi sin darse cuenta echó a andar nuevamente a lo largo de la alambrada. Curiosamente, no sintió la euforia que había esperado sino una satisfacción lenta y gradual. Le agradaba desandar por el otro lado el trayecto anterior, la sensación de que si lo descubrían no podrían hacerle daño.

Mientras caminaba, empezó a notar un detalle que antes no había advertido. Los cuerpos echados sobre la cerca podían haberse arrojado tanto de un lado como del otro. El espasmo del shock eléctrico impedía distinguirlo con claridad. Además notó que de este lado también había paneles solares que alimentaban la cerca, alternando con los del lado que acababa de abandonar. Brillaban tanto como los otros, pero por alguna razón antes no los había visto. La lenta euforia se fue transformando en una angustia creciente. Decidió alejarse de la alambrada y echó a andar hacia el nuevo horizonte, una perspectiva casi simétrica del paisaje que había del otro

lado. Anochecía, y de ambos lados de la cerca todo parecía igualmente gris y poco promisorio. El recuerdo de esos cadáveres ambiguos lo acució toda la noche en sus pesadillas, mientras dormía al pie de un árbol muerto.

Cuando despertó al amanecer, siguió internándose en su nuevo país. El sol de la mañana lo había reanimado, y había renovado sus provisiones cazando un animalito y recogiendo agua de un ri-

cho. Pero cuando al fin avistó un pueblo, la sensación ominosa que había sufrido después del cruce se agudizó. Advirtió que no podía renunciar a su tierra natal. Decidió regresar antes que alguien lo descubriera.

La mente en blanco, anduvo horas y horas. Al avistar la frontera ya ni recordaba de dónde venía. Cuando llegó a la alambrada tenía los pies llagados de tanto caminar.

© 1984, Carlos Gardini.

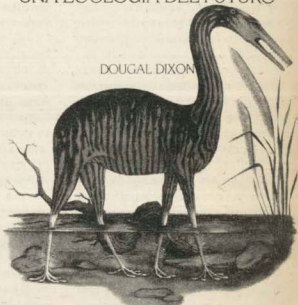


Pablo Capanna
MÁS ALLÁ DE
DARWIN

DESPUÉS DEL HOMBRE

UNA ZOOLOGÍA DEL FUTURO

DOUGAL DIXON



PRÓLOGO: DESMOND MORRIS

DOUGAL DIXON: *Después del hombre (After Man)*; prólogo de Desmond Morris; traducción de Alfredo Arche Miralles; Blume, Barcelona, 1983; 124 págs.

GORDON RATTRAY TAYLOR: *El gran misterio de la evolución (The Great Evolution Mystery)*; traducción de María Soledad Silió Galán; Sudamericana Planeta, Buenos Aires, 1984; 254 págs.

Discutido y no pocas veces negado, Thomas S. Kuhn ha dejado una lección que cada día apreciamos mejor, desde que se atreviera a introducir la sociología del conocimiento en el seno de la ciencia, hasta entonces considerada como el santuario del conocimiento objetivo, fruto de un progreso lineal e indefinido.

Kuhn ha venido a señalar lo que siempre se supo pero no siempre se dijo: que existen hechos sistemáticamente ignorados e investigadores "malditos" (más allá de los chillados de siempre) que son acallados mientras dure la vigencia de un "paradigma" o modelo de explicación de la realidad. Hasta tanto esos hechos no alcancen lo que podría llamarse una "masa crítica", el paradigma exitoso (Aristóteles, Newton o Lavoisier) se va afincando en la comunidad científica, orienta la formación de los investigadores enseñándoles qué tienen que observar, y desechando hasta los manuales escola-

res y los artículos de divulgación.

Ocurre que, como decía Popper, la ciencia es un barco que navega en alta mar y a veces es preferible tapar las vías de agua con "remiendos" antes que llevar la nave a dique seco para una reparación total. Llegan un momento, sin embargo, en que los parches son tantos que hacen difícil navegar y ponen en peligro la estabilidad del barco; entonces se produce lo que suele llamarse una crisis epistemológica, que no se resuelve hasta tanto se esboce un nuevo paradigma que explique más satisfactoriamente los fenómenos, incluyendo los hasta entonces negados. Esto ocurrió con la demolición de la física aristotélica en el siglo XVII o el cuestionamiento del modelo newtoniano por obra de la Relatividad.

Esto también parece estar ocurriendo hoy en el campo de la biología, que es sin duda el sector más dinámico de la ciencia: el paradigma de Darwin, luego de heroicas polémicas que cubrieron muchas décadas, triunfó y se ha consolidado bajo la forma de "neodarwinismo", alcanzando por momentos características de dogma incuestionable. Se sigue defendiendo la selección natural y la supervivencia del más apto como únicas claves de la evolución, aun cuando las excepciones a la regla ya son tantas que amenazan su credibilidad. El neodarwinismo tiene sus doctores, como George Gaylord Simpson; sus filósofos, como Jacques Monod, y sus apolo-

gistas, como Carl Sagan, quien lo predica desde las pantallas de televisión. Pero la investigación suele dejar atrás a todos los manuales, y ya es un secreto a voces que se sigue enseñando la interpretación neodarwinista simplemente porque no tenemos todavía una mejor, aunque sus fallas sean muchas y bien reconocidas.

Dos libros recientes, *Después del hombre* y *El gran misterio de la evolución*, sirven para ejemplificar el estado de esta cuestión, que recientemente ha venido a complicarse con factores extracientíficos y extrafilosóficos, como la aparición de una corriente "creacionista" crecida al amparo de intereses políticos, cuya aparición se explica sin embargo por la crisis del neodarwinismo.

Después del hombre, de Dougal Dixon, es un ejercicio de darwinismo aplicado en forma de construcción deductiva o extrapolación lógica a partir de premisas conocidas: un libro entre ciencia ficción y manual didáctico construido para sostener la creencia de que el enterro proceso evolutivo se explica en función de unas pocas leyes: los átomos y el vacío, como decía Demócrito, el azar y la necesidad, como recuerda Monod.

El gran misterio de la evolución es la última obra de un gran divulgador e iconoclasta, Gordon Rat-tray Taylor, que se empeña casi maliciosamente en poner en descuberto todos los puntos oscuros del neodarwinismo; no propone un nuevo modelo, porque es consi-

ciente de sus limitaciones, pero aspira a reactivar criterios adormecidos y rastrear las orientaciones actuales que apuntan más allá de la cuestión.

Ya había tenido ocasión de referirme al libro de Dixon hace un año, cuando apareció en su versión original (cfr. "Zootología fantástica" en *Minotauro* 2, julio 1983). Una lujosa y cuidada edición española nos permite ahora examinarlo, con todo su despliegue de bellas ilustraciones e ingeniosos textos.

Su prologuista, Desmond Morris, se declara adicto a este tipo de conjeturas, y lamenta no haber sido él quien escribiera el libro. Nada se dice de Sagan, pero es de presumir que se sentirá igualmente satisfecho; no así Adrian Berry, cuyas delirantes proyecciones sobre una especie humana endiosada, transformadora de soles y sistemas planetarios están en las antipodas de este frío ejercicio de biología hipotética que hace de la humanidad un accidente sin consecuencias.

Un poco en la línea de Dawkins y de los sociobiólogos, Dixon ve efectivamente al hombre como un accidente, e incluso algo negativo para la evolución, un paréntesis que pronto se cerrará con la extinción de la especie, para permitir que se reanuden los eternos procesos de selección y adaptación.

En su introducción, empieza afirmando que la evolución es un proceso de perfeccionamiento, pero

excluye al hombre, por "el ruinoso efecto" que ha tenido sobre los ecosistemas naturales. La desaparición del hombre permitirá, a su criterio, "que la evolución vuelva a funcionar, reparando los daños y rellenando los huecos causados".

Dixon se traslada pues a un período situado cincuenta millones de años después de la desaparición del hombre, cuya caída atribuye no sólo a los desastres ecológicos sino a la intervención de la medicina, que al favorecer la superpoblación llevó la especie más allá de sus límites naturales, hasta que los recursos se hicieron insuficientes y, tras una acelerada decadencia, el hombre se extinguió.

Para construir su mundo del remoto futuro, Dixon sólo parte del hecho de la deriva de los continentes, que habrá de trazar un mapa bastante distinto del actual. Dentro de cincuenta millones de años, África, Europa, Asia, Australia y Norteamérica forman una masa continua situada más al norte que ahora. Fuera de ellas, América del Sur es una inmensa isla-continente; otras grandes islas son Pascua y Batavia, en el Pacífico, y Lemuria, desprendida del África Oriental, en el Índico. La Antártida no parece haberse movido.

Partiendo de estos datos geográficos, Dixon deduce los climas que resultarán y se lanza a especular sobre el trabajo que habrán hecho las fuerzas de la evolución libradas a sí mismas luego de eliminar las distorsiones causadas por el hombre, llenando las vacantes

ecológicas que dejaron las especies aniquiladas por aquél y trabajando a partir de animales muy resistentes al hombre, como conejos y ratas. En cuanto al mundo vegetal, hay una sola referencia, que pronostica la aparición de plantas "vivíparas".

Aquí cabe decir una vez más que si bien cincuenta millones de años son una cifra adecuada para cualquier tipo de especulación, la desaparición hipotética del hombre no basta para eliminar los cambios que éste ya ha introducido y seguirá sin duda introduciendo, especialmente la radioactividad y la contaminación.

Dixon parece partir del supuesto de que la evolución hacia la conciencia no se reanudarà a partir de otra especie: sólo se forman perfectos ecosistemas de herbívoros, carnívoros y parásitos, adaptados a su entorno pero carentes de inteligencia superior. Los primates, en particular, no vuelven a desarrollar la inteligencia y se adaptan como anfibios, predadores o lemuridos.

El libro de Dixon no sólo se compone de hermosas láminas y textos explicativos; al comienzo, más de treinta páginas introductorias explican sus premisas científicas de un modo sugientemente didáctico: genética celular para señalar cómo se producen las variaciones, selección natural para explicar cómo se fijan, etología y ecología para no omitir el papel del medio en la adaptación. Luego, recapitula las grandes etapas de la vida del planeta: la "sona" primitiva de los

orígenes, los peces, los reptiles, los mamíferos, y luego del hombre un segundo florecimiento de estos. Todo un libro de texto condensado, que se completa con un epílogo sobre el futuro de la vida: es la única vez donde aparece el hombre en un diagrama.

El resto es para mirar y admirar, pues su ingenio es admirable pese a lo discutible de sus premisas. Dixon divide el estudio de sus animales hipotéticos según los hábitos que van a ocupar. Provisto del planisferio futuro, determina los climas en función de la latitud y se lanza a especular sobre las especies que poblarán esos ambientes, sus cadenas alimentarias y sus formas especializadas.

Según ese mapa, la provincia de Buenos Aires estará por entonces en la zona de bosques y praderas templadas, al igual que Europa. Aquí, como materia prima de la evolución, Dixon toma las especies más resistentes al hombre y con más posibilidades de sobrevivir. De los conejos actuales derivan los "conejillos", especie de cérvidos, entre los cuales no falta la variedad ártica semejante a la llama. De las ratas actuales derivan los predadores que equivalen a nuestros lobos, llamados "falangos", que por supuesto atacan a los conejillos. Hay nuevos modelos de murciélagos (el "pr") y de musarañas con pico (el "piciquigo"). Por las zonas anegadizas anda un curioso mamífero zancudo (el "canizanco") que se yergue sobre largas patas y pesca con una

trompa alargada como el pico de un ave.

En los bosques de coníferas, los conejillos se han transformado en "capicornos" de cuernos y pico parecidos a una topadora mecánica; en el Ártico, las ratas se han convertido en el equivalente de osos polares (el "barbudote") o de mamuts y bisontes (los "gigantiotopes").

En las praderas sudamericanas, además de un curioso pájaro que abre el pico para parecerse a una flor (el "poto florido") hallamos los "patudos", especie de canguros corredores, y el "wakka", bipedo de largo cuello, desprovisto de miembros anteriores y con cara de camello: cabe suponer que, a pesar de su nombre, no desciende de la vaca; además recuerda bastante a Clemente...

Las imágenes no son para contar: sólo pueden destacarse algunas entre las más ingeniosas: una intensa radiación adaptativa de los pingüinos que, libres ya de la competencia de las ballenas, han terminado pareciéndose a ellas (el "vortex") y a los delfines (el "marfin"). En las islas de Batavia (homaje a las Galápagos de Darwin), Dixon ha creado toda una fauna a partir de los murciélagos ("merodeadores nocturnos" de aspecto monstruoso, murciélagos arborícolas parecidos a perezosas, y "floros" que cazan de un modo parecido al "poto" de las pampas.

Queda la duda de si todo esto es una broma, un ejercicio de biología imaginaria o algo más. En rea-

lidad, pienso que es un libro moralizante, para formar a jóvenes y adolescentes en la filosofía del azar y la necesidad: casi una cosmología fatalista que hace de la vida una vasta sinfonía sin sentido, donde la conciencia es un estorbo. El viejo Stapledon, con quien suelen asociarse estas fantasías, quisiera partir de las mismas premisas pero era bastante más idealista.

Si el libro de Dixon entra en la categoría de los mitos destinados a ilustrar dramáticamente una filosofía y prevenir las eventuales herejías, el de Rattray Taylor exhibe un saludable escepticismo frente al modelo darwiniano: más científico al fin y al cabo, propone asumir ciertos hechos, por incómodos que sean, y acosa al dogma desde todos los costados.

Gordon Rattray Taylor, muerto en 1981, merece un homenaje. Perteneció a esa rara especie de divulgadores capaces de mantener el equilibrio entre la ortodoxia y la duda, sin caer tampoco en la superchería. Si lo comparamos con Asimov (un brillante procesador de información) o con Sagan, un poeta futurólogo, apreciamos a Taylor como alguien que supo unir una copiosa y siempre actualizada información (basta repasar las inmensas bibliografías de sus libros) con el espíritu crítico y una posición personal. De formación científica, trabajó en los servicios de inteligencia durante la guerra para luego triunfar con sus memorables programas de alta divulga-

ción, uno de los cuales (*Eye on Research*) fue premiado como el mejor de la TV mundial. En sus quince libros abordó temas muy distintos, desde aquél en que criticaba las ideologías empresarias (*¿Son humanos los obreros?*) hasta el célebre *El cerebro y la mente*, al cual ya tuvo ocasión de referirme.

En este, su último libro, Taylor enfrenta el darwinismo, poniendo sobre la mesa todas y cada una de las objeciones que ha venido suscitando en los últimos años. Quizás los problemas de salud que estuvieron a punto de impedirle concluir la obra disculpen algunas reiteraciones y toques de desorden, que no llegan a desmerecer el conjunto.

Como en otros libros, Taylor bombardea al lector con hechos y teorías inquietantes, opiniones y citas, casi sin darle respiro. Si bien hacia el final parece inclinarse por un determinado modelo, no deja teoría sin examinar ni hecho por discutir, incluyendo planteos tan vetustos como el catastrofismo y la ortogenia.

Taylor no se propone discutir el hecho de la evolución, que como proceso global parece irrefutable, sino el mecanismo propuesto por Darwin para explicarla. Tampoco niega la existencia de la selección, como un mecanismo más entre otros; lo que no admite es que ella sola pueda explicarlo todo: en definitiva, que todas las complejas formas producidas por la evolución se expliquen a partir del azar. En tiempos de Darwin la alternati-

va era Azar o Necesidad: por esta última se entendía tanto el *fiat* de los creadoristas como la influencia del medio en la adaptación, tesis de los lamarquianos. Un neodarwinista como Monod lo resolvió como dialéctica de herencia y medio, entre el azar, que produce las variaciones, y la necesidad, que determina cuales habrán de sobrevivir. Según Taylor el problema está mal planteado y la alternativa puede ser otra.

En realidad, si hay un problema que Darwin no resolvió es precisamente el del origen de las especies: así lo reconoce aun un neodarwiniano como Ernst Mayr. Darwin pensaba en las variaciones, que luego quedaron confirmadas como "mutaciones", pero no explicó el origen de las *phyla*, los grandes troncos evolutivos que se ramifican en incontables especies. Tampoco resulta convincente su explicación de cómo las nuevas especies se adecuan a un nicho ecológico apropiado sin asignarle un mayor papel a las fuerzas del ambiente.

Darwin admitía que el ojo era lo que más le preocupaba; resulta casi imposible concebir cómo por simple casualidad pudo haberse constituido un instrumento tan complejo como el ojo del hombre o el del pulpo, sin pensar en algún plan o finalidad. Un seminario de 1967, que enfrentó a matemáticos y biólogos, dejó a los primeros estupefactos con el optimismo de los segundos respecto del azar; puestos a calcular, hallaron que las pro-

babilidades en contra de cualquier mutación ventajosa eran mucho más que enormes. Esto ya lo había hecho Lecomte du Noüy décadas antes, pero una mejor metodología vino a colocar al azar en la posición de un argumento de fe.

Al ponerse en duda los dogmas darwinianos, vuelven sobre el tapete los argumentos de Lamarck, tradicionalmente execrados en los libros de texto, desde que tuvo por adversario a Cuvier. De Lamarck sólo se conoce la caricatura: se le recuerda como aquél que sostuvo que las jirafas habían estirado el cuello para ramonear las hojas de los árboles, algo que nunca dijo. Se omite decir que él fue el primero que habló de evolución, y se descarta su idea de la herencia de los caracteres adquiridos, desechando a priori muchas experiencias que parecerían probarla.

El drama de Kemmerer, evocado por Arthur Koestler, se vincula con esta polémica, que habría de cargarse con tintes ideológicos. Este investigador alemán había reunido grandes evidencias en favor del lamarquismo (el llamado "caso del sapo partero") pero fue perseguido de manera implacable por un ex lamarquiano: William Bateson, el padre de Gregory. Se llegó incluso a atribuirle un fraude para desacreditarlo, lo cual lo llevó al suicidio.

Hacia la misma época, los soviéticos (que si veían con simpatía a Kemmerer por su lamarquismo) sucumbieron a la seducción de un Rasputin de la ciencia, Trofim Ly-

senko, quien propuso una biología lamarquiana acorde con Engels: llevó así a la agricultura soviética de fracaso en fracaso e hizo que los genetistas rusos, encabezados por Vavilov, fueran a morir a la cárcel. Treinta años más tarde fueron rehabilitados, pero aún se percibe el retraso soviético en genética.

Entre las muchas cosas que el modelo standard neodarwiniano deja sin explicar están las transformaciones que sufrieron los peces para convertirse en anfibios, la aparición de las plumas en las aves, la formación de la hemoglobina, el porqué de algunas formas ineficientes, como las orquídeas o la cornamenta del ciervo *Megaceros*, que evidentemente no ofrecían ventaja alguna para la supervivencia; por qué sobrevivieron ciertos "fósiles vivientes" como los marsupiales americanos, el árbol ginkgo o el celacanto, que apareció mucho antes que los dinosaurios y no parece haber cambiado nada. Si la competencia elimina definitivamente a los menos aptos, estas especies deberían haber desaparecido hace millones de años. Por otra parte, el énfasis puesto en la competencia no siempre explica las simbiosis, comensalismos y otros sistemas de cooperación natural. Taylor cita una especie de pájaros conformados de tal modo que ni el macho ni la hembra pueden alimentarse solos, debido a sus picos.

Nuestro autor, que recuerda aun a figuras olvidadas como Fairfield Osborne, omite mencionar al defen-

sor del principio cooperativo en la evolución; fue otro pensador olvidado, el príncipe Kropotkin, que con su *Ayuda mutua, un factor de evolución* (1896) se opuso tempranamente al darwinismo.

De nuevo aparecen las razones ideológicas. Así como Marx había pensado dedicar *El Capital* a Darwin, cuya visión de la supervivencia del más apto entronca perfectamente con la lucha de clases, Kropotkin fue un teórico anarquista, y por ello enfatizaba más la ayuda mutua.

Darwin, a su vez, se decidió a dar forma a sus intuiciones tras leer a Malthus, con su "ley de hierro" de las poblaciones, y después de conocer los trabajos de Wallace, quien comparaba la selección natural con el regulador de una máquina de vapor. Si Spencer sacó luego las consecuencias conocidas como "darwinismo social", justificando la más cruda explotación como supervivencia de los más aptos, y otros hicieron a partir de lo mismo la teoría del racismo,

es porque las leyes de la selección parecían repetir el esquema ideológico de Adam Smith, con su "mano invisible" que regula el mercado. Más que una simple teoría científica, el darwinismo era casi una filosofía; así la califica Popper, al sostener que no puede ser probado.

Hoy que el darwinismo está en crisis, se exhuma a los olvidados de la historia de la ciencia para descubrir dónde nos equivocamos. La solución no está en una vuelta al "fijismo" que algunos disfrazan de "creacionismo". Cediendo por un momento al prejuicio, Taylor califica de "místico" a Teilhard de Chardin, quien fue un gran paleontólogo, pero al fin y al cabo coincide con su filosofía que busca hallarle un *sentido* al proceso evolutivo, llámese "puntuacionismo" (Eldredge y Gould), "cladismo" u ortogenia.

Se hace necesario explicar la evidencia de procesos que se imponen como "orientados" y que resulta alambicado explicar por el

azar. Las ideas de Manfred Eigen, inspiradas en la termodinámica del no-equilibrio de Ilya Prigogine, parecen prometer un replanteo global de la evolución, entendida como un proceso por el cual la vida tiende a organizarse en sistemas cada vez más complejos, cuyos cambios son irreversibles.

Prudentemente, Taylor también añade que en ciertos modelos de simulación matemática hechos por computadoras pareciera que el orden tiende a surgir del desorden. Admitir que "algunas cosas quizás no lleguen a entenderse nunca" le parece una idea que ya no resulta "tan aterradora como antes".

Ante esta suma de perplejidades, Taylor sólo ha atinado a titular su obra *El gran misterio de la evolución*. Quizás quienes le sobrevivimos lleguemos a ver un poco más claro en el asunto, en la medida que surja un nuevo paradigma que se aproxime un poco más a la verdad, tan elusiva como sea ésta.



Carlos Gardini

VISIONES
Y VISIONARIOS

"Esto que tienen ustedes en sus manos es algo más que un libro—advierte Harlan Ellison en la introducción general de esta antología en tres volúmenes—. Si tenemos suerte, será una revolución." E insiste: "Este libro, la mayor antología de ficción especulativa jamás publicada de historias por completo originales, y probablemente una de las mayores en cualquier sentido, ha sido confeccionada según conceptos específicos de revolución. Su finalidad es sacudir un poco las cosas. Ha sido concebido como una necesidad de nuevos horizontes, nuevas formas, nuevos estilos, nuevos desafíos, en la literatura de nuestro tiempo." Al cabo de algunas páginas del primer volumen comprobamos, con decepción o con alivio, que sólo éramos víctimas del petardismo verbal de Ellison. Tenemos en las manos un mero libro, no una revolución. Se trata de una antología con las virtudes y defectos de toda compilación, integrada por



Ellison

HARLAN ELLISON (compilador): *Visiones peligrosas I, II, III* (*Dangerous Visions*, 1967); traducción de Domingo Santos y Francisco Blanco; Montaner Roca, Barcelona, 1993.

ILUSTRACIÓN DE HUMBERTO LOPARDO

textos anteriormente inéditos, muchos de ellos atractivos e interesantes, a veces excelentes. No es poco decir, por cierto, y es innegable que el proyecto tuvo relevancia. *Dangerous Visions* se publicó en 1967, y los resultados incitaron a Ellison a repetir la empresa en otra compilación gigante, *Again, Dangerous Visions* (1972). Pero no fue una revolución por el simple hecho de que ninguna antología, por deslumbrante que sea, provoca revoluciones. Ese ensueño forma parte del tremendismo o la imprecisión del antólogo.

Alguien objetará, razonablemente, que hoy, casi dos décadas más tarde, los efectos de esa "revolución" ya han fertilizado el género y por lo tanto somos menos sensibles a la audacia que esta compilación tenía originalmente. Es indudable que en la década del 60 maduraron muchos escritores (varios de ellos presentes en *Visiones peligrosas*) que introdujeron cambios en el terreno de la ficción especulativa, pero los cambios tenían antecedentes y no fueron generados por Harlan Ellison. La innovación ya estaba en marcha, y en todo caso a Ellison le cabe el mérito de haber reunido en un libro a algunos de los agentes de esa innovación (incluido, con justicia, él mismo). De todas maneras, un mérito similar debe atribuirse a compilaciones que, realizadas con otros criterios, ya estaban propiciando una ciencia ficción más osada en lo formal y menos limitada en su repertorio "científico",

tal como la serie *The Year's Best SF* de Judith Merril, *Orbit* de Damon Knight y, del otro lado del Atlántico, *New Worlds* de Michael Moorcock. Pese a la repercusión que tuvo *Visiones peligrosas*, afirmaciones como "carreras enteras de Escritores de Gran Renombre se han visto alteradas por su contribución al libro" parecen ser, ante todo, producto de la megalomanía de Harlan Ellison. Los factores que determinan innovaciones en cualquier terreno son innumerable, y lo cierto es que en la época de la explosión *pop*, los vuelos orbitales y lunares y la guerra de Vietnam, la ciencia ficción no podía evitar un cambio de piel que su propia existencia había estimulado en cierto modo. La "revolución" de Ellison sólo era concebible en el estrecho marco del fándom norteamericano. Una señora gorda podía escandalizarse ante escenas sexuales explícitas, un boy scout podía horrorizarse ante ciertas efusiones de sangre, un lector ingenuo podía marearse ante alguna extravagancia tipográfica, pero un Fritz Leiber—por nombrar a uno de los genuinos "visionarios peligrosos"—no había tenido que esperar este libro para "sacudir un poco las cosas". Si Ellison hubiera podido romper con su lamentable provincialismo, habría advertido que la "revolución" ya estaba presente en las sólidas especulaciones de Stanislaw Lem, en las divertidas historias cosmogónicas de Italo Calvino, en las exploraciones introspectivas de la escuela ingle-

sa, en las rigurosas fantasmagorías de Adolfo Bioy Casares, en los laberintos visuales y temporales de *Hace un año en Marienbad*. Esta parcial enumeración sólo quiere destacar las limitaciones del microclima creado por la ciencia ficción norteamericana. Harlan Ellison (Cleveland, Ohio, 1934), que fue un fan en su juventud y tuvo su propio fanzine, se comporta como un espécimen típico de ese ecosistema cerrado. Aunque a veces escribe con notable garra y originalidad, es a menudo, con su pose de *enfant terrible*, menos terrible que infantil. Su chabacanería es típica de un medio donde el verbo clave no es "crear" sino "vender". Predica su revolución a gritos, como si los lectores fueran sordos. Nos habla de la necesidad de nuevas formas y estilos, pero en *Visiones peligrosas* no faltan historias y tratamientos relativamente convencionales que, aunque de ninguna manera son despreciables, no merecían tanta alharaca; desdeña la "literatura general", pero la originalidad de varios textos consiste en introducir en un género adocenado descubrimientos técnicos y formales realizados en otros campos. Pese a la prédica bullanguera de Ellison, la ciencia ficción es en buena medida, aún hoy, un género dedicado al entretenimiento; esta inclinación no es necesariamente criticable, pero no hace buenas migas con la "ruptura". Es verdad que la ciencia ficción suele encerrar problemas que no tocan otras literaturas, y sin duda es recomenda-

ble para el lector que desee renovar su capacidad de asombro mediante ejercicios intelectuales que dan por tierra con ideas gastadas y nos permiten concebir realidades alternativas. También es verdad que algunos escritores talentosos han ido lejos, viendo en la ficción especulativa posibilidades inéditas para bucear en la imaginaria de una cultura que oscila entre el refinamiento tecnológico y la barbarie suprema, y para buscar nuevas visiones del universo al margen de quienes se empeñan en separar la poesía de la ciencia como si fueran inconciliables. Sin embargo, como en todos los terrenos, esos talentos son excepcionales; aunque los nombres fulgurantes no escasean, son pocos en relación con el número de títulos que circulan. La mayoría de los escritores del género, a veces con ingenio y aun con brillantez, se limita a explotar un arsenal de recursos comunes para presentarnos visiones comunes. ¿Cuántas páginas inútiles de un Silverberg hay por cada frase vibrante de una Sonya Dorman? ¿Cuántos planetas inverosímiles (e inverosímilmente parecidos entre sí) hay por cada mundo surgido de un verdadero impulso imaginativo? Este trabajo de Ellison no es la excepción de la regla: no cuestiona su criterio de selección, pues la variedad de ingredientes es esencial en una antología, pero si sus pretensiones extravagantes. Las visiones son divertidas y atractivas, pero rara vez peligrosas; el afortunado título de la compilación

termina por fatigar gracias a la insistencia de Ellison en tomarlo en serio.

El primer volumen se abre con dos prólogos de Isaac Asimov. En el primero, este veterano de la "revolución" de la era de Campbell saluda auspiciosamente la "Segunda Revolución" de los años 60, dando el espadazo a los recién llegados sin perder la ocasión de recordarnos cuánto aportó él a la Edad de Oro del género; en el segundo prólogo, comenta cómo concibió a Harlan Ellison, y en una nota al pie Ellison aclara que las cosas no fueron tal como las cuenta Asimov. Después de este intercambio de puerilidades, Ellison proclama sus intenciones "revolucionarias" en una introducción, y los volúmenes II y III también cuentan con introducciones autolaudatorias del antólogo, que además escribe un prefacio para cada cuento. Asimov afirma que con esos prefacios Ellison "impregna" el libro con "el fuerte aroma de su personalidad". Más correcto sería decir que "infesta" a la Sonya Dorman. Cuando el compilador consigue olvidarse de sí mismo, presenta a los autores con inteligencia, pero en general los prefacios se caracterizan por el exhibicionismo, la autopromoción y la exaltación de los allegados, es decir esas prestigiosas instituciones que nuestra lengua vernácula conoce como "afán de figurar", "autobombo" y "amiguismo". Harlan Ellison se expone sobre los desvelos que le causó la realización de la antología, los do-

lares que puso de su bolsillo, la experiencia traumática de su primer matrimonio, los defectos de su primera esposa, y entretanto nos recuerda que Harlan Ellison es un verdadero "escritor" y no un mero "autor", y nos describe el deslumbramiento que le causó el cuento que viene a continuación; el autor del cuento de maras suele ser infame, excepcional y maravilloso, virtudes que se extienden a sus cónyuges y descendientes. Desde luego, tan enfáticos elogios no sólo hablan bien de los autores incluidos, sino del compilador que tuvo la astucia de incluirlos (pese a los desvelos, los dólares, y el sabor amargo que le dejó su primer matrimonio). Las ocasionales salidas humorísticas atenúan los efectos de la verborragia del maestro de ceremonias; la vulgaridad, en cambio, no tiene atenuantes.

Por suerte, entre los gritos y susurros del antólogo, asoma un puñado de historias. Es lo único que importa, y vale la pena conocer varias de ellas. *Visiones peligrosas* incluye treinta y tres cuentos, en la gran mayoría de autores norteamericanos. Hay escritores de la vieja época que de algún modo cumplieron con las exigencias de vitalidad impuestas por el proyecto, otros que en los años 60 estaban en pleno crecimiento, y algunos recién llegados. La antología es tan variada como los autores y tendencias que abarca. Si olvidamos los alardes del compilador, podemos reconocer en ella un magnífico panorama de las inquie-



Visiones peligrosas I

Primer prólogo: "La Segunda Revolución", por Isaac Asimov; Segundo prólogo: "Harlan y yo", por Isaac Asimov; Introducción: "Treinta y dos augures", por Harlan Ellison.

Lester del Rey: "El canto del crepúsculo"; Robert Silverberg: "Moscas"; Frederik Pohl: "El día siguiente a la llegada de los marcianos"; Philip José Farmer: "Jinetes del salario púrpura"; Miriam Allen de Ford: "El sistema Malley"; Robert Bloch: "Un juguete para Juliette"; Harlan Ellison: "El merodeador en la ciudad al borde del mundo"; Brian W. Aldiss: "La noche en que todo el tiempo escapó". (203 págs.)

Visiones peligrosas II

Introducción, por Harlan Ellison.

Howard Rodman: "El hombre que fue a la Luna... dos veces"; Philip K. Dick: "La fe de nuestros padres"; Larry Niven: "El rompecabezas humano"; Fritz Leiber: "Voy a probar suerte"; Joe L. Hensley: "El señor Randy, mi hijo"; Poul Anderson: "Eutopia"; David R. Bunch: "Incidente en Moderan" y "La escapada"; James Cross: "La casa de muñecas"; Carol Emshwiller: "El sexo y/o el señor Morrison"; Damon Knight: "¿Cantará el polvo tus alabanzas?" (195 págs.)

Visiones peligrosas III

Introducción, por Harlan Ellison.

Theodore Sturgeon: "Si todos los hombres fueran hermanos, ¿dejarías que alguno se casara con tu hermana?"; Larry Eisenberg: "¿Qué le ocurrió a Auguste Clarot?"; Henry Slesar: "Ersatz"; Sonya Dorman: "Corre, corre, corre, dijo el pájaro"; John T. Sladek: "La raza feliz"; Jonathan Brand: "Encuentro con un rústico"; Kris Neville: "Desde la imprenta oficial del gobierno"; R. A. Lafferty: "La Región de los Grandes Caballos"; J. G. Ballard: "El reconocimiento"; John Brunner: "Judas"; Keith Laumer: "Prueba para la destrucción"; Norman Spinrad: "Ángeles del Carcinoma"; Roger Zelazny: "Auto-da-fe"; Samuel R. Delany: "Por siempre y Gomorra". (219 págs.)

tudes temáticas y estilísticas de escritores de diferente extracción hace veinte años. Philip K. Dick, un auténtico espíritu religioso, lleva hasta las últimas consecuencias su obsesión con la religión oficial más temible y difundida en el siglo veinte, el culto del Estado totalitario; la poetisa Sonya Dorman cuenta con su prosa estremecedora la historia de una mujer en una sociedad rudimentaria; Samuel R. Delany presenta a personajes que pagan un precio singular por ser los adelantados de su especie, y que son objeto de una extraña adoración sexual; Harlan Ellison desarrolla, a partir de una idea de Robert Bloch, otra variante del mito creado en torno de Jack el Destripador, ese victoriano respetable cuya identidad aún permanece en el anonimato; Norman Spinrad bucea en las imágenes sugeri-

das por el cáncer, "la sífilis del siglo XX", la enfermedad innumerable; Howard Rodman, guionista de Hollywood, narra la nostálgica y conmovedora historia de un peculiar viajero del espacio; Larry Niven, en un cuento *hard*, describe los horribles beneficios de que podrá gozar el ciudadano medio de los países industrializados gracias al trasplante de órganos; Theodore Sturgeon describe una sociedad que ha eliminado un tabú clave en el resto de las culturas humanas; Brian Aldiss nos regala una travesía paradoja temporal; R. A. Lafferty elabora, haciendo gala de su amor por las lenguas, una singular metáfora del hogar perdido. Cada cuento es complementado por un comentario del propio autor y va precedido por una sugestiva ilustración de Leo y Diane Dillon, a quienes está dedicado el

libro. Aunque hay relatos francamente mediocres, el conjunto de las visiones es interesante y algunas de ellas, hay que destacarlo, pertenecen a visionarios genuinos.

La traducción es legible pero irregular. A la falta de concisión y pulcritud de muchos pasajes se añaden varias distracciones: según este libro, *Goth* no es "godo", sino "Goth"; *story* nunca es "cuento", sino "historia"; *auto-da-fé* no es "auto de fe" sino "auto-da-fé"; *turd* no es un trozo de excremento, sino un "turd"; *warhead* no es la ojiva de un proyectil, sino una "cabeza de guerra"; *America* no es "Estados Unidos" ni, más coloquialmente, "Norteamérica", sino, macarrónicamente, "América". La fuerza de los mejores textos, por suerte, sobrevive a estos accidentes.

Querido Marcial:

Para cualquier posible dialogoteca que esté a punto de inaugurar en *Minotauro*, te digo que tengo en mis manos y ante los ojos el número seis. En las manos y ante los ojos es la posición ideal para leer una cosa, así que no me ha quedado más remedio que leer el número seis (casi) todo. No sé qué dirán la Cábala, los alquimistas, los tarotistas y los fans; no sé si el número seis encierra la magia del número siete, la sacra finalidad del tres, el misterio del cero, esas cosas. Pero me suena muy auspicioso (palabra que he sacado de los medios de comunicación masiva o de los medios masivos de comunicación, que nunca sé cómo diablos se dice); repitámos, que queda sumamente profesional: me suena muy auspicioso que *Minotauro* tenga seis números de vida y que esa vida sea, sea, ¿sea cómo? No perfecta porque yo no sé lo que es la perfección, pero sí lo suficientemente necesaria como para que cada tanto una se pregunte ¿habrá salido *Minotauro*? y pase por la librería y mire de reojo si no es amiga del librero.

Vengo de un país que me tiene muy preocupada. No, México no, México no me preocupa, México me embelesa, me da vuelta la cabeza, como dice mi amiga Cecilia Absatz, me vuelve totalmente loca y después me larga, como si nada.

¿Te contó que estoy escribiendo una novela que pasa en México? Pues sí. No, no tiene nada que ver con la ciencia ficción. Tiene que ver con México, conmigo y, extrañamente, con Ja-

mes Bond. Eso también ya se verá. Estados Unidos sí que me preocupa. Por lo que me pareció advertir, no hay charlas ociosas en Estados Unidos. No hay reuniones alrededor de una mesa y dos cañotes para arreglar en tres o cuatro horas el mundo y la vida de cada uno de los contetulos, no hay sobremesas, no hay rituales. No hay cartas como ésta. Atenti, que ahí sale alguien a refutarme y a decirme que no sé nada de nada y que por qué no me callo la boca y me dedico al bordado en realce. Puede ser. Ojalá. Pero así, en general, no, no hay nada de eso. Tétenos que ir al Village en N.Y. o a Berkeley. Lugares que terminé por amar. Pero lo que sí hay en Estados Unidos es un enorme interés por la narrativa fantástica, por la *cf*, por los cuentos de magia, delirio, sueño, imposible, o por lo menos improbable. De todos los temas de conferencias que yo llevaba preparados, el que pedían con mayor frecuencia era el de la literatura fantástica y literatura de ciencia ficción. No sé si eso es un sintoma de algo, o si es una moda o una búsqueda de temas originales, pero sé que cada una de mis charlas sobre *cf* terminó en debate acerca de Latinoamérica. Qué tal. Eso sí es, por lo menos, llamativo, significativo, digno de atención.

Volvamos a *Minotauro*, volvamos a la "revista rara esa que lee usted". También en cada una de mis charlas contó que nosotros, allá en el cono sur, en ese lejano país en el que se habla una especie de castellano, en el que pasan cosas rarísimas que reite de los padres de la ciencia ficción y de los hijos de la ciencia ficción, teníamos dos, DOS,

¡DOS! revistas comerciales (yo ya daba a *Parsec* por nacida) y cuatro, cinco o seis fanzines (nunca estaba segura de cuántos así que prefería exagerar) y que el interés por la ciencia ficción era enorme. Estaba mintiendo, ya sé. Pero también es cierto que no, que no estaba mintiendo. Vos sabéis (espero que lo sepas, porque si no, ¿qué estás haciendo ahí dirigiendo revistas de *cf* y escribiendo acerca de pozos de estreñidas?) que la realidad es multidimensional y que por lo tanto dos cosas opuestas pueden perfectamente ser ciertas y jamás contrarias a la razón ni a la lógica. Además, lo siento, pero no hay ningún misterio: HAY un enorme interés por la *cf*, pero está repartido entre muy pocas personas. Parecemos muchos, o por lo menos bastantes, cuando nos juntamos, pero hay que confesar que somos muy pocos. Quizás en Estados Unidos pase lo mismo. Lo dudo, porque he visto las estanterías de las grandes librerías dedicadas al género, si género es, y me he impresionado bastante. Allá son más. Pero también allá tiene la *cf* un público limitado. Lástima. Demasiada gente se pierde el placer de esa lectura. De acuerdo, de acuerdo, demasiada gente se pierde el placer de la lectura, pero ésa es otra historia. ¿Por qué la gente que lee no lee *cf*? Eso parece contradecirse con lo que me pasaba en Estados Unidos después de las conferencias. Quiero decir que en general, los buenos lectores (buenos porque leen consuetudinariamente y saben lo que quieren leer, no porque no le pegan a su santa madreita paratitica) opinan que la *cf* es esa literatura de evasión

CARTAS

que habla de los hombreritos verdes con antenas. De paso, ¿por qué siempre son verdes? Si, ya sé, no me lo digás. Pero voy al país ese que me preocupa tanto (lo van a volver a votar a Reagan, ¿podés creer?) y resulta que la cf es el camino para hablar de la realidad de América latina. A mí, francamente, eso no me llama la atención para nada. Yo sé desde hace mucho que no hay narrativa más realista que la narrativa fantástica. La narrativa realista me suena a resignación, a protección del statu quo, a señor sentado tranquilamente en un bergère en su departamento con calefacción, diciendo "¡qué barbaridad!" cuando lee en el diario que hay gente que se muere de ofri y crios que no aprenden la regla de tres porque de proteínas y vitaminas nones de nones. Después la comida está servida y el señor cierra el diario y va al comedor y come dos platos y postre y un café y piensa que tiene que empezar a hacer ejercicio porque está muy gordo y le cuenta a la mujer lo que leyó y los dos dicen "pero qué barbaridad". La narrativa fantástica me suena a alguien (puede ser un señor en una bergère; la cosa funciona igual) leyendo *Los desposeídos* y no pudiendo dormir bien esa noche ni las noches siguientes. Ese alguien no dice qué barbaridad. Lo haga después, es cosa suya. Pero piensa. Vos sabés que pocas activida-

des son tan peligrosas como ésa de ponerse a pensar. Y si alguien no lo sabe, que vaya y se lo pregunte a algún general de la nación. Terminemos este párrafo diciendo que nada más cierto que aquel grito del 68: Seamos realistas, pidámoslo imposible.

La imaginación al poder tampoco vendría mal. Porque ésa es en este caso la pequeña diferencia. Lo que va del dato a la fantasía. Lo que va de la noticia que nos indigna al cuento que nos cambia. No iban tan descaminados los que se deslizaban de la cf a la situación de América latina en ese país que me preocupa. Es aquí donde la cf parece en su hogar natural. Yo creo que la cf no es la literatura de la ciencia, sino la literatura de la pasión, y entendamos por pasión lo que pasión significa: lo que se padece (lat. passionis, de pati, sufrir, soportar). Es aquí, en nuestros países, donde la raíz del tema de toda literatura aparece con su fuerza intacta. Finalmente, ¿por qué escribimos si no es porque nos vamos a morir? ¿Qué nos mueve a escribir novelas (construir catedrales, componer sinfonías, plantear teoremas) si no es la muerte a la vuelta de la esquina? Y si allá en Europa la muerte es el sueño de los misiles, acá es una presencia más que concreta que nos arrasa todos los días y que conocemos acá, en Chile, en El Salvador, en Nicaragua y dónde no.

La conclusión de todo esto podría ser que, uno, sería interesante que los

lectores aprendieran a leer cf; dos, sería interesante que mucha más gente leyera (lo que fuera); tres, es importante que tengamos revistas y fanzines de cf; cuatro, me alegro de que *Minotauro* haya llegado al número seis y que la lectura de ese índice que te debe haber costado por lo menos tres noches de laburo (¿o te has comprado una computadora, pardiez?) (¿las computadoras elaboran índices de revistas?), sea tan reveladora. También podría ser que de todo esto no se saque ninguna conclusión. Y qué. Seamos prácticos, hagamos cosas inútiles. Escribamos cf y obliquemos a la gente a ver qué somos, cómo somos y qué puede llegar a pasarnos. Si podemos.

Tal vez *Minotauro* pueda. No solito (¿o solito?) (¿hablamos del señor con cabeza de toro o de la revista?), que solito solito no va a poder, así que pongamos el hombro, ¿o en eso estamos y yo no me he enterado?

Ya sé: esto es un plomo insoportable y además demasiado largo y por otra parte vos no has pensado jamás en dialogotecas. Lo siento. No, no lo siento nada. Me alegro. Me alegro de haberte escrito esta carta y comprobar con ella que la revista rara ésa es necesaria. Prometo NO escribir otra carta para el número doce.

Un abrazo,

Angélica Gorodischer
Rosario

Minotauro (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L., Humberto 1° 531, Buenos Aires. Redacción y administración: Humberto 1° 531, teléfonos 362-2128/7364-7496. Fotocomposición: Ecos Producciones Gráficas, Bm. Mitre 1773, 2° cuerpo, oficinas 705/706, teléfono 45-0746. Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. © 1984, Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Impreso en la Argentina.

Esta edición de 3.000 ejemplares se terminó de imprimir en Color-Efe, Paso 192, Avellaneda, en el mes de agosto de 1984.

LOS CLASICOS

